LIBRO dot.com



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

ÍNDICE

- LOS CONSTRUCTORES DEL PUENTE
- PAN SOBRE LAS AGUAS
- .007
- WILLIAM LA CONQUISTADORA
- UN DELEGADO AMBULANTE
- EL CHICO DE LA LEÑA

RUDYARD KIPLING

LOS CONSTRUCTORES DEL PUENTE
EL TRABAJO DE CADA DÍA

LOS CONSTRUCTORES DEL PUENTE

Lo menos que esperaba Findlayson, del Departamento de Obras Públicas era un C. I. E.; él soñaba con un C. S. L [1], y sus amigos le decían que ciertamente merecía más. Durante tres años había soportado calor y frío, desánimo, incomodidad, peligro y enfermedad con una responsabilidad excesiva sólo para unos hombros; y durante todo ese tiempo, día a día, había ido creciendo bajo sus órdenes el gran Puente de Kashi sobre el Ganges. Y en menos de tres meses, si todo iba bien, Su Excelencia el Vicerrey inauguraría el puente vestido de gala, un arzobispo lo bendeciría, pasaría por encima el primer tren cargado de soldados y habría discursos.

El ingeniero Findlayson, sentado en su vagoneta del trenecito dedicado a la construcción que recorría uno de los muros de sostén principales -las orillas revestidas de enormes piedras que se extendían al norte y al sur, a ambos lados del río, casi cinco kilómetros-, se permitió pensar en el final. Contando los accesos, su obra tenía dos kilómetros ochocientos metros de longitud; un puente de vigas de celosía amarrado con vigas Findlayson que se levantaba sobre veintisiete pilares de ladrillo. Cada uno de estos pilares tenía algo más de siete metros de diámetro, se remataba en piedra rojiza de Agra y se hundía veinticuatro metros bajo las arenas móviles del lecho del Ganges. Por encima corría la vía férrea, de cuatro metros y medio de anchura; y más arriba de ésta un camino para carretas de dieciocho pies flanqueado por aceras para peatones. En los dos extremos se levantaban torres de ladrillo rojo, con aberturas para los mosquetes y troneras para los cañones, y la rampa de la carretera cubría las piedras de arranque. Los extremos de tierra parecían vivos y hormigueantes por los cientos y cientos de borriquillos que salían de las

[1] *C. I. E.* ... *C. I. S.* Companion of the Indian Empire, Companion of the Star of Indian.

bocas de las zanjas de préstamo [2], bajo sacos llenos de tierra; y el aire cálido de la tarde estaba lleno del ruido de los cascos, el golpeteo de los bastones de los conductores y el de la tierra al caer hacia abajo. El río estaba más abajo, y en la deslumbrante arena blanca que había entre los tres pilares centrales se levantaban pequeñas balsas de traviesas de ferrocarril rellenas de barro por el interior y embadurnadas por el exterior que servía de apoyo al extremo de las vigas mientras éstas eran remachadas. En las escasas zonas de agua profunda que había dejado la sequía, un puente-grúa trabajaba de aquí para allá girando sobre su asentamiento, poniendo en su lugar secciones de hierro, resoplando, retrocediendo y gruñendo como hace un elefante en los astilleros. Cientos de remachadores revoloteaban como un enjambre alrededor del enrejado secundario y del tejado de hierro de la línea del ferrocarril, colgados de andamios invisibles bajo los vientres de las vigas, arremolinados alrededor de las gargantas de los pilares, y caminando sobre los salientes de los montantes de las aceras; sus hornillos y los chorros de llamas que respondían a cada golpe de martillo se marcaban como un simple amarillo pálido bajo el resplandor del sol. Al este y al oeste, al norte y al sur, los trenes de la línea de construcción traqueteaban y gemían arriba y abajo de los terraplenes, y tras ellos resonaban las vagonetas en las que se apilaban las piedras blancas y pardas hasta que se abrían los laterales y, con gran estruendo, miles de toneladas de material eran arrojadas para mantener el río en su sitio.

El ingeniero Findlayson se dio la vuelta en su vagoneta y contempló la faz de aquella zona que él había cambiado en once kilómetros a la redonda. Miró hacia atrás, al pueblo zumbante en el que vivían cinco mil trabajadores; corriente arriba y corriente abajo, a lo largo de la perspectiva de estribaciones y arenas; al otro lado del río, hacia los lejanos pilares cuya perspectiva disminuía con la neblina; por encima de la cabeza hacia las torres de vigilancia -y sólo él sabía lo fuertes que eran-, y con un suspiro de alivio, vio que su obra era buena. Allí, bajo la luz del sol y ante él, se elevaba su puente, al que sólo le faltaban unas semanas de trabajo en las vigas de los tres pilares centrales... su puente, tosco y feo como el pecado original, pero *pukka*, permanente, que resistiría cuando hubiera perecido ya todo recuerdo del constructor, incluso de la espléndida viga Findlayson. Prácticamente, aquello estaba terminado.

Su ayudante Hitchcock trotaba por la vía en un pequeño caballo kabulí de cola trenzada que por su larga práctica podría haber trotado con toda seguridad sobre un andamio, e hizo una señal de reconocimiento a su jefe.

-Ya casi está -dijo con una sonrisa.

-Estaba pensando en ello -respondió el otro-. No es un mal trabajo para dos hombres, ¿verdad?

-Para uno... y medio. ¡Dios, menudo cachorro de Cooper's Hill[3] estaba hecho cuando vine a esta obra!

Hitchcock pensaba que había envejecido mucho con la acumulación de experiencias de los últimos tres años, y que había aprendido a tener poder y responsabilidad.

-*Eras* un muchacho bastante atolondrado -dijo Findlayson-. Me pregunto cómo te sentará la vuelta al trabajo de oficina cuando esto haya terminado.

-¡Lo odiaré! -exclamó el joven, y siguiendo con sus ojos la mirada de Findlayson,

[2] *Zanja de préstamo.* Zanja creada al sacar tierra para construir muros de contención.
[3] *Cooper's Hill.* Es decir el Real Colegio Indio de Ingeniería Civil, situado en Surrey, Inglaterra.

murmuró-: ¿No le parece condenadamente bueno?

-Creo que terminaremos el servicio juntos -dijo Findlayson para sí mismo-. Eres un joven demasiado bueno para echarte a perder con otro. Eras un cachorro y te has convertido en un ayudante. ¡Un ayudante personal, y si me merezco algo por esto, me acompañarás en Simla!

Ciertamente, la carga del trabajo había recaído totalmente sobre Findlayson y su ayudante, el joven al que había elegido por su falta de experiencia, para poder moldearlo así según sus propias necesidades. Había contratistas de trabajo al cincuenta por ciento: mecánicos y remachadores, europeos, venidos de los talleres del ferrocarril, quizá veinte blancos y mestizos subordinados que tenían que dirigir, bajo supervisión, a los grupos de trabajadores; pero ninguno de ellos sabía mejor que ellos dos, que confiaban el uno en el otro, hasta qué punto no se debía confiar en los subordinados. Habían sido puestos a prueba numerosas veces en crisis repentinas -por deslizamiento de las viguetas de soporte, rotura de máquinas, fallos en las grúas y por la cólera del río-, pero ninguna situación de tensión había revelado entre ellos a ningún hombre del que Findlayson y Hitchcock hubieran podido tener el honor de decir que había trabajado tanto como ellos mismos trabajaron. Findlayson pensó en ello desde el principio: los meses de trabajo de oficina destruidos de un golpe cuando el Gobierno de India, en el último momento, añadía sesenta centímetros a la anchura del puente, pensando que los puentes se hacían recortando papel, y arruinando con ello por lo menos medio acre de cálculos, y Hitchcock, para el que la decepción era algo nuevo, enterró la cabeza en los brazos y lloró; los dolorosos retrasos en la firma de los contratos en Inglaterra; la correspondencia inútil que sugería grandes comisiones sólo con que se aceptara una partida, y sólo una, bastante dudosa; la guerra que siguió al rechazo; la obstrucción cuidadosa y cortés, en el otro lado, que siguió a la guerra hasta que el joven Hitchcock, sumando un mes de permiso con otro, y pidiendo prestados diez días a Findlayson, se gastó sus escasos ahorros de un año en un enfebrecido viaje a Londres. Y una vez allí, según afirmó él mismo y como demostraron las partidas posteriores, puso el miedo a Dios en un hombre tan grande que sólo temía al Parlamento, y Hitchcock le estuvo abordando en la mesa de la cena hasta que acabó por tener miedo del Puente de Kashi y de todos los que hablaban en su nombre. Luego estuvo el cólera, que una noche llegó al pueblo desde la zona cercana a las obras del puente; y tras el cólera les atacó la viruela. La malaria había estado siempre con ellos. Hitchcock había sido designado como magistrado de tercera categoría con capacidad para ordenar el uso del látigo, para el mejor gobierno de la comunidad, y Findlayson vio que ejercía sus poderes con templanza, aprendiendo qué era lo que tenía que pasar por alto y qué lo que tenía que buscar. Fue un larguísimo ensueño que incluyó tormentas, crecidas repentinas del río, muertes de todo tipo y forma, la rabia violenta y terrible por la burocracia que volvía frenética una mente que sabía que debería estar ocupada en otras cosas; sequía, problemas de saneamiento, finanzas; nacimientos, bodas, entierros y algaradas en un pueblo en el que vivían veinte castas guerreras; discusiones, debates, persuasión y esa desesperación vacía del hombre que se va a la cama dando gracias de que su rifle esté entero en la caja. Pero tras todo aquello se elevaba la estructura negra del Puente de Kashi, placa a placa, viga a viga, vano a vano, y cada uno de sus pilares le hacía pensar en Hitchcock, ese hombre cabal que había permanecido junto a su jefe, sin el menor fallo, desde el principio mismo hasta el final.

Por tanto el puente era el trabajo de dos hombres, a menos que se contara a Peroo;

como Peroo, ciertamente, se contaba a sí mismo. Era un lascar[4] un kharva[5] de Bulsar, familiarizado con todos los puertos que había entre Rockhampton[6] y Londres, que había llegado a tener el grado de serang[7] en los barcos de British India[8], pero que habiéndose cansado de las revistas rutinarias y la ropa limpia, abandonó el servicio para meterse tierra adentro, donde con seguridad encontraría empleo un hombre de su calibre. Por su conocimiento de la polea y el manejo de los pesos pesados, Peroo se merecía cualquier precio que decidiera poner a sus servicios; pero era la costumbre la que decretaba el salario de los trabajadores y la posición de Peroo no valía más que unas cuantas monedas de plata. Ni las corrientes de agua ni las alturas extremas le daban miedo; y como antiguo serang sabía mantener la autoridad. No había pieza de hierro que fuera demasiado grande o estuviera mal situada para la que Peroo no pudiera idear una polea con la que levantarla: una instalación de extremos sueltos y combada, adornada con una conversación escandalosa por lo extensa, pero absolutamente adecuada para el trabajo que se iba a hacer. Fue Peroo quien salvó de la destrucción la viga del pilar número siete cuando la nueva cuerda de alambre se atoró en el ojo de la grúa, y la enorme placa se inclinó sobre sus lazos amenazando con deslizarse hacia un lado. En ese momento los trabajadores nativos perdieron la cabeza y se pusieron a lanzar grandes gritos, una placa en forma de T se cayó rompiéndole a Hitchcock el brazo derecho, y se lo metió bajo los botones del abrigo y se desmayó, pero volvió en sí y estuvo dirigiendo las operaciones durante cuatro horas hasta que Peroo, desde lo alto de la grúa, gritó que todo estaba bien y la placa fue colocada en su sitio. No había nadie como Peroo, el serang, para utilizar el látigo, exagerar su importancia y mantenerse firme, para controlar los motores auxiliares, para tirar diestramente de una locomotora que hubiera caído en una zanja de préstamo; para desnudarse y bucear, si era necesario, con el fin de averiguar si los bloques de hormigón que rodeaban los pilares resistían el azote de Madre Gunga, o para aventurarse corriente arriba en una noche de monzón e informar sobre el estado de los terraplenes. Interrumpía sin el menor miedo las deliberaciones de campo de Findlayson y de Hitchcock hasta que se agotaba su maravilloso inglés, o su todavía más maravillosa *lengua-franca*, mitad portugués y mitad malayo, y se veía obligado a sacar la cuerda y enseñar los nudos que recomendaba. Controlaba su propio grupo de encargados de polea: misteriosos parientes procedentes de Kutch Mandvi recogidos mes a mes y puestos a prueba hasta un grado máximo. Por lo que se refería a la nómina, ninguna consideración de familia o amistad debilitaba las manos o la cabeza de Peroo.

-Mi honor es el honor de este puente -decía a aquél que iba a despedir-. ¿Y qué me importa a mí el tuyo? Vete a trabajar en un barco de vapor. Es para lo único que vales.

El pequeño grupo de chozas en las que vivían él y su grupo rodeaba el habitáculo ruinoso de un sacerdote marino: éste no había puesto nunca un pie en mar abierto, pero había sido elegido como consejero de los espíritus por dos generaciones de piratas que no se habían visto afectados ni por las misiones que hay en los puertos ni por aquellos credos

[4] *Lascar.* Termino indostaní que significa marinero.

[5] *Kharva.* Casta dedicada al trabajo de marinero y al comercio y fabricación de sal. Bulsar es una ciudad del Gujerat.

[6] *Rochampton.* Ciudad australiana.

[7] *Serang.* Termino indostaní para contramaestre.

[8] *British India.* Compañía dedicada a los barcos de pasajeros fusionada posteriormente con la empresa P & O.

que tratan de introducirse en los marineros desde instituciones situadas a las orillas del Támesis. El sacerdote de los lascar no tenía nada que ver con la casta de éstos, ni en realidad con ninguna. Comía las ofrendas que se hacían a su iglesia, dormía, fumaba y volvía a dormir.

-Pues es un hombre muy santo -decía Peroo, que era quien le había arrastrado mil millas tierra adentro-. No le importa lo que comas con tal de que no comas vaca, y eso es bueno, pues en tierra los kharvas veneramos a Siva; pero en el mar, en los barcos de la Compañía, seguimos estrictamente las órdenes del Burra Malum (el primer oficial), y en este puente hacemos lo que dice Sahib Finlinson.

Ese día Sahib Findlayson había dado la orden de quitar el andamiaje de la torre de vigilancia de la orilla derecha, y Peroo y sus compañeros estaban desatando y bajando las planchas y palos de bambú con la misma rapidez que sacarían a latigazos la carga de un barco costero.

Desde su vagoneta podía escuchar el silbato de plata del serang y los crujidos y el estruendo de las poleas. Peroo estaba de pie sobre el remate más alto de la torre, vestido con el mono azul del servicio marítimo que había abandonado, y cuando Findlayson le indicó por señas que fuera cuidadoso, pues su vida no podía desperdiciarse, se sujetó de la última pértiga, y poniéndose una mano sobre los ojos a la manera marina, respondió con el grito largo de vigía que se da desde el castillo de proa:

-*Ham dekhta ha¡* [estoy vigilando].

Findlayson se echó a reír y después lanzó un suspiro. Hacía ya muchos años desde que había visto un barco de vapor y tenía nostalgia de su hogar. Cuando la vagoneta pasó debajo de la torre, Peroo descendió por una cuerda, como un mono, y gritó:

-Ahora parece bien, Sahib. Nuestro puente casi está hecho. ¿Qué cree que dirá Madre Gunga cuando el tren pase por encima? -Hasta ahora ha dicho poco. No fue nunca Madre Gunga la que nos retrasó.

-Para ella siempre hay tiempo; y no obstante ha habido retrasos. ¿Se ha olvidado Sahib de la inundación del pasado otoño, cuando las rastras se hundieron sin previo aviso, o con un aviso de sólo mediodía?

-Me acuerdo, pero ahora sólo una enorme inundación podría hacernos daño. Los puntales de la orilla occidental se mantienen bien.

-Madre Gunga se come bocados grandes. Siempre queda sitio para más piedras en los muros de contención. Así se lo dije al Sahib Chota[9] -se refería a Hitchcock- y se echó a reír.

-No importa, Peroo. Otro año serás capaz de construir un puente a tu manera.

-Entonces no será así -contestó el lascar riendo-, con obra de sillería hundida bajo el agua, como se hundió el de Quetta[10] Me gustan los puentes sus... suspensos que vuelan de una orilla a otra, con un gran estribo como pasamanos. Entonces el agua no los puede dañar. ¿Cuándo va a inaugurar el puente Lord Sahib?

-Dentro de tres meses, cuando refresque el tiempo.

-¡Ja, ja! Lord Sahib es como el Burra Malum. Duerme abajo mientras se hace el trabajo. Después sube a cubierta, te toca con el dedo y dice: «¡Esto no está limpio! ¡Dam

[9] *Chota Sahib.* Literalmente, pequeño amo.

[10] *Quetta.* Ciudad situada al oeste de la zona central de Pakistán, centro comercial, puesto militar y lugar de residencia veraniega.

jiboonwallah! »

-Pero a mí el Lord Sahib no me llama dam jiboonwallah, Peroo.

-No, Sahib; pero no sube a cubierta hasta que el trabajo se haya terminado. Me acuerdo de que el Burra Malum del *Nerbudda* dijo una vez en Tuticorin...

-¡Venga, vete! Estoy ocupado.

-¡También yo lo estoy! -exclamó Peroo con semblante inamovible-. ¿Puedo coger el bote ligero y remar hasta los espolones?

-¿Para sujetarlos con las manos? Creo que son ya bastante pesados.

-Ni hablar, Sahib. No es así. En el mar, en el mar abierto, tenemos espacio para navegar arriba y abajo sin preocupaciones. Pero aquí no tenemos espacio alguno. Hemos metido el río en un dique y le hacemos correr entre sillares de piedra.

Findlayson sonrió al escuchar el «hemos».

-Lo hemos frenado y embridado. Pero no es como el mar, que puede batir contra una playa suave. Es Madre Gunga... con los grilletes puestos -al decir eso su voz titubeó un poco.

-Peroo, has subido y bajado por el mundo incluso más que yo. Ahora, dime la verdad. ¿Realmente tu corazón cree en Madre Gunga?

-Todo lo que dice nuestro sacerdote. Londres es Londres, Sahib. Sydney es Sydney, y Port Darwin es Port Darwin. También Madre Gunga es Madre Gunga, y cuando regreso a sus orillas lo sé y la venero. En Londres hice poojah[11] ante el gran templo que había al lado del río en nombre del dios que tenía dentro... sí, no me llevaré los cojines en el bote.

Findlayson montó en su caballo y trotó hasta la sombra de un bungalow que compartía con su ayudante. Aquel lugar se había convertido para él en un hogar durante los últimos tres años. Se había asado con el calor, sudado con las lluvias, y estremecido de fiebre bajo el tosco techo de paja; al lado de la puerta la cal estaba cubierta de toscos dibujos y fórmulas, y el camino hasta la sentina, por la estera del pórtico, mostraba por dónde había caminado a solas. El trabajo de un ingeniero no tiene un límite de ocho horas, y la cena con Hitchcock la comían calzados y con espuelas: con los cigarros encendidos, escuchaban el zumbido del pueblo mientras los grupos subían desde el río y las luces comenzaban a parpadear.

-Peroo ha subido a los espolones con tu bote. Se ha llevado con él a dos sobrinos, y se recuesta en la popa como un comodoro -dijo Hitchcock.

-Está bien. Tiene algo en mente. Uno pensaría que los diez años que ha pasado en los barcos de British India le habrían hecho perder la mayor parte de su religión.

-Y así ha sido -dijo Hitchcock sofocando la risa-. El otro día le oí en mitad de una conversación de lo más atea con ese viejo *guru* suyo. Peroo negaba la eficacia de la oración; y quería que el *guru* fuera al mar con él a ver una galerna y tratara de detener un monzón.

-Pues aun así, si echaras de aquí a su *guru*, nos dejaría de inmediato. Hace poco me contaba que había estado rezando bajo la cúpula de San Pablo cuando estuvo en Londres.

-Me contó que la primera vez que estuvo en la sala de máquinas de un vapor, de muchacho, rezó ante el cilindro de baja presión.

-Tampoco es mala cosa a la que rezar. Ahora está propiciando a sus propios dioses y quiere saber lo que pensará Madre Gunga del puente cuando lo crucen. ¿Quién hay ahí? -

[11] *Poojah.* Termino indostaní que significa devoción, veneración.

preguntó cuando una sombra oscureció la entrada, y dejaron un telegrama en manos de Hitchcock.

-Madre Gunga ya debería estar acostumbrada. Sólo es un telegrama. Será la respuesta de Ralli acerca de los nuevos remaches... ¡cielos! -exclamó Hitchcock poniéndose en pie de un salto.

-¿Qué ocurre? -preguntó el otro cogiendo el telegrama-. ¿Así que es *esto* lo que piensa Madre Gunga? -preguntó leyendo el mensaje-. Mantén la calma, joven. Este trabajo está hecho para nosotros. Veamos. Hace media hora Muir ha telegrafiado: *«Inundaciones en el Ramgunga. Presten atención»*. Bueno eso nos da... una, dos... nueve horas y media hasta que la inundación llegué a Melipur Ghaut, y son las dieciséis menos siete, y media hora más hasta Latodi... unas quince horas antes de que llegue hasta nosotros.

-¡Maldita sea esa cloaca del Ramgunga que alimentan los montes! Findlayson, esto sucede dos meses antes de que pudiera esperarse, y la orilla izquierda todavía está cubierta de materiales. ¡Dos meses antes de tiempo!

-Pero así son las cosas. Hace sólo veinticinco años que conozco los ríos de India y no pretendo entenderlos. Aquí viene otro telegrama -Findlayson lo abrió-. Esta vez es de Cockran, desde el Canal del Ganges: *«Aquí llueve mucho. Mal asunto»*. Podría haberse ahorrado las últimas palabras. Bueno, no necesitamos saber nada más. Tenemos que poner a trabajar a todos los grupos la noche entera y limpiar el lecho del río. Ocúpate de la orilla izquierda y trabaja hasta que te encuentres conmigo en la mitad. Pon bajo el puente todo lo que flote: ya tenemos suficientes embarcaciones que bajan a la deriva como para dejar que las rastras choquen contra los pilares. ¿Tienes algo en la orilla oriental que haya que cuidar?

-Un pontón grande con el puente-grúa encima. El otro puente-grúa está en el pontón reparado, con los remaches de la carretera de tierra desde los pilares veinte al veintitrés... dos líneas férreas auxiliares y una vía muerta para dar la vuelta. El pilotaje de las cimentaciones lo podemos abandonar a su suerte --dijo Hitchcock.

-De acuerdo. Enrola a cualquiera al que puedas ponerle la mano encima. Daremos a las cuadrillas quince minutos más para que se tomen la comida.

Cerca del pórtico había un gran gong nocturno que sólo se usaba para las inundaciones o cuando había fuego en el pueblo. Hitchcock había pedido un caballo de refresco y había partido hacia su lado del puente cuando Findlayson cogió la varilla envuelta en paño y rozó con un golpe el gong para sacar todo el sonido del metal.

Antes de que se apagara el ruido, todos los gongs nocturnos del pueblo habían transmitido la advertencia. Había que añadir las llamadas roncas de las caracolas desde los pequeños templos; el repiqueteo de tambores y tantanes; y desde las zonas europeas, donde vivían los remachadores, rebuznaba desesperadamente la trompeta de M'Cartney, un arma ofensiva para los domingos y fiestas, con el toque destinado a limpiar y a abrevar los caballos. Fueron silbando una máquina tras otra de las que regresaban a casa, por las vías muertas, tras el trabajo del día, hasta que los silbatos encontraron respuesta en la orilla más lejana. Después, el gong grande sonó tres veces como advertencia de que se trataba de una inundación, no de un incendio; caracolas, tambores y silbatos repitieron la llamada, y el pueblo entero se estremeció por el sonido de los pies descalzos al correr sobre la tierra blanda. En todos los casos la orden era colocarse junto al puesto de trabajo del día, y aguardar instrucciones. En el crepúsculo aparecieron las cuadrillas; los hombres

Librodot

se detenían para anudarse un paño en la cintura o atarse una sandalia; los capataces gritaban a sus subordinados mientras corrían o se detenían junto a los cobertizos de herramientas buscando barras y azadones; las locomotoras se arrastraban sobre las vías llenas de gente hasta que el torrente pardo desapareció en el crepúsculo del lecho del río, corrió sobre los cimientos, se amontonó a lo largo de los enrejados, se arracimó junto a las grúas y se quedó quieto, cada hombre en su sitio.

Luego el turbulento batir del gong transmitió la orden de cogerlo todo y llevarlo más arriba de la señal superior del agua, y aparecieron a cientos las lámparas encendidas entre las redes de hierro oscuro cuando los remachadores empezaron una presurosa noche de trabajo contra la inundación que se iba a producir. Las vigas de los tres pilares centrales, las que estaban sobre los estribos flotantes, no se encontraban en posición. Necesitaban tantos remaches como pudieran ponérseles, pues seguramente la inundación barrería los soportes y los hierros caerían sobre la piedra si no se los bloqueaba por los extremos. Cien palancas forzaban las traviesas de la línea temporal que unía los pilares que no habían sido terminados. Las amontonaron longitudinalmente, las cargaron en vagonetas y las locomotoras, bramando, las subieron a la orilla más allá del nivel de la inundación. Los cobertizos de herramientas de los arenales desaparecieron ante el ataque de los ejércitos rugientes, y con ellos fueron también los estantes hacinados de los almacenes gubernamentales, las cajas de hierro de los remaches, alicates, tenazas, piezas duplicadas de las máquinas de remachar, bombas y cadenas de repuesto. La grúa grande sería la última en moverse, pues estaba subiendo todos los materiales pesados hasta la estructura principal del puente. Los bloques de hormigón de la flota de rastras fueron volcados donde el agua tenía algo de profundidad para defender los pilares, y las rastras vacías fueron trasladadas con pértiga corriente abajo más allá del puente. Ahí era donde pitaba más fuerte el silbato de Peroo, pues al primer golpe del gong grande regresó con el bote a toda velocidad, y Peroo y los suyos, desnudos hasta la cintura, trabajaron por el honor y la fama, que son mejores que la vida.

-Sabía que hablaría -gritaba-. Lo sabía, pero el telégrafo nos dio una buena advertencia. Oh, hijos de procreadores impensables, hijos de vergüenza inexpresable, ¿es que estamos aquí para mirar?

Llevaba en la mano más de medio metro de cuerda de alambre desgastada en los extremos, y con ella Peroo hacía maravillas mientras saltaba de regala en regala vociferando en el lenguaje del mar.

A Findlayson le preocupaban más las rastras que cualquier otra cosa. M'Cartney bloqueaba con sus cuadrillas los extremos de tres vanos dudosos, pero las rastras a la deriva, en caso de que la inundación fuera alta, podrían poner en peligro las vigas; y había una verdadera flota de rastras en los canales laterales.

-Llévalas tras el promontorio de la torre de vigilancia -gritó a Peroo-. Allí habrá agua estancada; llévalas más abajo del puente.

-¡*Achcha!* [¡Muy bien!] Lo sé. Las estamos amarrando con cuerda de alambre -respondió-. ¡Hey! Prestad atención al Chota Sahib. Trabaja duramente.

Del otro lado del río llegaba un silbido casi continuo de locomotoras apoyado por el estruendo de las piedras. En el último minuto, Hitchcock empleaba unos cientos más de vagonetas de piedra de Tarakee para reforzar las vías muertas y los diques.

-El puente desafía a Madre Gunga -dijo Peroo con una risotada-. Pero cuando ella hable, yo sé cuál de las voces será la más fuerte.

Los hombres desnudos trabajaron durante horas, gritando y chillando bajo las luces. Era una noche calurosa y sin luna; el final se vio oscurecido por nubes y por un chubasco repentino que preocupó mucho a Findlayson.

-¡Se mueve! -exclamó Peroo poco antes del amanecer-. ¡Madre Gunga está despierta! ¡Escuchad! -gritó sacando una mano por un lado de la barca y dejando que la corriente le hablara. Una ola pequeña golpeó el costado de un pilar con un chapoteo quebradizo.

-Seis horas antes de tiempo -observó Findlayson limpiándose la frente salvajemente-. Ya no dependemos de nada. Será mejor que nos apartemos del lecho del río.

De nuevo sonó el gong grande y por segunda vez se produjo el estrépito de los pies descalzos sobre la tierra y el hierro sonoro; cesó el ruido de las herramientas. En el silencio, los hombres escucharon el bostezo seco del agua arrastrándose sobre la arena sedienta.

Un capataz tras otro le fueron gritando a Findlayson, quien se había situado junto a la torre de vigilancia, que su sección del lecho del río estaba limpia, y cuando se acalló la última voz Findlayson corrió sobre el puente hasta que las placas de hierro del camino permanente abrían paso a las planchas de madera temporales situadas sobre los tres pilares centrales, donde se encontró con Hitchcock.

-¿Todo limpio por tu lado? -preguntó Findlayson. El murmullo resonó en la caja del enrejado.

-Sí, y ahora se está llenando el canal del este. Estamos totalmente fuera de cuentas. ¿Cuándo nos caerá encima?

-No se puede saber. El río se llena tan rápido como puede. ¡Mira! -exclamó Findlayson señalando las planchas bajo sus pies, donde la arena, quemada y manchada por meses de trabajo, empezaba a susurrar y efervescer.

-¿Cuáles son las órdenes? -preguntó Hitchcock.

-Llamar a los hombres, contar las provisiones, sentarte en cuclillas y rezar por el puente. Eso es lo único que se me ocurre. Buenas noches. No pongas en peligro tu vida tratando de pescar algo que vaya corriente abajo.

-¡Oh, seré tan prudente como usted! Buenas noches. ¡Cielos, cómo se está llenando! ¡Llueve a conciencia!

Findlayson regresó a su orilla llevándose delante de él a los últimos remachadores de M'Cartney. Las cuadrillas se habían extendido a lo largo de los diques sin prestar atención a la lluvia fría del amanecer y se quedaron allí aguardando la inundación. Sólo Peroo mantenía unidos a sus hombres tras el promontorio de la torre de vigilancia, donde las rastras estaban amarradas por delante y por detrás con guindalezas, cuerda de alambre y cadenas.

Un gemido agudo recorrió la línea y acabó convirtiéndose en un grito mitad de miedo y mitad de sorpresa: el rostro del río se había vuelto blanco de una orilla a otra entre las piedras, y los espolones lejanos se cubrían de espuma. La Madre Gunga había llegado rápidamente hasta la altura de la orilla y su mensajero era un muro de agua color chocolate. Por encima del rugido del agua se escuchó un grito, era el quejido de los vanos que se venían abajo sobre sus bloques mientras las balsas de madera eran lanzadas hacia afuera desde debajo de sus vientres. Las rastras gemían y chocaban unas con otras en los remolinos que giraban alrededor de los pilares, y sus torpes mástiles se elevaban más y más contra la oscura línea del cielo.

-Antes de que estuviera encerrada entre estas murallas, sabíamos lo que haría. ¡Pero

ahora que está sujeta, sólo Dios sabe lo que hará! -exclamó Peroo observando el furioso torbellino que rodeaba la torre de vigilancia-. ¡Ohé! ¡Lucha entonces! Lucha con fuerza, pues así es como una mujer se desgasta.

Pero Madre Gunga no lucharía tal como Peroo deseaba. Tras la primera embestida corriente abajo, ya no hubo más murallas de agua, sino que el río se elevó de una manera corpórea, como una serpiente cuando bebe en el solsticio de verano, pellizcando y tocando los muros de contención, y remansándose detrás de los pilares hasta que incluso Findlayson empezó a calcular de nuevo la resistencia de su obra. Cuando llegó el día, el pueblo se quedó con la boca abierta.

-¡Anoche mismo era como una ciudad en el lecho del río! -se decían los hombres unos a otros-. ¡Y mira ahora!

Y miraban y volvían a maravillarse de las aguas profundas, las aguas presurosas que lamían la garganta de los pilares. La otra orilla estaba velada por la lluvia, en la que el puente se introducía y luego desaparecía; corriente arriba, de los espolones sólo se veían los remolinos y la espuma, y corriente abajo el río enjaulado, liberado ya de sus guías, se extendía como un mar hasta el horizonte. Por él bajaban presurosos y juntos, dando vueltas en el agua, cadáveres de hombres y bueyes, y aquí y allá se veía un pedazo de techo de albarda que desaparecía al tocar un pilar.

-Gran inundación -dijo Peroo, y Findlayson asintió.

Era una inundación tan grande como cualquiera pudiera querer contemplar. Su puente resistiría lo que estaba soportando ahora, pero no mucho más; y si por una posibilidad contra mil resultaba tener una debilidad en los diques, Madre Gunga se llevaría su honor hasta el mar junto con los demás desechos. Lo peor de todo era que no podía hacerse nada salvo quedarse quietos; y Findlayson se quedó quieto y sentado bajo su impermeable hasta que el casco se le deshizo sobre la cabeza y las botas estuvieron llenas de lodo hasta por encima de los tobillos. No contó el tiempo, pues era el río el que estaba marcando las horas centímetro a centímetro a lo largo del dique; y entumecido y hambriento escuchó la tensión de las rastras, el trueno hueco bajo los pilares y los cientos de ruidos que componían la melodía completa de una inundación. En una ocasión un criado empapado le trajo alimentos, pero no podía comer; en otra ocasión creyó haber oído el pitido débil de una locomotora al otro lado del río, y entonces sonrió. El fallo del puente dañaría no poco a su ayudante, pero Hitchcock era un hombre joven y su gran obra estaba todavía por llegar. Para él la quiebra lo significaba todo: todo lo que hacía que una vida dura mereciera la pena. Pensó en lo que dirían los hombres de su profesión: recordaba las palabras piadosas que él mismo había dicho cuando la gran instalación de obras de abastecimiento de aguas de Lockhart estalló convirtiéndose en montones de ladrillos y cieno, y a Lockhart el espíritu se le rompió en su interior y murió. Se acordó también de lo que él había dicho cuando el puente de Sumao se derrumbó por culpa de un gran ciclón junto al mar; pero sobre todo recordaba el rostro del pobre Hartopp tres semanas más tarde, cuando estaba ya marcado por la vergüenza. El tamaño de su puente doblaba el de Hartopp, y además llevaba las vigas Findlayson y el nuevo soporte de pilares: el soporte atornillado Findlayson. En su profesión no había excusas. Quizás el Gobierno pudiera escuchar, pero sus colegas le juzgarían por su puente, según éste siguiera en pie o se cayera. Lo repasó mentalmente, placa a placa, vano a vano, ladrillo a ladrillo, pilar a pilar, recordando, comparando, calculando y volviendo a calcular por si existía algún error; y durante las largas horas y los vuelos de las fórmulas que danzaban y

giraban ante él un miedo frío llegó a pellizcar su corazón. El aspecto que a él le correspondía de la suma estaba fuera de toda cuestión; ¿pero qué hombre conocía la aritmética de Madre Gunga? Mientras él se aseguraba de todo utilizando la tabla de multiplicar, el río podía estar abriendo agujeros en el fondo mismo de cualquiera de esos pilares de veinticinco metros que constituían su reputación. De nuevo se acercó un criado con alimento, pero su boca estaba seca y sólo pudo beber antes de regresar a los decimales que ocupaban su cerebro. Y el río seguía creciendo. Peroo, cubierto con una capa y sobre una esterilla, estaba agachado a sus pies, observando unas veces su rostro y otras el del río, pero sin decir nada.

Finalmente el lascar se levantó y se dirigió dando tumbos sobre el barro hacia el pueblo, no sin antes haber dejado un aliado que vigilara los botes.

Regresó al poco conduciendo irreverentemente ante él al sacerdote de su credo: un hombre viejo y grueso, de una barba gris que el viento azotaba junto con la tela húmeda que llevaba sobre el hombro. Nunca se había visto un *guru* tan lamentable.

-¿De qué sirven las ofrendas, las pequeñas lámparas de queroseno y los cereales si lo único que sabes hacer es quedarte sentado en cuclillas sobre el barro? -le preguntó Peroo a gritos-. Has tratado con los dioses mientras éstos estaban contentos y llenos de buenos deseos. Ahora están coléricos. ¡Habla con ellos!

-¿Qué es un hombre frente a la cólera de los dioses? -gimió el sacerdote, acobardado, mientras el viento hacía presa en él-. Déjame volver al templo y allí rezaré.

-¡Hijo de un cerdo, reza *aquí!* ¿Es que no vas a devolver nada por el pescado salado, el curry en polvo y las cebollas secas? ¡Grita en voz alta! Dile a Madre Gunga que ya hemos tenido suficiente. Ruégale que se aquiete para la noche. Yo no puedo rezar, pero he servido en los barcos de la Compañía y cuando los hombres no obedecían mis órdenes... -terminó la frase con un movimiento del látigo de cuerda de alambre, y el sacerdote, apartándose de su discípulo, huyó hacia el pueblo.

-¡Cerdo grueso! -exclamó Peroo-. ¡Después de todo lo que hemos hecho por él! Cuando baje la inundación me ocuparé de que tengamos un *guru* nuevo. Sahib Finlinson, oscurece ya para la noche, y no ha comido nada desde ayer. Sea prudente, Sahib. Ningún hombre puede soportar vigilar y pensar mucho con el estómago vacío. Acuéstese, Sahib. El río hará lo que el río haga.

-El puente es mío; no puedo abandonarlo.

-¿Es que va a sujetarlo con las manos? -preguntó Peroo echándose a reír-. Me inquieté por mi botes y arrufos *antes* de que llegara la inundación. Ahora estamos en las manos de los dioses. ¿El Sahib no comerá y se acostará? Entonces tome esto. Son carne y buen vino al mismo tiempo, y matan toda fatiga, además de la fiebre que sigue a la lluvia. Hoy no he comido otra cosa -dijo sacando una pequeña lata de tabaco de su empapado cinturón y poniéndola en la mano de Findlayson, añadiendo-: no, no tenga miedo. No es más que opio... ¡opio limpio de Malwa!

Findlayson agitó en la mano dos o tres píldoras de color marrón oscuro y, sin saber apenas lo que hacía, se las tragó. Aquello era por lo menos una buena defensa contra la fiebre -la fiebre que subía por él desde el barro húmedo-, y ya había visto lo que Peroo era capaz de hacer entre las nieblas sofocantes del otoño sólo con la fuerza de una dosis de la caja de hojalata.

Peroo hizo un signo de asentimiento con su mirada brillante.

-Dentro de muy poco, de muy poco, el Sahib verá que vuelve a pensar bien. Yo

también...

Se zambulló en su caja del tesoro, volvió a colocarse el impermeable sobre la cabeza y se agachó, quedándose en cuclillas, para observar los botes. Estaba ya demasiado oscuro para ver más allá del primer pilar, y daba la impresión de que la noche había dado nuevas fuerzas al río. Findlayson permaneció en pie, con la barbilla sobre el pecho, pensativo. Había una cuestión relativa a uno de los pilares, el séptimo, que no había resuelto totalmente en su cabeza. Las cifras sólo tomaban forma frente a él de una a una, y eso con enormes intervalos de tiempo. En sus oídos percibía un sonido suave y rico, semejante a la nota más profunda de un contrabajo: era un sonido fascinante sobre el que creyó meditar durante varias horas. Hasta que de pronto Peroo estaba junto a su codo, gritándole que se había roto una guindaleza de alambre y las rastras estaban sueltas. Al mismo tiempo Findlayson vio la flota abriéndose en abanico y escuchó el chillido prolongado del alambre tensándose a través de las regalas.

-Las golpeó un árbol. Se irán todas -gritó Peroo-. La guindaleza principal se ha abierto. ¿Qué va a hacer el Sahib?

En un instante destelló en la mente de Findlayson un plan de inmensa complejidad. Vio las cuerdas pasando de una barca a otra en líneas y ángulos rectos: cada cuerda era una línea de fuego blanco. Y una de ellas era la cuerda principal. Podía verla claramente. Sólo con que pudiera tirar de ella una vez era absoluta y matemáticamente seguro que la flota desordenada volvería a reunirse en el remanso situado tras la torre de vigilancia. Se preguntaba por el motivo de que Peroo se aferrara tan desesperadamente a su cintura mientras él corría orilla abajo. Era necesario apartar lenta y suavemente al lascar, porque era necesario salvar las barcas, y demostrar además la extrema facilidad de un problema que parecía tan difícil. Y en ese momento, aunque no parecía darle ninguna importancia, un cable metálico rozó a toda velocidad su mano, quemándola, desapareció la alta orilla y con ella se dispersaron lentamente todos los factores del problema. Estaba sentado en la oscuridad y bajo la lluvia, sentado en una barca que giraba como una peonza, y Peroo estaba de pie a su lado.

-Había olvidado que para los que están en ayunas y carecen de hábito el opio es peor que cualquier vino -comentó lentamente el lascar-. Los que mueren en el Gunga van junto a los dioses. Pero todavía no deseo presentarme ante los grandes. ¿Puede nadar el Sahib?

-¿Y para qué nadar? Puede volar... volar tan rápido como el viento -le respondió.

-¡Se ha vuelto loco! -murmuró Peroo casi sin aliento-. Y me aparta de su lado como si fuera un manojo de tortas de estiércol. Pues bien, no conocerá su muerte. Esta barca no resistirá una hora ni siquiera aunque nada la golpée. No es bueno mirar a la muerte con vista clara.

Volvió a refrescarse con la caja de hojalata, se agachó sobre los arcos curvos de la embarcación, que se mantenía unida mediante clavijas y ataduras y se quedó mirando a través de la niebla a la nada que había allí. Una cálida modorra se deslizó por Findlayson, el ingeniero jefe, cuyo deber estaba en su puente. Las pesadas gotas de lluvia le golpeaban produciéndole mil pequeños estremecimientos y cosquilleos, y el peso de todo el tiempo desde que había tiempo colgaba pesadamente de sus párpados. Pensó y percibió que estaba totalmente a salvo, pues el agua era tan sólida que un hombre podría caminar fácilmente sobre ella, y manteniéndose en pie con las piernas separadas para guardar el equilibrio -eso era lo más importante de todo-, podría transportarse fácilmente y con gran

velocidad hasta la orilla. Pero todavía se le ocurrió otro plan mejor. Sólo necesitaba un esfuerzo de la voluntad para que el alma lanzara el cuerpo a la orilla como el viento mueve un papel; para hacerlo flotar como una cometa hasta la orilla. ¿Había que suponer que a partir de entonces, pues la barca giraba vertiginosamente, los fuertes vientos se meterían bajo el cuerpo liberado? ¿Lo elevarían como una cometa conduciéndolo hasta las lejanas arenas, o caería fuera de todo control para toda la eternidad? Findlayson se sujetó a la regala para anclarse, pues tuvo la impresión de que estaba a punto de emprender el vuelo antes de haber trazado todos los planes. El opio produce un efecto mayor sobre el hombre blanco que sobre el negro. Peroo sólo se sentía cómodamente indiferente ante los accidentes.

-No puede vivir -dijo Peroo entre gruñidos-. Sus costuras ya se abren. Si al menos fuera un bote de remos, podríamos llevárnoslo; pero una caja con agujeros no es bueno. Finlinson Sahib, se llena de agua.

-*¡Achcha!* me voy. Ven tú también.

Mentalmente Findlayson ya había escapado de la barca, y estaba dando vueltas en el aire buscando dónde plantar los pies. Su cuerpo -realmente sentía pena por la gran indefensión de éste- estaba en popa, con el agua a la altura de las rodillas.

-¡Que ridículo! -se dijo a sí mismo en su ensoñación-. Es ése... es Findlayson... jefe del Puente de Kashi. El pobre hombre va a ahogarse. Ahogarse estando tan cerca de la orilla. Yo... estoy ya en la orilla. ¿Por qué no viene él aquí?

Con intenso desagrado descubrió que su alma había vuelto al cuerpo, y que el cuerpo balbuceaba y se ahogaba en las aguas profundas. El dolor de la unión fue atroz, pero necesario para que luchara por el cuerpo. Tomó conciencia de que se agarraba desesperadamente a la arena húmeda, y de que daba zancadas prodigiosas como las que uno da en un sueño para poner pie firme en el agua turbulenta hasta que finalmente se liberó de la sujeción del río y se dejó caer, jadeante, sobre la tierra húmeda.

-No ha sido esta noche -le dijo Peroo al oído-. Los dioses nos han protegido -añadió el lascar moviendo los pies con precaución arrastrándolos entre los tocones de secado-. Estamos en alguna isla de la cosecha de índigo del año pasado. Aquí no encontraremos hombres; pero tenga mucho cuidado, Sahib; todas las serpientes de aquí a cien millas habrán salido con la inundación. Aquí viene el relámpago, empujado por el viento. Ahora podremos ver, pero camine cuidadosamente.

Findlayson estaba muy lejos de tener el menor miedo a las serpientes, en realidad se hallaba lejos de cualquier emoción meramente humana. Tras haberse frotado los ojos para quitarse el agua de ellos, vio con inmensa claridad, y caminó, o así se lo pareció a él, con zancadas en las que cabía el mundo. En algún lugar, en la noche de los tiempos, había construido un puente: un puente que unía niveles ilimitados de brillantes mares; pero el Diluvio lo había echado abajo, dejando sólo esta isla bajo los cielos para Findlayson y su compañero, supervivientes únicos de la raza del hombre.

Un relampagueo incesante, abierto en horquilla y azulado, mostraba todo lo que podía verse en la pequeña zona a salvo de la inundación: un grupo de espinos, otro grupo de bambúes que crujían y se movían, y un *Ficus religiosa* gris y retorcido que se elevaba por encima de un santuario hindú desde cuya cúpula flotaba una bandera roja hecha jirones. El hombre santo que lo había tenido como lugar de descanso veraniego hacía tiempo que lo había abandonado, y la intemperie había roto la imagen de su dios hecha con barro rojo. Los dos hombres caminaron dando tumbos, con los miembros y los ojos pesados,

sobre las cenizas de una cocina de ladrillos, y se dejaron caer al abrigo de las ramas mientras la lluvia y el río rugían conjuntamente.

Los tocones de índigo crujieron y les llegó un olor a ganado al tiempo que un enorme y chorreante toro brahmánico se abrió camino bajo el árbol. Los destellos revelaron en su costado la marca en forma de tridente de Siva, la insolencia de la cabeza y la joroba, los ojos luminosos parecidos a los de un ciervo, la frente coronada con una guirnalda de caléndulas empapadas, y la papada sedosa que casi barría el suelo. Tras él escucharon a otros animales que ascendían desde la marca divisoria de las aguas a través de la espesura, un sonido de patas pesadas y aliento profundo.

-Hay más aparte de nosotros -dijo Findlayson con la cabeza apoyada en el tronco del árbol, sintiéndose totalmente cómodo y mirando a través de sus ojos medio cerrados.

-Ciertamente -contestó Peroo espesamente-. Y no son pequeños.

-¿Quiénes serán? No puedo ver con claridad.

-Los dioses. ¿Quién más podría ser? ¡Mire!

-¡Ah, es cierto! Seguramente los dioses... los dioses.

Findlayson sonrió mientras dejaba caer la cabeza sobre el pecho. Evidentemente Peroo tenía razón. Después de la inundación, ¿quién iba a vivir en la tierra salvo los dioses que la habían creado, a los que su pueblo rezaba por la noche, los dioses que estaban en las bocas y las costumbres de todos los hombres? En el trance en el que se encontraba no podía levantar la cabeza ni mover un dedo, y Peroo mostraba una sonrisa vacía a los relámpagos.

El toro se detuvo junto al santuario, bajando la cabeza hasta la tierra húmeda. Un loro verde que había en las ramas extendió y arregló las plumas de sus alas mojadas y chilló sobre el trueno mientras el círculo que había bajo el árbol se fue llenando con las sombras cambiantes de los animales. Había un ciervo negro[12] detrás del toro -un macho que Findlayson en su dilatada vida sobre la tierra sólo podría haber visto en sueños-, un macho de cabeza regia, lomo de ébano, vientre plateado y cuernos rectos y brillantes. A su lado, con la cabeza agachada hacia el suelo, unos ojos verdes y ardientes bajo las pobladas cejas azotando con su cola inquieta la hierba muerta, caminaba una tigresa[13] de vientre lleno y quijadas profundas.

El toro se tumbó junto al santuario y allí, desde la oscuridad, saltó un monstruoso mono gris [14] que se sentó en postura humana en el lugar de la imagen caída con la lluvia derramándose como joyas del pelo de su cuello y hombros.

Otras sombras fueron y vinieron tras el círculo, entre ellas la de un hombre embriagado con bastón florido y una botella. En ese momento un áspero bramido surgió casi desde el suelo:

-La inundación ya cede. Hora a hora el agua baja y su puente todavía se sostiene.

[12] *Ciervo negro.* Representa al Indra del primer período del hinduismo, considerado el principal de los dioses.

[13] *Tigresa.* Representa a Kali, la diosa madre, es la consorte de Siva y una diosa destructora y de la muerte, pero también de la regeneración. Se la representa a menudo cabalgando sobre un tigre y con un collar de cráneos.

[14] *Mono gris.* Representa a Hanuman, el dios-mono. Ayudó a Rama a conquistar Sri Lanka. Eso permitió el salto desde India a Ceilán, construyendo después un puente para que pudieran cruzar sus ejércitos de monos. Su imagen preside la fundación de nuevos pueblos y por su lealtad a Rama simboliza la devoción, aunque en esta historia Kipling lo convierte en el dios del trabajo.

-Mi puente -dijo Findlayson para sí mismo-. Debe ser ya una hora muy antigua. ¡Qué tienen que ver los dioses con mi puente!

Sus ojos giraron en la oscuridad persiguiendo el estruendo. Un cocodrilo hembra -el cocodrilo indio del Ganges, de morro romo, frecuentador de vados- se arrastraba delante de los animales, golpeando furiosamente a derecha e izquierda con la cola.

-Lo han hecho demasiado fuerte para mí. En toda la noche sólo he podido despedazar un puñado de planchas. ¡Los muros resisten! ¡Las torres resisten! Han encadenado mi inundación y mi río ya no es libre. ¡Seres Celestiales, quitad este yugo! ¡Dadme agua clara entre orilla y orilla! Soy yo, Madre Gunga, la que habla. ¡La justicia de los dioses! ¡Concededme la justicia de los dioses!

-¿Qué es lo que digo? -susurró Peroo-. En verdad es un *punchayet* de los dioses. Ahora sabemos que todo el mundo ha muerto, salvo usted y yo, Sahib.

El loro chilló y volvió a mover las alas, y la tigresa, con las orejas pegadas a la cabeza, rugió perversamente.

En algún lugar de la sombra una enorme trompa y colmillos brillantes se movían oscilantes, mientras un murmullo bajo rompió el silencio que siguió al rugido.

-Estamos aquí -dijo una voz profunda-: los grandes. Uno sólo y muchos. Siva, mi padre, está aquí con Indra. Kali ya ha hablado. Hanuman también escucha.

-Kashi está esta noche sin su *kotwal* -gritó el hombre de la botella arrojando su bastón al suelo mientras la isla resonaba con el ladrido de los sabuesos-. Dadle al río la justicia de los dioses.

-Os quedasteis quietos cuando ensuciaron mis aguas -bramó el gran cocodrilo-. No disteis ninguna señal cuando mi río quedó atrapado entre las paredes. No podía hacer otra cosa salvo ahorrar mis fuerzas, y ella falló -la fuerza de Madre Gunga falló- delante de sus torres de vigilancia. ¿Qué puedo hacer? Lo he intentado todo. ¡Terminad ahora, Seres Celestiales!

-Yo traje la muerte; cabalgué con la enfermedad de una choza a otra de sus trabajadores, pero no abandonaron-dijo adelantándose el asno[15] de morro rajado y pellejo gastado, cojo, de patas de tijera y lleno de rozaduras-. Les arrojé la muerte desde mi hocico, pero no cesaron.

Peroo habría deseado moverse, pero el opio le tenía atrapado con fuerza.

-¡Bah! -exclamó echando un escupitajo-. Aquí está la propia Sitala; *Mata* [16] la viruela. ¿Tiene el Sahib un pañuelo para ponérselo por la cara?

-¡Valiente ayuda! -exclamó el cocodrilo-. Me alimentan de cadáveres durante un mes y me arrojo sobre ellos en mis bancos de arena, pero su trabajo sigue adelante. ¡Son demonios, e hijos de demonios! Y dejáis sola a Madre Gunga para que ellos se burlen con su carruaje de fuego. ¡La justicia de los dioses caiga sobre los constructores del puente!

El toro dio una vuelta en la boca a lo que estaba rumiando y respondió con lentitud:

-Si la justicia de los dioses cayera sobre todos los que se burlan de las cosas sagradas, habría muchos altares oscurecidos en la tierra, madre.

-Pero esto va más allá de una burla -replicó la tigresa lanzando hacia delante una garra-. Tú sabes, Siva, y también vosotros, Seres Celestiales: sabéis que han ensuciado a

[15] *Asno.* Sitala, diosa de la viruela, que puede provocar la enfermedad o vencerla. Se le suele representar montada en un asno, desnuda y pintada de rojo.
[16] *Mata.* Viruela.

Gunga. Seguramente tendrán que presentarse ante el destructor. Que juzgue Indra.

-¿Cuánto tiempo hace que dura este mal? -respondió el ciervo sin hacer movimiento alguno.

-Tres años, tal como cuentan el tiempo los hombres -respondió el cocodrilo de India, muy apretado contra el suelo.

-¿Acaso Madre Gunga va a morir en un año que tan ansiosa está de ver su venganza ahora? El mar profundo estaba hasta ayer allí adonde ella llegaba, y mañana el mar la volverá a cubrir mientras los dioses cuentan lo que los hombres llaman tiempo. ¿Puede decir alguien que su puente resistirá hasta ese mañana? -preguntó el ciervo.

Se produjo un largo silencio y al aclararse la tormenta la luna llena se levantó por encima de los árboles goteantes.

-Juzgad vosotros, entonces -dijo con hosquedad el cocodrilo-. Yo he expresado mi vergüenza. La inundación baja. No puedo hacer nada más.

-Por lo que a mí respecta -dijo el gran mono sentado dentro del santuario-, me gusta mucho ver a estos hombres, recordando que yo también construí puentes nada pequeños en la juventud del mundo.

-También se dice -le regañó el tigre-, que estos hombres proceden de los restos de tus ejércitos, Hanuman, y que por tanto tú les has ayudado...

-Ellos trabajaron cuando lo hicieron mis ejércitos en Lanka, y creen que su trabajo todavía persiste. Indra está demasiado alto, pero Siva, tú sabes cómo la tierra está cruzada por sus carruajes de fuego.

-Sí, lo sé -dijo el toro-. Sus dioses les instruyeron al respecto.

Una risotada recorrió el círculo.

-¡Sus dioses! ¿Qué van a saber sus dioses? Nacieron ayer, y los que los hicieron apenas se han enfriado -dijo el cocodrilo-. Mañana sus dioses morirán.

-¡Ja! -exclamó Peroo-. Madre Gunga sabe lo que se dice. Yo ya se lo dije al Padre-Sahib que predicaba en el *Mombasa*, y él le pidió al Burra Malum que me metiera en el calabozo por una falta grave.

-Seguramente hacen esas cosas para complacer a sus dioses -volvió a decir el toro.

-Ni hablar -dijo el elefante adelantándose-. Lo hacen en beneficio de mis *mahajuns;* mis gordos prestamistas que me veneran cada año nuevo, cuando llevan mi imagen a la cabeza de los libros de cuentas. Yo, mirándoles por encima de sus hombros a la luz de la lámpara, compruebo que los nombres de los libros son los de hombres que están en lugares lejanos: pues todas las ciudades están unidas por el carruaje de fuego, y el dinero va y viene rápidamente, y los libros de cuentas se van haciendo tan gordos... como yo mismo. Y yo, que soy Ganesha la de la buena suerte, yo bendigo a mis pueblos.

-Han cambiado la faz de la tierra, que es mi tierra. Han matado y construido ciudades nuevas en mis orillas -clamó el cocodrilo.

-Eso es sólo cambiar un poco de suciedad. Dejemos que la suciedad se meta en la suciedad si eso le complace -respondió el elefante.

-Pero ¿y después? -preguntó la tigresa-. Después verán que Madre Gunga no venga el insulto, y se desharán primero de ella, y después de todos nosotros uno a uno. Al final, Ganesha, nos quedaremos con los altares desnudos.

El hombre borracho se puso en pie tambaleándose e hipó con vehemencia en el rostro de los dioses reunidos.

-Kali miente. Mi hermana miente. Este bastón mío es el *kotwal* de Kashi, y lleva la

cuenta de mis peregrinos. Cuando llega el momento de venerar a Bhairon, y siempre es el momento, los carruajes de fuego se mueven uno a uno, y cada uno de ellos transporta a mil peregrinos. Ya no vienen más a pie, sino sobre ruedas, y mi honor aumenta.

-Gunga, he visto tu lecho de Prayag negro por los peregrinos que lo ocupaban -dijo el mono inclinándose hacia el frente-, y de no haber sido por el carruaje de fuego habrían llegado lentamente, y en escaso número. Acuérdate.

-Vienen a mí siempre -intervino Bhairon-. De día y de noche me rezan todos los pueblos comunes en los campos y los caminos. ¿Quién es hoy como Bhairon? ¿Quién habla de que la fe esté cambiando? ¿No vale de nada mi bastón *kotwal* de Kashi? Él lleva la cuenta, y dice que nunca hubo tantos altares como hoy, y el carruaje de fuego les sirve bien. Yo soy Bhairon: Bhairon el del pueblo común, y el principal de los Seres Celestiales hoy en día. Mi bastón también dice...

-¡Calla un momento! -mugió el toro-. La veneración en las escuelas es mía, y hablan muy sabiamente, preguntándose si yo soy uno o muchos, como lo es el placer de mi pueblo, y tú sabes lo que soy. Kali, esposa mía, tú también lo sabes.

-Sí, lo sé -contestó la tigresa con la cabeza agachada.

-Soy más grande también que Gunga. Pues sabes quién conmovió las mentes de los hombres para que consideraran a Gunga sagrada entre los ríos. Quien muere en esas aguas, ya sabes lo que dicen los hombres, viene a nosotros sin castigo, y Gunga sabe bien que el carruaje de fuego ha llevado hasta ella docenas y docenas de esos ansiosos; y Kali sabe que sus fiestas principales las celebran peregrinos que han sido conducidos por el carruaje de fuego. ¿Quién llevó en Pooree[17], bajo la imagen que hay allí, miles en un día y una noche, conduciendo a los enfermos sobre las ruedas de los carruajes de fuego, para que fueran desde un extremo de la tierra al otro? ¿Quién, sino Kali? Antes de que llegara el carruaje de fuego, era una tarea pesada. Los carruajes de fuego te han servido bien, Madre de la Muerte. Pero yo hablo de mis propios altares, pues no soy Bhairon el de la Gente Común, sino Siva. Los hombres van de aquí para allá, formando palabras y hablando de dioses extraños, y yo escucho. La fe sigue a la fe entre mis gentes en las escuelas, y no siento cólera; pues cuando se dicen las palabras, y termina la nueva charla, finalmente los hombres regresan a Siva.

-Cierto. Eso es verdadero -murmuró Hanuman-. A Siva y a los otros, madre, ellos regresan. Me he deslizado de templo en templo por el norte, donde veneran a un dios y su profeta; y ahora mi imagen está solitaria dentro de sus santuarios.

-Muchas gracias -intervino el ciervo girando lentamente la cabeza-. Yo soy ese Uno y también su profeta.

-Eso no importa, padre -volvió a intervenir Hanuman-. Y voy al sur, donde soy el más antiguo de los dioses tal como los hombres conocen a los dioses, y toco los santuarios de la fe nueva y la mujer a la que conocemos le han cortado doce brazos, y le llaman su María.

-Muchas gracias, hermano -dijo la tigresa-. Yo soy esa mujer.

-Aun así, hermana; y voy al oeste entre los carruajes de fuego, y me detengo en muchas formas ante los constructores de puentes, y por mi causa cambian su fe y son muy sabios. ¡Ja, ja! Realmente soy yo quien construye los puentes: puentes entre esto y

[17] *Pooree.* Puri. Referencia a la fiesta que se celebra en Puri, punto decisivo del culto a una forma de Krisna, en junio y julio.

aquello, y cada puente lleva ciertamente al final hasta Nosotros. Alégrate, Gunga. Ni estos hombres ni los que les seguirán se burlan de ti en absoluto.

-¿Entonces estoy sola, Seres Celestiales? ¿Tendré que suavizar mi inundación no vaya a ser que me lleve sus murallas? ¿Secará Indra mis manantiales de las colinas y me hará arrastrarme humildemente entre sus muelles? ¿Tendré que enterrarme en la arena antes que ofenderlos?

-Y todo esto era nombre de una pequeña barra de hierro encima de la cual va el carruaje de fuego. ¡Verdaderamente Madre Gunga siempre es joven! -dijo Ganesha el elefante-. Un niño no habría hablado más estúpidamente. Dejemos que la suciedad se meta en la suciedad antes de que vuelva a la suciedad. Lo único que yo sé es que mi pueblo se vuelve rico y me alaba. Siva ha dicho que los hombres de las escuelas no olvidan; Bhairon está contento con su multitud del pueblo común: y Hanuman ríe.

-Claro que río -intervino el mono-. Mis altares son pocos al lado de los de Ganesha o Bhairon, pero los carruajes de fuego me traen nuevos adoradores de más allá de las aguas profundas: de entre los hombres que creen que su dios es el trabajo. Yo corro ante ellos llamándoles, y ellos siguen a Hanuman.

-Dales entonces el trabajo que desean -dijo el cocodrilo-. Pon una barrera a mi inundación y haz que las aguas vuelvan sobre el puente. En un tiempo fuiste fuerte en Lanka, Hanuman. Inclínate y levanta mi lecho.

-Quien da la vida puede quitarla -dijo el mono rascándose el barro con un alargado dedo índice-. ¿Pero quién se beneficiaría de la matanza? Morirían muchos.

Desde las aguas ascendió la melodía de una canción de amor como las que cantan los muchachos cuando contemplan su ganado en el calor del mediodía a finales de la primavera. El loro chilló gozosamente, deslizándose a lo largo de la rama, con la cabeza baja, mientras la canción iba volviéndose más fuerte, hasta que un claro de luna reveló al joven pastor, el preferido de los gopis, el ídolo de las doncellas soñadoras y de las madres antes de que nazcan sus hijos: Krisna el Bienamado. Se agachó para anudar sus cabellos largos y húmedos, y el loro[18] fue aleteando hasta su hombro.

-Volar y cantar, y cantar y volar -dijo Bhairon soltando un hipido-. Éstos llegan tarde para el consejo, hermano.

-¿Y qué importa? Preguntó Krisna riendo y echando hacia atrás la cabeza-. Aquí podéis hacer muy poco sin mí o sin Karma -se detuvo para acariciar el plumaje del loro y volvió a reír-. ¿Qué hacéis aquí sentados y hablando? Oí a Madre Gunga rugir en la oscuridad, y vine rápidamente desde una choza en la que estaba acostado y calentito. ¿Y qué le habéis hecho a Karma, que está tan húmedo y silencioso? ¿Y qué hace aquí Madre Gunga? ¿Tan llenos están los cielos que tenéis que venir a chapotear en el barro como los animales? Karma, ¿qué es lo que hacen?

-Gunga ha pedido venganza contra los constructores del puente, y Kali está con ella. Le ha pedido a Hanuman que destruya el puente para que su honor sea grande -contestó gritando el loro-. ¡Yo esperaba aquí sabiendo que tú vendrías, maestro mío!

[18] *Krisna ... gopis... loro.* Krisna el bienamado es una encarnación de Visnu, el dios más atractivo del panteón, dios del amor ilimitado, juguetón y en general el más gozoso de los dioses. Las gopis eran las lecheras que adoraban a Krisna y con las que él jugaba y flirteaba. Loro, representa a Kama, el dios del placer y el amor sexual, correspondiente al Eros griego. En los párrafos siguientes Kipling no se refiere a karma, la ley de la causa y el efecto, sino al loro.

-¿Y los Seres Celestiales no dicen nada? ¿Gunga y la Madre de las Penas hablan por encima de ellos? ¿Nadie habla por mi pueblo?

-No -contestó Ganesha moviéndose con inquietud y apoyándose primero en una pata y luego en otra-. Yo dije que sólo había suciedad en juego, y que lo mejor sería pisotearla para aplanarla.

-Yo estaba contento de dejarles afanarse... muy contento -añadió Hanuman.

-¿Qué tengo yo que ver con la cólera de Gunga? -preguntó el toro.

-Yo soy Bhairon del Pueblo Común, y éste mi bastón es el *kotwal* de todo Kashi. Yo hablo por el Pueblo Común.

-¿Tú? -preguntó el joven dios con *ojos* chispeantes.

-¿Acaso no soy en sus bocas el primero de los dioses? -replicó Bhairon con descaro-. En el nombre del Pueblo Común dije... muchas cosas muy sabias que ya he olvidado... pero éste mi bastón...

Krisna se dio la vuelta con impaciencia, vio al cocodrilo a sus pies y, arrodillándose, le pasó un brazo por el frío cuello:

-Madre -le dijo con amabilidad-, vuélvete de nuevo a tu inundación. Este asunto no es para ti. ¿Qué daño va a obtener tu honor con este barro? Tú les has dado sus campos de nuevo un año tras otro, y con tu inundación se hacen fuertes. Al final todos vienen a ti. ¿Qué necesidad tienes de masacrarlos ahora? Ten piedad, madre, por un breve tiempo... y sólo es por un breve tiempo.

-Si sólo fuera por un breve tiempo... empezó a decir lentamente el animal.

-¿Acaso son dioses? -le interrumpió Krisna riendo, mirando fijamente *los ojos* apagados del cocodrilo-. Puedes estar seguro de que sólo es por breve tiempo. Los Seres Celestiales te han escuchado, y se hará justicia. Vuelve ahora de nuevo, madre, a la inundación. Hay muchos hombres y ganado en las aguas... las orillas caen... los pueblos se deshacen por tu causa.

-Pero el puente... el puente resiste -volvió a decir el cocodrilo gruñendo en los matorrales mientras Krisna se levantaba.

-Ha terminado -dijo la tigresa con voz cruel-. Ya no existe justicia de los Seres Celestiales. Has avergonzado a Gunga, que sólo pedía unas cuantas docenas de vidas.

-De *mi* pueblo, que yace bajo los techos de hojas de esa aldea, de las jóvenes y los jóvenes que les cantan en la oscuridad, del niño que nacerá la mañana siguiente, del que ha sido engendrado esta noche -exclamó Krisna-. Y cuando todo haya terminado, ¿a quién beneficiará? Mañana les veremos trabajar. Ay, si barrierais el puente de un extremo a otro empezarían de nuevo. ¡Escuchadme! Bhairon siempre está borracho. ¡Hanuman se burla de su pueblo con nuevos acertijos!

-Qué va, pero si son muy antiguos -respondió el mono echándose a reír.

-Siva escucha la conversación de las escuelas y los sueños de los hombres santos; Ganesha sólo piensa en sus comerciantes gordos; pero yo... yo vivo con mi pueblo, no pido regalos y por eso los recibo constantemente.

-Y bien amable que eres tú con tu pueblo -intervino la tigresa.

-Son los míos. Las ancianas sueñan conmigo dando vueltas mientras duermen; las doncellas me contemplan y me escuchan cuando van a llenar sus *lotah* junto al río. Camino con los hombres jóvenes que aguardan fuera de las puertas al atardecer, y por encima del hombro llamo a los que llevan barba blanca. Seres Celestiales, sabéis que de todos nosotros soy el único que camina continuamente por la tierra, y que no me

complazco en nuestros cielos mientras haya aquí brotes de hierba, o haya dos voces en el crepúsculo en los campos de cultivo. Sois sabios, pero vivís muy lejos, olvidando de dónde procedéis. Pero yo no olvido. Y los carruajes de fuego alimentan vuestros santuarios, ¿no decís eso? ¿Y acaso los carruajes de fuego no llevan a mil peregrinos cuando antiguamente sólo llegaban diez? Así es. Hoy es ésa la verdad.

-Pero mañana estarán muertos, hermano -dijo Ganesha.

-¡Haya paz! -dijo el toro en el momento en que Hanuman se adelantaba para volver a hablar-. Y mañana, amado Krisna... ¿qué hay de mañana?

-Sólo esto: una palabra nueva pasando de boca en boca entre las gentes comunes... una palabra que ningún hombre ni Dios puede agarrar... una palabra maligna, una palabra pequeña y perezosa entre las gentes comunes, que dice (y nadie sabe quién inventó esa palabra) que están cansados de vosotros, Seres Celestiales.

Todos los dioses se echaron a reír. -¿Y entonces, amado? -exclamaron.

-Y para ocultar ese cansancio, ellos, mi pueblo, al principio te llevarán a ti, Siva, y a ti, Ganesha, grandes ofrendas, y harán mucho ruido al veneraros. Pero la palabra se ha divulgado y después empezarán a pagar menos a vuestros obesos brahmanes, más tarde se olvidarán de vuestros altares, pero tan lentamente que ningún hombre será capaz de decir cómo se inició ese olvido.

-¡Lo sabía, lo sabía! También hablé yo así, pero no me escucharon -dijo la tigresa-. ¡Deberíamos haberlos masacrado... deberíamos haberlos eliminado!

-Ya es demasiado tarde. Deberíais haberlos eliminado al principio, cuando los hombres del otro lado del agua no habían enseñado nada a nuestras gentes. Ahora los míos contemplan sus trabajos y se alejan pensativos. Ya no piensan en absoluto en los Seres Celestiales. Piensan en el carruaje de fuego y en otras cosas que los constructores de puentes han hecho, y cuando vuestros sacerdotes adelantan las manos pidiendo limosna, les dan un poco y a regañadientes. Esto es el principio, entre uno o dos, o cinco o diez; pues yo, que me muevo entre los míos, conozco lo que hay en sus corazones.

-¿Y el final, Bufón de los Dioses?[19] ¿Cuál será el final? -preguntó Ganesha.

-El final será como fue el principio, ¡perezoso hijo de Siva! La llama morirá en los altares y la oración en la lengua hasta que os volváis a convertir en dioses pequeños, dioses de la selva, nombres que los cazadores de ratas y los tramperos de perros susurran en la espesura y en las cuevas: dioses harapientos, diosecillos del árbol y la aldea, como fuisteis al principio. Ése es el final, Ganesha, para ti y para Bhairon... Bhairon el de las Gentes Comunes.

-Eso está muy lejos -contestó Bhairon con un gruñido-. Además es una mentira.

-Muchas mujeres han besado a Krisna. Le cuentan esto para sentir ellas alegre el corazón cuando llegan los cabellos grises, y él nos ha transmitido el relato -intervino el toro con voz baja.

-Sus dioses vinieron y nosotros los cambiamos. Yo tomé a la mujer y le di los doce brazos. Igualmente cambiaremos todos sus dioses -dijo Hanuman.

-¡Sus dioses! No se trata de sus dioses, uno o tres, hombre o mujer. Lo que importa es la gente. *Ellos* se mueven, no los dioses de los constructores del puente -dijo Krisna.

-Así sea. He hecho que un hombre venerara el carruaje de fuego cuando estaba todavía quieto respirando humo, y no sabía que me estaba venerando a mí -intervino

[19] *Bufón de los dioses.* Referencia al carácter juguetón de Krisna.

Hanuman el mono-. Ellos sólo cambiarán un poco los nombres de sus dioses. Yo conduciré a los constructores de puentes como en la antigüedad; Siva será venerado en las escuelas por los que dudan y desprecian a sus semejantes; Ganesha tendrá a sus *mahajun*, y Bhairon a los conductores de burros, los peregrinos y los vendedores de juguetes. Amado, no harán otra cosa que cambiar los nombres, y eso ya lo hemos visto mil veces.

-Seguramente que no harán más que cambiar los nombres -repitió Ganesha, pero entre los dioses se produjo un movimiento de inquietud.

-Cambiarán algo más que los nombres. A mí es al único que no podrán matar mientras las doncellas y los hombres se unan o la primavera siga a las lluvias del invierno. Seres Celestiales, no por nada he caminado sobre la tierra. Mis gentes no saben ahora lo que son; pero yo, que vivo con ellos, leo en sus corazones. Grandes Reyes, el principio del final ya ha nacido. Los carruajes de fuego gritan los nombres de dioses nuevos que *no* son los antiguos con nombres nuevos. ¡Bebed y comed ahora a lo grande! ¡Bañad vuestros rostros en el humo de los altares antes de que se enfríen! Seres Celestiales, recibid los cumplidos y escuchad los címbalos y los tambores mientras haya todavía flores y canciones. Tal como los hombres cuentan el tiempo, el final está lejos; pero tal como lo contamos nosotros, ya es hoy. He hablado.

El joven dios se calló y sus hermanos se miraron unos a otros largo tiempo en silencio.

-Nunca antes había oído tal cosa -susurró Peroo en el oído de su compañero-. Y sin embargo, a veces, cuando aceitaba los cojinetes de la sala de máquinas del *Goorkha*, me preguntaba si nuestros sacerdotes serían tan sabios... tan sabios. Ha llegado el día, Sahib. Se irán con la mañana.

Una luz amarillenta se abría en el cielo y cambió la tonalidad del río al retirarse la oscuridad. De pronto, el elefante barritó con fuerza cuando un hombre le aguijoneó.

-Que juzgue Indra. Padre de todo, habla. ¿Qué dices de las cosas que hemos oído? ¿Ha mentido Krisna? O...

-Ya sabéis -dijo el ciervo poniéndose en pie-. Conocéis el acertijo de los dioses. Cuando Brahm[20] deja de soñar, los cielos, los infiernos y la tierra desaparecen. Contentaos. Brahm sueña todavía. Los sueños van y vienen, y la naturaleza de los sueños cambia, pero Brahm todavía sueña. Krisna ha caminado demasiado sobre la tierra, pero le amo más por el relato que nos ha contado. Los dioses cambian, amado... ¡todos salvo Uno!

-Ay, todos salvo Uno que hace el amor en los corazones de los hombres -contestó Krisna atándose el ceñidor-. Basta con que aguardéis un poco y sabréis si miento.

-Verdaderamente, tal como dices, dentro de muy poco tiempo lo sabremos. Vuelve a tus chozas, amado, y distráete con las cosas juveniles, pues Brahm todavía sueña. ¡Dispersaos, hijos míos! Brahm sueña... y hasta que Él despierte, los dioses no morirán.

-¿Adónde fueron? -preguntó el lascar sobrecogido por el temor y temblando un poco por el frío.

-¡Quién sabe! -exclamó Findlayson.

El río y la isla estaban ya totalmente iluminados por la luz del día, y no había ninguna

[20] *Brahm.* El poder que es la unidad del cosmos, no confundir con Brahma el Creador, que junto con Siva y Visnu (destructor y conservador) sólo es un aspecto de Brahm o Brahman.

señal de pezuñas o movimiento en la tierra húmeda bajo el árbol. Sólo un loro chillaba en las ramas, moviendo las alas y dejando caer una lluvia de gotas de agua.

-¡Arriba! ¡Nos hemos quedado entumecidos por el frío! ¿Ha desaparecido el opio? ¿Puede moverse, Sahib?

Tambaleándose, Findlayson se puso en pie y se sacudió. La cabeza le daba vueltas y le dolía, pero el trabajo del opio había terminado, y mientras se mojaba la frente en un charco, el ingeniero jefe del Puente de Kashi se preguntaba cómo había conseguido llegar a la isla, las posibilidades que ofrecía el día de regresar, pero sobre todo cómo había resistido su obra.

-Peroo, he olvidado muchas cosas. Me encontraba debajo de la torre de vigilancia, contemplando el río, y de pronto... ¿nos llevó la inundación?

-No. Las barcas se soltaron, Sahib -(si el Sahib se había olvidado del opio, Peroo no pensaba recordárselo)-, y al tratar de volver a atarlas, me pareció a mí, aunque estaba oscuro, que una cuerda se enredó en Sahib y le hizo caer sobre una barca. Pensando que fuimos nosotros dos, junto con Hitchcock Sahib, los que por así decirlo construimos ese puente, salté también a esa barca, que vino cabalgando a lomos de caballo, por así decirlo, hasta esta isla, y entonces, al partirse, nos arrojó en la orilla. Lancé grandes gritos cuando la barca se apartó del muelle, y sin duda Hitchcock Sahib vendrá a buscarnos. En cuanto al puente, han muerto tantos al construirlo que no puede caerse.

A la tormenta le sucedió un sol tan fuerte que se llevó el olor de la tierra empapada, y bajo la luz clara no había espacio para que un hombre pensara en los sueños de la oscuridad. Findlayson permaneció mirando corriente arriba, a través de la luminosidad de las aguas agitadas, hasta que le dolieron los ojos. No había la menor señal de ninguna orilla en el Ganges, y mucho menos de la línea del puente.

-Llegamos demasiado abajo -comentó-. Es sorprendente que no nos hayamos ahogado cien veces.

-Eso es lo que menos sorprende, pues ningún hombre muere antes de su momento. He visto Sydney, he visto Londres, y veinte puertos importantes, pero... -Peroo contempló el santuario mojado y descolorido bajo el árbol-, ningún hombre ha visto lo que nosotros vimos aquí.

-¿A qué te refieres?

-¿Ha olvidado el Sahib, o es que sólo los hombres de color vemos a los dioses?

-Tuve fiebre -Findlayson seguía mirando todavía, con inquietud, a través del agua-. Me pareció que la isla se poblaba de animales y hombres que hablaban, pero no recuerdo. Creo que tal como está el agua ahora una barca podría resistir sobre ella.

-¡Ajá! Entonces es cierto. «Cuando Brahm deja de soñar, los dioses mueren». Ahora sé lo que quería decir. Una vez el *guru* me lo dijo; pero entonces no lo entendí. Ahora soy sabio.

-¿Qué dices? -le preguntó Findlayson por encima del hombro.

Peroo siguió hablando como si lo hiciera consigo mismo:

-Seis... siete... diez monzones han pasado desde entonces, estaba de vigilancia en el castillo de proa del *Rewah,* el barco grande de la Kumpani, y hubo un gran *tufan*[21], con gran movimiento de las aguas verdes y negras; ahogándome debajo de las aguas, me sujeté con fuerza a las cuerdas salvavidas. Entonces pensé en los dioses, en los que vimos

[21] *Tufan.* Tifón.

anoche -en ese momento se volvió para mirar con curiosidad a Findlayson, pero el hombre blanco seguía mirando por encima del nivel de la inundación-. Sí, me refiero a los que vimos esta última noche, y les pedí que me protegieran. Y mientras rezaba, y seguía manteniendo mi vigilancia, llegó una ola enorme que me lanzó hacia delante, sobre el anillo de la gran ancla negra, y el *Rewah* se elevaba y elevaba, inclinándose hacia la izquierda, y el agua se retiraba bajo su proa, y yo caí sobre mi vientre sujetándome al anillo y contemplando las grandes profundidades. Entonces, delante de la muerte, pensé que si me soltaba moriría, y que ya no habría más para mí ni el *Rewah* ni mi lugar junto a los fogones donde se cuece el arroz, ni Bombay, ni Calcuta, ni siquiera Londres. «¿Cómo puedo estar seguro de que los dioses a los que he rezado siguen existiendo?», me pregunté. Eso es lo que pensé, y el *Rewah* descendió la proa lo mismo que cae un martillo, y todo el mar entró y me arrastró hacia atrás a lo largo del castillo de proa y por encima del saltillo de cubierta, haciéndome mucho daño en la espinilla al golpeármela con un motor auxiliar: pero no encontré la muerte y he visto a los dioses. Son buenos para los hombres vivos, que no para los muertos. Ellos han hablado. Por eso, cuando regrese al pueblo le daré una paliza al *guru* por decir acertijos que no lo son. Cuando Brahm deja de soñar, los dioses se van.

-Mira corriente arriba. La luz ciega. ¿Ves humo allí?

Peroo se protegió los ojos con las manos.

-Es un hombre rápido y sabio. Hitchcock Sahib no confiaría en un bote de remos. Le ha pedido al rajá Sahib la lancha de vapor y viene a buscarnos. Siempre dije que en las obras del puente tendríamos que haber dispuesto de una lancha de vapor.

El territorio del rajá de Baraon estaba a menos de veinte kilómetros del puente; y Findlayson y Hitchcock habían pasado una buena parte de su escaso tiempo libre jugando al billar y cazando machos cabríos negros con el joven rajá. Éste había tenido durante cinco o seis años a un inglés de aficiones deportivas como tutor de viajes, y ahora se dedicaba a gastar regiamente las rentas acumuladas durante su minoría de edad por el Gobierno Indio [22]. Su lancha de vapor, de barandillas plateadas, entoldado de seda a rayas y cubiertas de ébano era un nuevo juguete que a Findlayson la había parecido horrible cuando el rajá acudió para ver las obras del puente.

-Qué suerte -murmuró Findlayson, aunque no por ello se sintiera menos asustado, porque se estaba preguntando por las noticias que le traerían acerca del puente.

La llamativa chimenea de color azul y blanco se acercaba velozmente corriente abajo. Vieron a Hitchcock que estaba en proa, con unos prismáticos de ópera, y el rostro inusualmente blanco. Peroo lanzó un grito y la lancha se encaminó hacia la isla. El rajá Sahib, en traje de caza de tweed y un turbante de siete tonos, les saludó con su mano regia mientras Hitchcock lanzaba un grito. Pero no pudo hacer pregunta alguna, porque la primera que le hizo Findlayson fue acerca del puente.

-¡Todo tranquilo! Dios, no esperaba volverle a ver, Findlayson. Se encuentra a siete *koss*[23] corriente abajo. Sí, no se ha movido ni una sola piedra; ¿pero cómo se encuentra?

[22] Es un tópico en Kipling la idea de que los rajás derrochaban el dinero cargando de impuestos a sus súbditos, lo que liberaba así de culpa a los ingleses, y que sólo cuando la minoría de edad del rajá implicaba la formación de un consejo de regencia, dominado por ingleses, el Estado ahorraba dinero que luego el rajá volvería a malgastar. Ver en *La Marca de la Bestia*, en esta editorial, el relato «Al final de la travesía», página noventa y nueve, donde se repite el tópico.

[23] *Koss*. Medida de distancia de distinto valor en las diferentes partes de India, hasta entre dos y cuatro

Le pedí prestada la lancha al rajá Sahib, y él tuvo la bondad de acompañamos. Suban a bordo.

-Ah, Finlinson, se encuentra muy bien, ¿verdad? Lo de la última noche fue una calamidad sin precedentes, ¿verdad? También en mi palacio real entraba el agua como si la empujara el diablo, y los cultivos escasearán en mi país. Hitchcock, póngala en marcha atrás. Yo... no entiendo los motores de vapor. ¿Está mojado? ¿Tiene frío, Finlinson? Tengo por aquí algo de comida, y podrá tomar un buen trago.

-Le estoy inmensamente agradecido, rajá Sahib. Creo que me ha salvado la vida. ¿Cómo Hitchcock...?

-¡Ah! Se mantuvo sereno hasta el final. Cabalgó hasta mi casa en mitad de la noche y me despertó cuando estaba yo en brazos de Morfeo. Me sentí verdaderamente preocupado, Finlinson, y por eso vine también. Mi sacerdote principal debe estar ahora muy enfadado. Vámonos rápido, señor Hitchcock. Tengo que estar a las doce cuarenta y cinco en el templo del Estado para santificar a un ídolo nuevo. De no ser por ello le pediría que pasara el día conmigo. Son condenadamente aburridas esas ceremonias religiosas, ¿verdad Finlinson?

Peroo, a quien la tripulación conocía bien, se había hecho cargo del timón y diestramente conducía la lancha corriente arriba. Pero mientras guiaba el barco manejaba mentalmente medio metro de cuerda metálica parcialmente desanudada; y la espalda sobre la que golpeaba era la de su *guru.*

PAN SOBRE LAS AGUAS

Si se acuerda de mi indecoroso amigo Brugglesmith, se acordará también de su amigo McPhee, primer maquinista del *Breslau,* a quien Brugglesmith trató de robarle el bote.[1] Algún día podrán contarse, en su lugar adecuado, sus excusas por los actos de Brugglesmith: pero el relato presente concierne a McPhee. Nunca fue un maquinista para carreras, y tenía especial orgullo en decirlo así ante los hombres de Liverpool; pero tenía treinta y dos años de conocimiento de la maquinaria y de los humores de los barcos. En los tiempos en que los hombres sabían menos que hoy el estallido de una válvula de agua había arruinado un lado de su cara; y su nariz sobresalía de la destrucción como una porra en una algarada pública. En la frente tenía cortes y bultos, y podía guiarte el dedo índice por su corto cabello gris explicándote cómo le había ido mediante sus sellos de marca. Poseía todo tipo de certificados de su eficacia extraordinaria y en la parte inferior de la cómoda de su camarote, donde guardaba la fotografía de su esposa, había dos o tres medallas de la Royal Humane Society[2] que le habían concedido por salvar vidas en el mar. Profesionalmente -la cosa era distinta cuando pasajeros enloquecidos se lanzaban

kilómetros.

[1] *Brugglesmith.* Véase el relato del mismo nombre (1891) en el volumen *Many Inventions,* publicado en 1893

[2] *Royal Humane Society.* Fundada en 1779 para el salvamento de personas en peligro de ahogarse, recompensa a los que salvan a otro poniendo en peligro su vida.

por la borda desde el entrepuente-, profesionalmente, McPhee no estaba de acuerdo con salvar vidas en el mar, y me había dicho con frecuencia que un nuevo infierno aguardaba a los fogoneros y estibadores que firmaban un contrato a cambio de la paga de un hombre fuerte para marearse al segundo día de viaje. Es partidario de lanzarle las botas a los maquinistas cuarto o quinto que le despiertan por la noche para decirle que un cojinete está al rojo vivo cuando todo se debe a que el brillo de una lámpara se refleja con un color rojizo en el retorcido metal. Es de la opinión de que sólo hay dos poetas en el mundo: uno de ellos es, desde luego, Robert Burns, y el otro Gerald Massey. Cuando tiene tiempo para novelas, lee a Wilkie Collins y a Charles Reade[3] -sobre todo a éste último-, y se sabe de memoria páginas enteras de *Hard Cash.* En el salón, su mesa está junto a la del capitán, y sólo bebe agua mientras sus motores estén en funcionamiento.

Fue amable conmigo cuando nos conocimos, porque no le hacía preguntas y opinaba que Charles Reade era un autor vergonzosamente olvidado. Más tarde aprobó mis escritos empezando por un panfleto de veinticuatro páginas que escribí para Holdock, Steiner y Chase, propietarios de la compañía naviera, cuando compraron una patente de ventilación y la colocaron en los camarotes del *Breslau,* el *Spandau y* el *Koltzau. El* contador del *Breslau* me recomendó para el trabajo al secretario de Holdock; y éste, que es un metodista wesleyano[4], me invitó a su casa, me dio de cenar con la institutriz cuando los demás habían terminado, colocó en mi mano los planos y especificaciones y aquella misma tarde escribí el panfleto. Llevaba como título «Comodidad en los camarotes», y me produjo siete libras con diez en metálico, suma de dinero que en aquellos tiempos era importante; y la institutriz, que estaba enseñando las escalas al amo John Holdock, me contó que la señora Holdock le había pedido que me vigilara por si acaso pretendía irme con abrigos del perchero. A McPhee le gustó el panfleto una enormidad, pues estaba redactado en estilo Bouverie-Bizantino [5], con adornos barrocos y rococós; y después me presentó a la señora McPhee, quien en mi corazón sucedió a Dinah[6]; pues Dinah estaba a medio mundo de distancia, y es saludable y antiséptico amar a una mujer como Janet McPhee. Vivían cerca del embarcadero en una casita de doce libras. Cuando McPhee estaba fuera, su esposa leía en el periódico la columna de Lloyd y visitaba a las esposas de los maquinistas principales de igual posición social. En una o dos ocasiones fue la señora Holdock la que visitó a la señora McPhee en una berlina con accesorios de celuloide, y tengo razones para creer que, después de haber acompañado lo suficiente a la esposa del dueño, hablaban de chismorreos. Los Holdock vivían en una anticuada casa con un gran jardín de ladrillo a menos de dos kilómetros de los McPhee, pues estaban cerca de su dinero lo mismo que su dinero estaba cerca de ellos; durante el verano podías

[3] *Burns, Massey, Collins, Reade.* Robert Burns, 1759-96, poeta escocés que escribió sobre todo en dialecto canciones de amor, poesía de la naturaleza y sátiras. Gerald Massey,1828-1907, socialista cristiano cuyo libro «Sea- Kings» es un claro antecedente de «The Seven Seas» de Kipling. Wilkie Collins, 1824-89, autor inglés famoso particularmente por su novela *La piedra lunar.* Charles Reade, 1814-84, novelista y dramaturgo conocido sobre todo por su novela histórica *The Cloister and the Hearth.*

[4] *Wesleyano.* Relativo o característico del Metodismo, especialmente en su forma original, por su fundador John Wesley, fundador del Metodismo.

[5] *Bouverie-Bizantino.* Periodismo florido, por «Bouverie», calle que va a dar a Fleet Street: en ambas calles estaban las sedes de los periódicos.

[6] *Dinah.* Puede ser una referencia a Dinah Shadd, un personaje ficticio de Kipling que aparece en otras historias.

ver su berlina viajando con solemnidad por el bosque de Theydon o Loughton. Pero yo era amigo de la señora McPhee, que me permitía acompañarla a veces hacia el oeste a los teatros, donde sollozaba, reía o se estremecía con un corazón sencillo; y me introdujo en un mundo nuevo de esposas de doctores, capitanes y maquinistas cuyos pensamientos y conversación se centraban exclusivamente en barcos y compañías navieras de las que nunca había oído hablar. Había veleros, con camareros y salones de caoba y arce, que se dirigían a Australia llevando una carga de tísicos y borrachos sin remisión a quienes les habían recomendado un viaje por mar; había pequeños barcos africanos, llenos de ratas y cucarachas, en los que los hombres morían en cualquier parte menos en su litera; había barcos brasileños cuyos camarotes podían ser alquilados para mercancías que se descargaban casi a flor de agua; había vapores de Zanzíbar y Mauricio, y barcos maravillosamente reconstruidos que iban, y venían, hasta el otro lado de Borneo. Todos ellos eran amados y conocidos, pues nos permitían ganar el pan y un poco de mantequilla, pero despreciábamos los grandes trasatlánticos, nos burlábamos de los barcos de pasajeros de P. & O[7]. y Orient, y jurábamos por nuestros respetados propietarios, wesleyanos, baptistas o presbiterianos; según fuera el caso.

Acababa de regresar a Inglaterra cuando la señora McPhee me invitó a comer a las tres de la tarde, y el papel de la nota me pareció casi nupcial por su cremosidad aromática. Al llegar a la casa observé que en la ventana había unas cortinas nuevas que debían haber costado cuarenta y cinco chelines el par; y cuando la señora McPhee me introdujo en el pequeño salón con papel que imitaba el mármol, me miró fijamente y preguntó:

-¿No se ha enterado? ¿Qué opina del perchero?

Bueno, que el perchero era de roble, al menos de treinta chelines. McPhee bajó las escaleras con paso sobrio -cuando está en el mar camina con la misma ligereza que un gato, pese a su gran peso- y me estrechó las manos de una manera nueva y horrible: una parodia del estilo del viejo Holdock cuando se despide de sus capitanes. Enseguida me di cuenta de que había recibido una herencia, pero guardé silencio porque la señora McPhee me suplicaba cada treinta segundos que comiera mucho y no dijera nada. Fue una comida bastante enloquecida, porque McPhee y su esposa se cogían las manos como niños pequeños (siempre lo hacían así después de un viaje), y se dedicaban a asentir, guiñar el ojo, atragantarse y gorjear, sin apenas comer bocado.

Entró una criada que se quedó aguardando; a pesar de que la señora McPhee me había dicho una y otra vez que agradecería que nadie hiciera sus tareas domésticas mientras ella conservara la salud. Era una criada con cofia, y vi a la señora McPhee hincharse de orgullo bajo su bata de color *garance* [8]. Esa liberación de servicios para Janet McPhee no era pequeña, ni es el *garance* un tono apagado; y con toda esa gloria y orgullo inexplicados en el aire me sentía como el espectador de unos fuegos artificiales que desconoce qué fiesta se celebra. Cuando la doncella hubo quitado el mantel, trajo una piña que en esa estación debió costar media guinea (sólo McPhee podía saber cómo conseguir tales cosas), y un cuenco de lichis secos de Cantón, una fuente de vidrio de jengibre en conserva y un pequeño frasco de *chow-chow* [9] chino sagrado e imperial que

[7] P. & O.. Abreviatura de la empresa naviera Peninsular and Oriental.

[8] *Garance.* Rojo vivo.

[9] *Chow-chow.* Conservas chinas.

perfumó la habitación. McPhee se lo había comprado en Java a un holandés y creo que lo había arreglado con licores. Pero la joya del festín fue un madeira del que sólo puedes conseguir si conoces el vino y al que lo vende. El vino se acompañaba de un pequeño atado envuelto en hoja de maíz de cigarros de Madeira[10] y todo lo demás fue un silencio entre el humo azul claro; en su esplendor, Janet nos sonreía a los dos y acariciaba la mano de McPhee.

-Bebamos por la condenación eterna de Holdock, Steiner y Chase -dijo lentamente McPhee frotándose la barbilla.

Evidentemente, respondí con un «Amén», aunque había sacado ya siete libras y diez chelines de la empresa. Los enemigos de McPhee eran los míos y yo estaba bebiendo su madeira.

-¿No ha oído nada? -preguntó Janet-. ¿Ni una palabra, ni un susurro? -Ni una palabra ni un susurro. Le aseguro que no.

-Cuéntaselo, Mac -dijo ella; y ésa era otra prueba del bondadoso amor de esposa de Janet. Una mujer más pequeña habría hablado primero, pero Janet mide, descalza, más de un metro setenta.

-Somos ricos -dijo McPhee. Les estreché la mano.

-Somos condenadamente ricos -añadió. Volví a estrecharles la mano

por segunda vez.

-No volveré más al mar... a menos, eso no puede saberse, que lo haga en un yate privado, puede ser... con un ayudante pequeño y diestro.

-No es suficiente para *eso* -intervino Janet-. Somos bastante ricos... acomodados, pero no más. Un vestido nuevo para la iglesia y otro para el teatro. Me los han hecho en el oeste.

-¿Y cuánto? -pregunté.

-Veinticinco mil libras -en ese momento solté un silbido-. ¡Y yo ganaba veinticinco libras con veinte al mes! -estas últimas palabras las espetó con estruendo, como si el mundo entero hubiera estado conspirando para derribarle.

-Espero que me lo cuente -dije-. No sé nada desde septiembre. ¿Se lo dejaron?

Los dos se echaron a reír en voz alta.

-Lo dejaron -dijo McPhee ahogándose por la risa-. Sí, ay, lo dejaron. Eso ha estado bueno. Desde luego que lo dejaron. Janet, ¿qué te parece? Lo dejaron. Si hubiera puesto *eso* en su panfleto, habría resultado muy jocoso. *Lo* dejaron.

Se palmeó el muslo y rugió hasta que el vino se estremeció en la botella.

Los escoceses son buena gente, pero pueden dejar en suspenso una broma durante demasiado tiempo, sobre todo si sólo ellos entienden dónde está la gracia.

-Cuando vuelva a escribir mi panfleto, lo pondré, McPhee. Pero primero me gustaría saber algo más del asunto.

McPhee se quedó pensativo mientras fumaba la mitad de un cigarro, y entretanto Janet me sostenía la mirada y la conducía alrededor de la habitación deteniéndola en un objeto nuevo tras otro: la alfombra nueva con el dibujo de una vid, el nuevo reloj rústico de campanas entre los modelos de las carabelas de Colón, la nueva mesa auxiliar empotrada con un florero de cristal morado, la nueva pantalla para la chimenea, de latón

[10] *Cigarros de Madeira.* Se ha sugerido que como en esa isla no se cultiva ni produce tabaco, Kipling debía referirse a los cigarros de Madura (al sur de India).

y metal dorado, y finalmente el nuevo piano negro y dorado.

-En octubre del año pasado el Consejo de Dirección me puso de patitas en la calle -empezó a contar McPhee-. En octubre del último año, el *Breslau* acudió a su revisión invernal. Llevaba viajando ocho meses, doscientos cuarenta días, y estuve tres días haciendo mis pedidos con el barco en dique seco. Le aseguro que todo incluido era inferior a trescientas libras: para ser precisos, doscientas ochenta y seis libras con cuatro chelines. Ningún otro hombre podría haber cuidado el *Breslau* durante ocho meses por menos de eso. ¡Pero nunca de nuevo... nunca de nuevo! Por lo que a mí respecta pueden enviar sus barcos al fondo del mar.

-No hay necesidad -intervino con voz amable Janet-. Hemos terminado con Holdock, Steiner y Chase.

-Pero es irritante, Janet, verdaderamente irritante. Lo justifiqué desde el principio hasta el final, como el mundo sabe, pero... pero no puedo perdonarles. Ay, la sabiduría se justifica en sus hijos; y cualquier otro hombre que no sea yo habría subido los pedidos hasta ochocientas. Hay era nuestro capitán... tiene que conocerle. Lo trasladaron al *Torgau, y* me ordenaron que esperara al *Breslau* con el joven Bannister. Se dará cuenta de que se había producido una nueva elección en el Consejo. Oí que habían estado vendiendo acciones por aquí y por allá, y la mayor parte del Consejo era nuevo para mí. El Consejo antiguo no lo habría hecho nunca. Confiaban en mí. Pero el nuevo estaba dispuesto a la reorganización. El joven Steiner, el hijo de Steiner, el judío, estaba en el fondo del asunto, y no pensaron que mereciera la pena darme alguna información entretanto. Lo primero que conocí, y yo era el primer maquinista, fue la noticia de los viajes de invierno de la Compañía, ¡y al *Breslau* le habían puesto dieciséis días entre puerto y puerto! ¡Hombre, dieciséis días! Es un buen barco, pero le recuerdo que dieciocho días es su tiempo de verano. Dieciséis días era un maldito absurdo y así se lo dije al joven Bannister.

» -Tenemos que conseguirlo -me contestó él-. Y no debería haber enviado un pedido de trescientas libras.

» -¿Es que esperan que sus barcos vayan por el aire? -le pregunté-. El Consejo es estúpido.

» -Ni siquiera lo diga -me contestó él-. Soy un hombre casado, y ahora mi mujer me ha dicho que el cuarto hijo está en camino.

-Un muchacho... pelirrojo -precisó Janet. El cabello de ella tiene ese espléndido color dorado rojizo que acompañaba a una tez blanca.

-¡Palabra que aquel día estaba verdaderamente furioso! Además de que estaba encariñado con el viejo *Breslau,* esperaba un poco de consideración del Consejo tras veinte años de servicio. El miércoles había una reunión del Consejo; me pasé toda la noche sentado en la sala de máquinas recopilando cifras que apoyaran mi petición. Y bien, lo expliqué con exactitud ante todos ellos. «Caballeros», les dije: «He hecho funcionar el *Breslau ocho* estaciones y creo que no hay ninguna falta que encontrar en mi trabajo. Pero si pretenden esto», y agité el anuncio ante ellos, «esto de lo que no oí hablar hasta que lo leí en el desayuno, les aseguro por mi reputación profesional que el barco nunca lo logrará. Es decir, lo logrará durante un tiempo, pero con un riesgo que ningún hombre juicioso correría».

» -¿Y para qué diablos supone que aceptamos sus pedidos? -dijo el viejo Holdock-. Hombre, si estamos gastando dinero como si fuera agua.

» -Lo dejaré en manos del Consejo -dije yo-. Si doscientas ochenta y siete libras es algo que esté más allá de lo correcto y razonable para ocho meses.

» Me podía haber ahorrado saliva, pues el Consejo era nuevo desde la última elección y allí estaban ellos sentados, malditos navieros a la caza de dividendos, tan sordos como las víboras de las Escrituras.

» -Debemos mantener la palabra dada a los accionistas -dijo el joven Steiner.

» -Entonces mantengan la palabra dada al *Breslau* -contesté yo-. Le ha servido bien, y a su padre antes que a usted. Necesitará que vuelvan a lastrar el fondo, y nuevas bancadas, y sacar hacia fuera las calderas delanteras, rectificar los tres cilindros y todas las guías, eso para empezar. Es un trabajo para tres meses.

» -¿Y todo porque un empleado tiene miedo? -preguntó Steiner-. Quizás un piano en el camarote del jefe de máquinas sería más apropiado.

» Aplasté la gorra en las manos y agradecí a Dios que no tuviéramos hijos, y sí unos ahorrillos.

» -Entiendan, caballeros, que si el *Breslau* se convierte en un barco con dieciséis días entre escalas tendrán que encontrar otro maquinista. » -Bannister no ha puesto ninguna objeción -dijo Holdock.

» -Yo hablo por mí mismo. Bannister tiene hijos. -Y entonces perdí los nervios-. Por mí pueden llevar el barco al infierno y volverlo a sacar si pagan derechos de pilotaje, pero lo harán sin mí.

» -Eso es una insolencia -exclamó el joven Steiner.

» -Tómeselo como quiera -contesté dándome la vuelta para marcharme.

» -Puede considerarse despedido. Debemos mantener la disciplina entre nuestros empleados -dijo el viejo Holdock mirando a su alrededor para comprobar que el Consejo le apoyaba.

» Sus miembros no sabían nada, que Dios les perdone, y aceptaron tirarme de la Compañía tras veinte años... después de veinte años. Salí y me senté junto a la portería para recuperar el juicio. Creo que blasfemé del Consejo. Entonces salió de su despacho, que está en el mismo piso, el viejo McRimmon -de McNaughton y McRimmon-, y me miró, levantándose un párpado con el dedo índice. Ya sabe que le llaman el Diablo Ciego, aunque casi es cualquier cosa menos ciego, y no tuvo nada de diablo en sus tratos conmigo... McRimmon, el de la Naviera Black Bird.

» -¿Qué hace por aquí, señor McPhee? -me preguntó.

» Para entonces yo había abandonado ya mis oraciones y contesté: «Un primer maquinista puesto de patitas en la calle tras veinte años de servicio porque no quiere correr el riesgo de someter al *Breslau* a las nuevas singladuras, que antes prefiere que le condenen, McRimmon».

» El viejo succionó los labios y silbó.

» -Ah, las nuevas singladuras, ¡entiendo!

» Entró con paso inseguro en la sala de juntas de la que yo acababa de salir y Dandie, el perro que va siempre guiando a su ciego, se quedó conmigo. *Aquello* fue providencial. Un minuto después volvía a salir.

» -Se ha quedado sin su pan sobre el agua, McPhee, maldita sea. ¿Dónde está mi perro? Vaya por Dios, ¿sobre sus rodillas? Hay más discernimiento en un perro que en un judío. ¿Qué le llevó a maldecir a su Consejo, McPhee? Eso se paga caro.

» -Más pagarán ellos por el *Breslau* -respondí yo-. Bájate de mis rodillas que me

asfixias.

» -¿Está acalorado, eh? -preguntó McRimmon-. Hace ya más de treinta años que un hombre se atrevió a maldecirme en la cara. Hubo una época en la que le habría echado escaleras abajo por eso.

» -¡Olvídelo todo! -le dije yo. Sabía que se acercaba ya a los ochenta-. Me equivoqué, McRimmon; pero cuando a un hombre se le muestra la puerta por cumplir con su deber, no siempre es educado.

» -Eso he oído. ¿Tiene algo que objetar a un carguero sin servicio fijo? Son sólo quince al mes, pero dicen que el Diablo Ciego da de comer a un hombre mejor que otros. Es mi *Kite.* Venga. Puede dar las gracias a Dandie. Yo no estoy acostumbrado a los agradecimientos. Y dígame, ¿qué le impulsó a abandonar su puesto con Holdock?

» -La nueva singladura -contesté yo-. El *Breslau* no la resistirá.

» -Vaya, vaya. Podría usted haber mentido un poco, lo suficiente para mostrar que lo estaba conduciendo... y llevarlo con dos días de retraso. ¿Qué hay más fácil que decir que se ha retrasado por los cojinetes, eh? Todos mis hombres lo hacen, y yo... les creo.

» -McRimmon, ¿qué es la virginidad para una muchacha?

» Puso una mueca en su rostro reseco y se retorció en la silla.

» -El mundo con todo lo que contiene -respondió-. ¡Dios mío, el mundo mismo con todo lo que tiene! ¿Pero que tenemos que ver usted o yo con la virginidad a estas alturas?

» -Pues esto. Sólo hay una cosa que cada uno de nosotros en su comercio o profesión *no* hará por ningún motivo. Si yo voy a tiempo, voy a tiempo, exceptuando siempre los riesgos de alta mar. Pongo a Dios por testigo que menos que eso no lo he hecho. ¡Y a Dios por testigo de que más que eso no lo haré! No hay truco de la profesión que yo no conozca...

» -Así lo he oído -dijo McRimmon tan seco como una galleta.

» -Pero en cuanto al asunto de navegar justamente, ésa es mi presencia divina, usted lo entenderá. Con *eso* no juego. Cuidar de motores débiles es simplemente destreza; pero lo que pide el Consejo es una estafa, con el riesgo adicional de un homicidio involuntario. Se dará cuenta de que conozco mi negocio.

» Todavía hablamos más, y a la semana siguiente estaba yo a bordo del *Kite,* un carguero sin recorrido fijo de dos mil quinientas toneladas y motor ordinario de pluriexpansión. Cuanto más navega, mejor le va. He llegado a sacarle nueve, pero ocho con tres es lo normal. Es bueno para avanzar, y mejor todavía para retroceder, y todos los pedidos se transmitían sin observaciones marginales, el mejor carbón, motores auxiliares nuevos y buenos tripulantes. No había nada que el viejo no hiciera, salvo pintarlo. Ahí estaba su dificultad. Resultaría más fácil sacarle el último diente que un poco de pintura. Bajaba hasta el muelle donde estaban sus barcos y armaba un escándalo junto al agua, y gemía, lloraba y decía que todos tenían tan buen aspecto como cualquiera podría desear. Ya me he dado cuenta de que todo propietario tiene su *non plus ultra.* La pintura era la de McRimmon. Pero podías manejar sus motores sin poner en riesgo la vida, y a pesar de su ceguera le he visto rechazar cinco ejes secundarios con fallos, uno tras otro, sólo con una señal mía; y sus accesorios para ganado estaban garantizados contra el clima invernal del Atlántico Norte. ¿Comprende lo que *eso* significa? ¡Que Dios bendiga a McRimmon y a la naviera Black Bird!

» Ah, me olvidé de decir que se paraba y llenaba la cubierta delantera de color verde y salía pitando con unos vientos de veinte nudos, de cuarenta y cinco al minuto, a tres

nudos y medio de velocidad, con los motores funcionando tan bien como un niño respirando mientras duerme. El capitán era Bell; y casi no había desaparecido el amor entre tripulantes y propietarios, pues a nosotros nos encantaban el viejo Diablo Ciego y su perro, y creo que le gustábamos a él. Él no valía menos de dos millones de libras esterlinas, y no tenía ningún amigo de su propia sangre. El dinero es algo terrible... demasiado para un hombre solitario.

» Había sacado el barco dos veces, regresando de nuevo con él, cuando me llegó la noticia de la rotura del *Breslau,* tal como yo había profetizado. El jefe de máquinas era Calder -no vale ni para hacer funcionar un remolcador por el Solent[11] -, y por lo que oí consiguió levantar los motores de las placas de asiento para que cayeran después en montones. Así que se llenó desde el prensaestopas posterior hasta la parte trasera del mamparo de popa, y se quedó allí mirando las estrellas con setenta y nueve pasajeros gritando en el salón hasta que el *Camaralzaman de* la Naviera Ramsey and Gold's Carthagena le remolcó a cambio de la suma de cinco mil setecientas cuarenta libras, con costos del Tribunal del Almirantazgo. Estaba indefenso, como comprenderá, y en ningún caso podría soportar una inclemencia. Cinco mil setecientas cuarenta libras, *con* costos, ¡y la exclusiva de motores nuevos! Habrían hecho mejor en quedarse conmigo... con la antigua singladura.

» Pero aún así el nuevo Consejo estaba totalmente por la reducción de costos. El joven Steiner, el judío, estaba en el fondo de todo. Despidieron hombres a derecha e izquierda que no estaban dispuestos a tragarse lo que les daba el Consejo. Redujeron las reparaciones; cubrieron con sobrantes los puestos de tripulantes; e invirtiendo la costumbre de McRimmon, ocultaron las deficiencias con pintura y dorados baratos. Ya sabe, *Quem Deus vult perrdere prrius dementat* [12].

» En enero entramos en dique seco y en el dique de al lado estaba el *Grotkau*, *y* su gran carguero era el *Dolabella*, de la Naviera Piegan and Walsh, un barco de hierro construido en Clyde, de fondo plano, pecho de palomo, subdotado de motores, y morro abultado que pesaba cinco mil toneladas, y que ni se dejaba gobernar, ni andar ni se paraba cuando tú se lo pedías. A veces había que atender a la caña del timón, otras veces aceptaba carga, otras tenía que aguardar a que lo rascaran y otras se asentaba en un dique seco. Pero Holdock y Steiner lo habían comprado barato y lo pintaron como el Hoor de Babilonia, y para abreviar le llamaremos *Hoor*. (Dicho sea de paso, McPhee mantuvo ese nombre durante el resto del relato, y con ese nombre se quedará.) Fui a ver al joven Bannister -tenía que aceptar lo que el Consejo le daba, y él y Calder fueron traspasados desde el *Breslau* hasta ese engendro-, y hablando con él me metí en el muelle debajo del barco. Las planchas estaban tan agujereadas que los hombres que las pintaban y repintaban se reían. Pero lo peor fue lo último. Tenía una enorme y torpe hélice de hierro de diecinueve pies construida por Thresher -la del *Kite* la había construido Aitcheson-, y justo en la cola del eje, delante del reborde, había una grieta rojiza por la que podía meterse un cuchillo. ¡Vaya, era una grieta terrible!

» -¿Cuándo enviarán un eje de cola nuevo? -pregunté a Bannister.

» Él sabía a qué me refería yo.

» -Oh, sólo es una fisura superficial -dijo pero sin atreverse a mirarme.

[11] *Solent.* Estrecho entre la costa de Hampshire y la isla de Wigh, con una anchura de seis kilómetros.
[12] *Quem....* A quien Dios va a perder, primero lo vuelve loco.

-¡Una Gehenna[13] superficial! -respondí yo-. No podrá sacar el barco con una solución como ésa.

» -Lo colocarán esta noche -dijo-. Soy un hombre casado, y... ya conoce al Consejo.

» Dije en aquel momento lo que se me dio en decir. Ya sabe el eco que tienen los muelles secos. Vi al joven Steiner allí de pie, encima de donde yo estaba, escuchándome, y vaya, utilizó el lenguaje provocativo de la ruptura de la paz. Yo era un espía y un empleado desagradecido, un corruptor de la moral del joven Bannister, y pensaba acusarme de difamación. Se marchó en cuanto subí las escaleras -le habría arrojado al muelle de haberle cogido-, y allí me encontré con McRimmon, con Dandie tirando de la cadena y guiando al viejo entre las vías del ferrocarril.

» -McPhee -me dijo-. No le pago para que luche contra Holdock, Steiner, Chase and Company Limited allí donde los encuentre. ¿Qué le pasa?

» -Nada más que hay un eje secundario tan podrido como un tronco de col. Para cualquiera que vaya y mire, McRimmon. Es una comedieta.

» -No entiendo su hebreo conversacional -dijo él-. ¿Dónde está el problema, y cómo es?

» -Una grieta de siete pulgadas justo detrás del reborde. No hay poder en la tierra que impida que se abra por la vibración. » -¿Cuándo?

» -Eso está más allá de mi conocimiento -contesté yo.

» -Así es; así es -dijo McRimmon-. Todos tenemos nuestras limitaciones. ¿Está convencido de que era una grieta?

» -Hombre, es una sima -contesté yo, pues no había palabras para describir su magnitud-. ¡Y el joven Bannister dice que no es más que una fisura superficial!

» -Bien, creo que nuestro asunto es ocuparnos de nuestros asuntos. Si tiene usted amigos a bordo, McPhee, ¿por qué no les invita a cenar en Radley's?

» -Estaba pensando en un té en el camarote -contesté-. Los maquinistas de los cargueros sin servicio fijo no podemos permitirnos los precios de los hoteles.

» -¡Quia, quiá! -me contestó el anciano quejándose-. Nada de en el camarote. Se reirán de mi *Kite*, pues no está emplastado de pintura comoo el *Hoor*. Invíteles en Radley's, McPhee, y envíeme la factura. Agradézcaselo a Dandie, hombre. No estoy habituado a los agradecimientos.

» Y entonces se dio la vuelta. (Yo estaba pensando en hacer lo mismo.)

» -Señor McPhee -dijo él-. No es un caso de demencia senil.

» -¡Que Dios le conserve! -dije con un sobresalto-. Sólo estaba pensando en su animación, McRimmon.

» Vaya, el viejo diablo se echó a reír hasta que casi se cae encima de Dandie.

» -Envíeme la cuenta -dijo-. Hace ya tiempo que dejé de tomar champán, pero dígame por la mañana cómo sabe.

» Bell y yo invitamos al joven Bannister y a Calder a cenar en Radley's. Allí no tienen risas y cantos, pero alquilamos una habitación privada... como los dueños de yates en Cowes.

McPhee sonrió y se dejó caer hacia atrás, pensativo. -¿Y entonces? -pregunté yo.

-No estábamos borrachos en el sentido preciso del término, aunque en Radley's vi algunos muertos. Fueron seis botellas grandes de dos litros de champán seco, y quizás

[13] *Gehenna.* En el judaísmo, lugar de dolor y tormento.

una botella de whisky.

-¿Me quiere decir que cada uno se tomó botella y media de las grandes, además del whisky? -pregunté.

McPhee me miró desde arriba de sus hombros con tolerancia.

-Hombre, no nos habíamos sentado a beber -contestó-. No hicieron más que mojarnos un poco. Claro que el joven Bannister puso la cabeza encima de la mesa y saludó como un muchachito, y Calder quería llamar a Steiner a las dos de la mañana y pintarle de color verde cocina; pero es que los dos habían estado bebiendo esa tarde. ¡Señor, cómo maldijeron los dos al Consejo, al *Grotkau,* al eje secundario, a los motores y a todo! Aquella noche no hablaron de fisuras superficiales. Me acuerdo de que el joven Bannister y Calder se estrecharon las manos y acordaron vengarse del Consejo pagando por ello cualquier costo razonable que no fuera la pérdida de sus certificados. Fíjese ahora cómo los ahorros falsos arruinan el negocio. El Consejo les alimentaba como si fueran cerdos (tengo buenas razones para saberlo), y ya he observado con mi gente que si tocas el estómago de un escocés despiertas al diablo. Los hombres llevarán un dragador a través del Atlántico si están bien alimentados, y lo conducirán a cualquier parte de la ancha América; pero los malos alimentos prestan un mal servicio al mundo.

» La factura llegó a McRimmon y éste no me dijo nada hasta el fin de semana, cuando fui a verle para pedirle más pintura porque habíamos oído que el *Kite* había sido fletado para Liverpool.

-Aguarde un poco -me dijo el Diablo Ciego-. Hombre, ¿es que se lava con champán? El *Kite* no sale de aquí hasta que yo dé la orden, y... ¿cómo voy a gastar dinero en pintarlo con el *Lammergeyer* metido en el dique durante quién sabe cuánto tiempo, y todo eso?

» Era nuestro carguero mayor, con Mclntyre como jefe de máquinas, y yo sabía que no volvería de la revisión en tres meses. Aquella mañana me encontré con el secretario principal de McRimmon, usted no le conoce, mordiéndose las uñas de mortificación.

» -El viejo ha perdido la cabeza -dijo-. Ha retirado el *Lammergeyer.*

» -Puede tener sus razones -contesté yo.

» -¡Razones! ¡Está chiflado!

» -No estará chiflado hasta que no empiece a pintar -dije yo.

» -Pues eso es precisamente lo que ha hecho... y hay más carga para Sudamérica de la que volveremos a ver en toda nuestra vida. ¡Ha retirado el barco del servicio para pintarlo... para pintarlo... para pintarlo! -exclamó el pequeño secretario bailando como una gallina en una fuente caliente-. «Cinco mil toneladas de carga potencial pudriéndose en el dique seco, hombre; y él dedicándose a distribuir la pintura en latas de un cuarto de libra, que le hieren el corazón por loco que esté. Y el *Grotkau* -de todos los que pudiéramos pensar, el *Grotkau*-... ¡tragándose en Liverpool cada libra que debería ser nuestra!

» Aquella locura me desconcertaba... y consideré la cena en Radley en relación con la misma.

» -Fíjese bien, McPhee -dijo el secretario principal-. En el *Grotkau* -el *Grotkau,* de la firma de Jerusalén- están entrando a todo meter motores, material rodante, puentes de hierro -¿se da cuenta de qué cargas?- y pianos, con sombreros de señora y todo tipo de cargas caprichosas para el Brasil... ¡y mientras tanto están pintando el *Lammergeyer!*

» Pensé que iba a caer muerto de un ataque. No pude decir más que «Obedezca las

Librodot

órdenes aunque vayan contra el dueño», aunque en el *Kite* creíamos que McRimmon se había vuelto loco; y Mclntyre, del *Lammergeyer,* opinaba que había que someterle a un proceso legal evidente por algo que había encontrado en un libro sobre leyes marítimas. Durante aquella semana, los fletes para Sudamérica crecieron y crecieron. ¡Aquello era un crimen!

» Syne Bell recibió órdenes de llevar el *Kite* hacia Liverpool con lastre de agua, y McRimmon vino a despedirnos lamentándose y gimiendo por los acres de pintura que había malgastado en el *Lammergeyer.*

» -¡A usted le corresponde recuperarla, a usted le corresponde reembolsármela! -exclamó-. Pero por Dios, ¿por qué no suelta amarras? ¿Se queda ganduleando en el muelle con algún propósito?

» -¿Y qué más da, McRimmon? -preguntó Bell-. Llegaremos con un día de retraso a la feria de Liverpool. El *Grotkau* se llevará toda la carga que deberíamos haber llevado en el *Lammergeyer.*

» McRimmon se echó a reír hasta casi ahogarse: el ejemplo perfecto de demencia senil. Tendría que haber visto sus cejas subiendo y bajando como las de un gorila.

» -Lleva órdenes cerradas y selladas -dijo él moviéndose y rascándose-. Son éstas... para ser abiertas *seriatim.*

» Y entonces Bell, agitando los sobres cuando el viejo bajó a tierra firme, dijo:

» -Tenemos que arrastrarnos por la costa meridional, aguardando órdenes... con este tiempo. Es incuestionable que se ha vuelto loco.

» Bueno, pondremos de popa al viejo *Kite... y* vamos a tener mal tiempo; aguardando órdenes telegráficas, que son la maldición de los capitanes. Nos dirigimos hacia la isla de Holyhead y Bell abrió el último sobre aguardando las últimas instrucciones. Yo estaba con él en el camarote y me la arrojó lamentándose:

» -¿Ha visto usted algo semejante, Mac?

» No diré lo que había escrito allí McRimmon, pero estaba lejos de haberse vuelto loco. Había borrasca por el sudoeste cuando llegamos a la desembocadura del Mersey, una mañana con un frío cortante, con el mar y el cielo de color verde grisáceo: el tiempo de Liverpool, tal como dicen; y ahí estábamos nosotros virando al viento, mientras los hombres se dedicaban a blasfemar. A bordo no se pueden guardar secretos, y también ellos pensaban que McRimmon se había vuelto loco.

» Entonces vimos el *Grotkau* navegando sobre aguas profundas, con la chimenea recién pintada, los botes recién pintados y todo eso. Aparentaba lo que era y además tosía como tal. Calder me había dicho en Radley lo que le dolía a sus motores, pero mis propios oídos me lo habrían dicho desde dos millas de distancia, por la forma en que latían. Avanzamos lanzándonos sin grandes exhibiciones tras su estela, y el viento traía buenas promesas de que iba a aumentar. A las seis soplaba con fuerza pero claramente, y antes de la guardia media[14] soplaba con fuerza por el sudoeste.

» -Por ese camino se va a desviar a Irlanda -dijo Bell.

» Yo estaba con él en el puente contemplando la luz de babor del *Grotkau.* Desde tan lejos no puede verse la verde como roja, o nos habríamos quedado a sotavento. No teníamos pasajeros en los que pensar, y con todas las miradas puestas en el *Grotkau* casi chocamos contra un buque de pasajeros que regresaba a Liverpool. O para ser más

[14] *Guardia media.* Entre la media noche y las cuatro de la madrugada.

Librodot

precisos, Bell se limitó a virar el *Kite* para sacarlo de la proa del otro, y hubo unas cuantas blasfemias entre los dos puentes. Un barco de pasajeros -añadió McPhee contemplándome con benevolencia- tendría que haber contado eso a los periódicos nada más llegar a aduanas. Nos pegamos a la estela del *Grotkau* aquella noche y durante los dos días siguientes, por lo que yo pude calcular, había reducido la velocidad a cinco nudos, y avanzamos sobre la superficie por el camino más fatigoso hacia el Fastnet.

-Pero por el Fastnet no se va a ningún puerto de Sudamérica, ¿no es así? -pregunté yo.

-No lo pretendíamos. Preferimos coger el camino más recto. Pero seguíamos al *Grotkau, y* éste no se metía en esos vientos sin saber lo que hacía. Conociendo lo que había hecho yo para desacreditarlo, no podía culpar al joven Bannister. Dirigía el *Grotkau* hacia los vientos invernales del Atlántico Norte, que son unos vientos mortales con nieve y ventisca. Era como el diablo caminando sobre la superficie de las aguas, subiéndose arriba de las olas antes de decidirse. Hasta ahora se habían mantenido firmes, pero en cuanto el barco se alejó de los Skelligs se encaminó cerca de Dunmore Head. ¡Vaya cómo giraba!

» -Va hacia Smerwick -dijo Bell.

» -De haberlo pretendido ya lo habría intentado por Ventry -contesté.

» -A este paso van a perder la chimenea -añadió Bell-. ¿Es que Bannister no lo puede mantener de cara al mar?

» -Es por el eje secundario. Cualquier virada es mejor que cabecear con grietas superficiales en el eje secundario. Calder sabe mucho de eso -dije yo.

» -Malo es este tiempo para recuperar vapores -comentó Bell. Tenía la barba y los bigotes congelados, y por el lado de la humedad la espuma estaba blanca. ¡Un perfecto clima invernal del Atlántico Norte!

» Uno a uno el mar nos arrebató nuestros tres botes, y los pescantes de los botes estaban retorcidos como cuernos de cabra.

» -Esto va mal -dijo finalmente Bell-. No se puede pasar un cable sin un bote.

» Para ser de Aberdeen, Bell era un hombre muy juicioso.

» No soy de ésos que se inquietan por las eventualidades que quedan fuera de la sala de máquinas, por lo que bajé entre las olas para ver cómo le iba a *Kite.* ¡Vaya, era el barco de su clase mejor equipado que salió nunca del Clyde! Kinloch, mi segundo, lo conocía igual de bien que yo. Le encontré secándose los calcetines sobre el vapor, y peinándose los bigotes con el peine que me regaló Janet el año pasado, tal como si estuviéramos en un puerto. Probé la bomba de alimentación, miré por la escotilla de fogones, me manché los dedos con todos los cojinetes, escupí sobre el soporte de los cojinetes para tener suerte, les di mi bendición y cogí los calcetines de Kinloch antes de volver a subir al puente.

» Entonces Bell me dejó el timón y bajó a calentarse. Cuando subió tenía yo los guantes congelados hasta los radios del timón, y el hielo colgaba de mis párpados. Como le iba diciendo, un perfecto tiempo invernal del Atlántico Norte.

» El viento dejó de soplar por la noche, pero nos encontramos en una mar contraria que hizo hablar al viejo *Kite* de proa a popa. Creo que reduje a treinta y cuatro revoluciones por minuto... no, a treinta y siete. Por la mañana hubo gran marejada mientras el *Grotkau* se dirigía hacia el oeste.

» -Va a llegar a Río con eje secundario o sin él -dijo Bell.

» -La última noche se movió bastante -contesté yo-. Lo va a perder con la vibración,

Librodot

preste atención a lo que le digo.

Debíamos estar entonces a unas ciento cincuenta millas al oeste-sudoeste de Cabo Slyne, por rumbo estimado. Al día siguiente hicimos ciento treinta -se dará cuenta de que no éramos barcos de carreras-, y al otro día ciento sesenta y una, lo cual nos había llevado... veamos... dieciocho grados y una pizca hacia el oeste, y quizás cincuenta y uno y una pizca al norte, cruzando en una larga diagonal todas las rutas de navegación de pasajeros del Atlántico Norte, teniendo siempre a la vista el *Grotkau*, acercándonos por la noche y alejándonos por el día. Tras la ventisca, nos tocó un clima frío de noches oscuras.

» El viernes por la noche, poco antes del turno medio, me encontraba en la sala de máquinas cuando Bell me informó por el tubo: «Se ha rendido»; y subí arriba.

» El *Grotkau* estaba a bastante distancia hacia el sur, y una a una encendió las tres luces rojas en línea vertical, señal de que un vapor no estaba bajo control.

» -Ahí tenemos una maniobra de remolque -dijo Bell relamiéndose los labios-. Costará más que el *Breslau.* ¡Vamos hacia él, McPhee!

» -Espere un poco -dije yo-. Por esta parte del mar hay multitud de barcos.

» -Razón de más -contestó Bell-. Es la fortuna que viene hacia nosotros. ¿Qué opina?

» -Déjelo hasta que se haga de día. Sabe que estamos aquí. Si Bannister necesita ayuda, disparará un cohete.

» -¿Quién habla de lo que necesita Bannister? Tenemos un andrajoso barco del servicio regular rompiéndose bajo nuestras narices -añadió; se colocó sobre el timón y avanzamos lentamente.

» -A Bannister le gustaría más volver a casa en un barco de pasajeros comiendo en el salón. ¿Se ha olvidado de lo que dijeron aquella noche en Radley acerca de la comida de Holdock y Steiner? Manténgase alejado, hombre, manténgase alejado. Un remolque es un remolque, pero la ayuda a un derelicto son derechos de salvamento de primer orden.

» -¿Cómo? -preguntó Bell-. Lo suyo sí que es intuición, Mac. Le quiero como a un hermano. Aguardaremos hasta la luz del día -añadió, y se mantuvo a distancia.

» Entonces vimos un cohete hacia delante, y dos sobre el puente, y después una luz azul. Luego un barril de alquitrán ardiendo por delante.

» -Se está hundiendo -exclamó Bell-. ¡Todo está sucediendo y no voy a obtener más que un par de gemelos de noche [15] por recoger al estúpido del joven Bannister!

» -Piénselo de nuevo -dije-. Está haciendo señales hacia el sur de donde estamos nosotros. Bannister sabe igual de bien que yo que bastaría un cohete para que acudiera el Kite. No pierde en vano los fuegos artificiales. ¡Escuche eso!

» El Grotkau pitó y pitó durante cinco minutos, después hubo más fuegos artificiales, toda una exhibición.

» -Eso no es para los marinos del comercio habitual -contestó Bell-. Tiene razón, Mac. Eso está dedicado a un barco lleno de pasajeros.

» A través de los gemelos de noche entrecerró los ojos mirando hacia el sur, donde había un poco de espesura.

» -¿Ve algo? -pregunté.

» -Un trasatlántico -contestó-. Hacia él van los cohetes. Vaya, han despertado al capitán de las tiras doradas, y... ahora han despertado a los pasajeros. Están encendiendo la luz eléctrica, en un camarote tras otro. Ahí va otro cohete. Acuden a ayudar a los que

[15] Gemelos de noche. Recompensa que ofrecía el Consejo Comercial por salvar vidas en el mar.

Librodot

podrían perecer en las aguas profundas.

» -Páseme los gemelos -dije.

» -¡Correo... correo... correo! -exclamó-. Con contrato con el Gobier no para el debido transporte del correo; y como tal, se dará cuenta Mac, puede rescatar vidas que corran peligro en el mar... ¡pero no puede remolcar! ¡No puede hacerlo! Hacia él iba su señal nocturna. ¡Habrá llegado en media hora!

» -¡Dios mío! -exclamé yo-. Y nosotros centelleando aquí con todas nuestras luces. Bell, ¿ha perdido el juicio?

» Salió disparado del puente, y yo detrás de él, y antes de lo que se tarda en guiñar un ojo, habíamos apagado nuestras luces, estaba tapada la escotilla de la sala de máquinas y nos encontrábamos en la oscuridad total, observando las luces del trasatlántico al que el *Grotkau* había estado dedicando las señales. Se acercaba a veinte nudos, con todos los camarotes iluminados, y los botes preparados. Lo hicieron a lo grande, y en menos de una hora. Se detuvo como el coche de la señora Holdock[16]; bajaron la pasarela, bajaron los botes, y a los diez minutos escuchamos los gritos de júbilo de los pasajeros y después se fueron.

» -Hablarán de esto el resto de su vida -dijo Bell-. Un rescate marino por la noche es tan hermoso como una obra de teatro. El joven Bannister y Calder estarán bebiendo en el salón, y dentro de seis meses el Consejo del Comercio concederá al capitán unos binoculares. Todo muy filantrópico.

» Aguardamos a que llegara el día, quizás piense que aguardábamos hasta que nos dolieron los ojos, y allí estaba el *Grotkau*, con el morro un poco erguido, como mirándonos de reojo. Tenía un aspecto absolutamente ridículo.

» -Terminará por llenarse de agua -dijo Bell-. Pero ¿por qué se hunde de popa? El eje de cola habrá abierto un agujero, y... no tenemos botes. Hay trescientas mil libras esterlinas, haciendo un cálculo conservador, yéndose a pique delante de nuestros ojos. ¿Qué podemos hacer?

» Al cabo de un minuto volvía a tener los cojinetes al rojo vivo, pues era un hombre incontinente.

» -Acérquese lo más que pueda -dije yo-. Déme una chaqueta y una cuerda salvavidas y nadaré hasta él.

» Había un buen trozo de mar en medio, y estaba frío por el viento... muy frío; pero ellos habían pasado de un barco a otro como pasajeros, el joven Bannister, Calder y todos, dejando la pasarela bajada por el lado de sotavento. Habría sido hacerle un feo a la manifiesta providencia no tener en cuenta la invitación. Nos encontrábamos a menos de cincuenta metros del barco y Kinloch me untaba todo de aceite detrás de la cocina; y mientras pasábamos a su lado salté de la borda para salvar las trescientas mil libras. Le aseguro que hacía un frío de morirse, pero realicé mi trabajo con juicio y precisión, y recorriendo el costado del barco llegué a la plataforma inferior de la pasarela. Nadie se asombró más que yo, se lo aseguro. Antes de recuperar el aliento tenía las dos rodillas en la plataforma, y subí antes de que girara de nuevo. Até la cuerda a la barandilla y en cuclillas me dirigí al camarote del joven Bannister, donde me sequé con lo que había en su litera y me puse todos los trapos que encontré hasta que la sangre volvió a circular por mi cuerpo. Recuerdo que encontré tres calzones, para empezar, y los necesité todos.

[16] *Coche. Es* decir su berlina, ya mencionada.

Tenía más frío del que puedo recordar en toda mi vida.

» Acudí entonces a la sala de máquinas. Tal como se suele decir, el *Grotkau* se había sentado sobre su cola. Estaba todo muy revuelto, y movido hacia la popa. En la sala de máquinas había más de un metro de agua chapoteando de aquí para allá, negra y grasienta; quizás casi dos metros. Las puertas de la sala de calderas estaban cerradas, y por tanto las calderas no se habían derramado, pero durante un momento aquella suciedad en la sala de máquinas me engañó. Aunque sólo por un momento, y aún así me pasó porque, por así decirlo, no estaba tan tranquilo como de ordinario. Miré de nuevo para asegurarme. Era tan negra como la de la sentina: aguas residuales que debían haber entrado fortuitamente.

-McPhee, sólo soy un pasajero -le dije-. Pero no puede persuadirme de que fortuitamente puede entrar el agua en una sala de máquinas hasta casi dos metros de altura.

-¿Y quién trata de persuadirle de una cosa o de la otra? -replicó McPhee-. Estoy contando los hechos del caso: los hechos simples y naturales. Casi dos metros de aguas tranquilas en la sala de máquinas es algo muy deprimente si uno piensa que puede entrar más; pero no consideré que tal cosa fuera más probable, y por tanto, se dará cuenta de que no me encontraba demasiado deprimido.

-Eso está muy bien, pero quiero saber lo del agua -dije yo.

-Ya se lo he dicho. Había casi dos metros de agua, o más, con la gorra de Calder flotando encima.

-¿De dónde venía?

-Bueno, en la confusión de las cosas después de que se hubiera caído la hélice y los motores empezaran a girar en el vacío y todo eso, es muy posible que a Calder se le cayera de la cabeza y no se preocupara en volver a recogerla. Me acordaba de haberle visto con esa gorra en Southampton.

-No quería saber lo de la gorra. Estoy preguntando que de dónde venía ese agua, y qué estaba haciendo allí, y por qué estaba usted tan seguro de que no se trataba de una filtración, McPhee.

-Por buenas razones... por razones buenas y suficientes.

-Entonces explíquemelas.

-Bueno, es una razón que no me concierne sólo a mí. Para ser exactos soy de la opinión de que se debía, me refiero al agua, en parte a un error de juicio de otro hombre. Todos podemos cometer errores.

-¡Ah, le ruego que me perdone! Continúe.

-Llegué de nuevo junto a la barandilla y escuché el grito de Bell: «¿Algo va mal?»

» -Lo haremos -dije-. Envíeme un cable y un hombre para ayudar a gobernarlo. Tiraré de él por la cuerda salvavidas.

» Pude ver sus cabezas moviéndose de adelante a atrás, y escuché algunas palabras fuertes. Después, Bell gritó:

» -No tienen confianza en sí mismos, con este agua, ninguno de ellos salvo Kinloch, y no voy a prescindir de él.

» -Entonces más derechos de salvamento para mí -contesté-. Haré el cambio yo solo.

» Al oír aquello, una rata de dique seco gritó: -¿Piensa que el barco es seguro?

» -No le garantizo nada -repliqué yo-. Salvo quizás una paliza por tenerme así tanto tiempo.

» Entonces el otro volvió a gritar:

» -No hay más que un cinturón salvavidas, y no pueden encontrarlo, si no iría.

» -Arrojadlo a Jezabel[17], -exclamé yo, que estaba perdiendo la paciencia.

» Se hicieron cargo del voluntario antes de que éste se diera cuenta de lo que estaba pasando y lo suspendieron en el seno del cabo. Luego yo tiré de él con la fuerza de los puños, y fue un recluta muy bien venido cuando le sacudí el agua salada de encima; aunque dicho sea de paso, no sabía nadar.

» Entonces unieron una cuerda de cinco centímetros de diámetro al cabo salvavidas, y después una guindaleza, y yo pasé la cuerda por el tambor de un torno de mano, y sudando subimos a bordo la guindaleza y la atamos a la bita del *Grotkau.*

» Bell acercó tanto el *Kite* que tuve miedo de que abriera las planchas del *Grotkau.* Me lanzó otra cuerda salvavidas con la que me dirigí a popa y tuvimos que volver a repetir el fatigoso trabajo del torno con una segunda guindaleza. En todo el proceso, Bell se portó bien: nos aguardaba una larga operación de remolque, y aunque la providencia nos había ayudado hasta entonces, no convenía dejar demasiadas cosas en su mano. Cuando estuvo asegurada la segunda guindaleza, me encontraba cubierto de sudor, y le grité a Bell que cogiera el seno del cabo y nos fuéramos a casa. Mientras tanto el otro ayudaba al trabajo pidiendo bebidas, a lo que le contesté que lo que tenía que hacer era tomar rizos, gobernar el buque y todo lo que hiciera falta, empezando por el gobierno, pues yo tenía que acostarme. Y gobernó el barco... bueno, es una manera de decirlo. Al menos se agarró a los radios del timón y los hizo girar de una manera que parecía sensata, aunque dudo que el *Hoor* llegará a darse cuenta de ello. Entré en el barco, fui al camarote del joven Bannister y dormí profundamente. Desperté con un hambre atroz, cuando ya habíamos recorrido un buen trecho de mar, con el *Kite* avanzando a cuatro nudos; y el *Grotkau* golpeaba el agua con el morro y daba guiñadas y se levantaba a discreción. Fue un remolque de lo más indigno. Pero lo más vergonzoso de todo fue la comida. Rebuscando entre las estanterías de la cocina, despensas, lazaretos [18] y escondrijos apañé una comida que no le habría dado a la esposa de un minero del carbón de Cardiff; y ya sabe que se dice que la esposa de un minero de Cardiff comería escorias para ahorrar desperdicios. ¡Le aseguro que fue absolutamente vil! Los tripulantes habían escrito lo que pensaban de esa comida sobre la pintura nueva del castillo de proa, pero a mí no me acompañaba ningún alma decente a la que pudiera quejarme. No me quedaba otra cosa que hacer que observar las guindalezas y la cola del *Kite* hundiéndose en el agua blanca cuando el mar lo levantaba; así que puse en marcha el motor auxiliar posterior y bombeé el agua de la sala de máquinas. No tenía sentido dejar agua suelta en un barco. Cuando la sala de máquinas estuvo seca, descendí por el túnel del eje y encontré una pequeña filtración en el prensaestopas, pero nada de lo que preocuparse. La hélice se había salido por la vibración, tal como yo sabía que sucedería, y Calder había estado aguardando a que sucediera con las manos en la maquinaria. Así me lo contó cuando me encontré con él en tierra firme. Todo sucedió sin ningún sobresalto ni tensión. Se había deslizado cayendo en el lecho del Atlántico con la misma facilidad que un hombre que se muere con las debidas advertencias: algo de lo más providencial para todos los implicados. Me

[17] *Jezabel.* Una referencia al Libro de los Reyes 2, 9: 33.

[18] *Lazaretos.* Son los espacios entre las cubiertas que se utilizan como almacenes en algunos barcos mercantes.

ocupé después de las obras superiores del *Grotkau.* Los botes se habían estropeado sobre los pescantes, y aquí y allá faltaba la barandilla, uno o dos ventiladores se habían soltado y la barandilla del puente había sido doblada por el mar; pero las escotillas estaban bien cerradas y no habían sufrido daño alguno. Amigo mío, llegué a odiar ese barco como si fuera un ser humano, pues estuve a bordo ocho fatigosos días, muriéndome de hambre, sí, de hambre, a un cable de distancia de la abundancia. Me pasaba todo el día en el camarote leyendo *Woman-Hater,* el mejor libro que escribiera nunca Charlie Reade, y fisgando un poco aquí y allá. Fue un trabajo de lo más fatigoso. Ocho días, amigo mío, estuve a bordo del *Grotkau,* y no hice ni una sola comida completa. No se puede culpar a la tripulación de que no se quedara en el barco. ¿El otro hombre? Ah, le hice trabajar hasta reventar. Le hice trabajar como venganza.

» Se levantó el viento cuando lanzábamos sondas y eso me mantuvo de pie junto a las guindalezas, amarrado al cabestrante, respirando entre el mar verde. Casi me muero de frío y hambre pues el *Grotkau* era remolcado como una barcaza que Bell arrastraba a tirones. Canal arriba fue también muy duro. Estábamos en pie para tener algún tipo de luz y casi pasamos por encima de dos o tres barcas de pesca que nos gritaron que estábamos cerca de Falmouth. Luego casi choca con nosotros un barco de carga de frutas extranjero, gobernado por un borracho, que avanzaba errante entre nosotros y la costa, y aquella noche se puso peor y peor y pude darme cuenta, por el modo de remolcarnos de que Bell no sabía dónde estaba. Pero lo supimos por la mañana, pues el viento sopló quitando la niebla como el que apaga una vela, y el sol apareció brillante. ¡Y con la misma seguridad con la que McRimmon me dio mi cheque, apareció ante nuestra cuerda de remolque la sombra de Eddystone! [19] Así de cerca estábamos... ¡Ay, así de cerca! Bell hizo girar el *Kite* con una sacudida que casi hace que salten las bitas del *Grotkau; y* recuerdo que di las gracias a mi Hacedor desde el camarote del joven Bannister una vez que traspasamos el rompeolas de Plymouth.

El primero en subir a bordo fue McRimmon, con Dandie. ¿Le había dicho que nuestras órdenes eran llevar cualquier cosa que encontráramos a Plymouth? El viejo diablo acababa de llegar, sumando dos más dos a partir de lo que le había dicho Calder cuando el trasatlántico desembarcó a los hombres del *Grotkau. Y* acertó con precisión nuestra hora de llegada. Grité a Bell que mandara algo de comer y lo envió en la misma barca en la que llegó McRimmon, cuando el anciano vino a verme. Mientras yo comía, se pasó todo el rato sonriendo, palmeándose las piernas y moviendo las cejas.

» -¿Cómo daban de comer a sus hombres Holdock, Steiner y Chase? -preguntó.

» -Usted mismo puede verlo -respondí abriendo otra botella de cerveza-. No me acostumbré a morirme de hambre, McRimmon.

» -Ni tampoco a nadar -añadió, pues Bell le había contado cómo subí la cuerda a bordo-. Bueno, creo que no va a salir perdiendo. ¿Qué carga que hubiéramos metido en el *Lammergeyer* habría equivalido al salvamento de cuatrocientas mil libras, contando el barco y la carga? ¿Eh, McPhee? Esto les va a sacar el hígado a Holdock, Steiner, Chase and Company, Limited, ¿eh, McPhee? ¿Sufro ahora de demencia senil, eh, McPhee? No soy un estúpido aunque empecé a pintar el *Lammergeyer,* ¿eh, McPhee? ¡Bien puedes levantar la pata, Dandie! Me he reído de todos ellos. ¿Encontró agua en la sala de

[19] *Eddystone.* Peligroso grupo de rocas situado en el extremo occidental del Canal, al sudoeste de Plymouth, con un faro.

Librodot

máquinas?

» -Hablando sin prejuicios, había algo de agua.

» -Creyeron que se estaba hundiendo cuando perdieron la hélice. Se llenó con extraordinaria rapidez. Calder dijo que a Bannister y a él les dolió abandonarlo.

» Pensé en la cena de Radley y en la comida que había ingerido durante ocho días.

» -Les daría un dolor tremendo -dije yo.

» -Pero la tripulación no quería ni oír hablar de quedarse a ver lo que pasaba. Iban de aquí para allá diciendo que antes morirían de hambre.

» -Habrían muerto de hambre de haberse quedado --añadí yo.

» -Le creo, según el relato de Calder era inminente un motín.

» -Usted sabe más que yo, McRimmon. Y hablando sin prejuicios, pues todos estamos en el mismo barco, *¿quién* abrió el grifo de la sentina?

» -Ah, ¿es eso... es eso? -comentó el anciano, y pude darme cuenta de que se sorprendía-. ¿El grifo de la sentina, dice?

» -Creo que eso fue. Todos estaban cerrados cuando subí a bordo, pero alguno había inundado la sala de máquinas hasta casi dos metros y medio, y lo había cerrado después con el engranaje de tornillos sin fin desde la segunda plataforma.

» -¡Vaya! -exclamó McRimmon-. La iniquidad del hombre es increíble. Pero eso desacreditaría terriblemente a Holdock, Steiner y Chase si se dijera en el Tribunal.

» -Era sólo por curiosidad -dije yo.

» -Vaya, a Dandie le afecta la misma enfermedad. Hay que luchar contra la curiosidad, Dandie, pues a un perrillo como tú puede meterlo en una trampa. ¿Dónde estaba el *Kite* cuando el trasatlántico pintado subió a bordo a la gente del *Grotkau?*

» -Allí o por los alrededores -contesté.

» -¿Y quién de ustedes dos pensó en apagar las luces? -preguntó guiñando los ojos.

» -Dandie -dije dirigiéndome al perro-: Los dos tenemos que luchar contra la curiosidad. No es un negocio muy remunerador. ¿Cuál es nuestra parte del salvamento, Dandie?

» Se echó a reír hasta casi ahogarse.

» -Acepte lo que le dé, McPhee, y alégrese de ello -contestó el viejo-. Señor, cómo pierde el tiempo un hombre cuando envejece. Amigo, suba abordo del *Kite* en cuanto pueda. Casi me olvido de que hay un flete báltico gimiendo por usted en Londres. Ése será su último viaje, imagino, salvo que viaje por placer.

» Los hombres de Steiner subieron a bordo para hacerse cargo y terminar el remolque, y pasé junto al joven Steiner que iba en una barca cuando yo me dirigía al *Kite.* Él bajó la nariz; pero McRimmon gritó:

» -Éste es el hombre al que le debe el *Grotkau,* aunque por un precio, Steiner... ¡por un precio! Permítame presentarle al señor McPhee. Quizás ya se conocieran; pero usted tiene muy poca suerte para mantener a sus hombres... ¡en tierra firme o a bordo!

» El joven Steiner parecía tan colérico como para comérselo mientras el anciano cloqueaba y silbaba con su garganta seca.

» -Todavía no tiene su recompensa -contestó Steiner.

» -Quite, quite -contestó el anciano con un chillido que debió oírse hasta en el Hoe-. Pero tengo dos millones de libras esterlinas, y no tengo hijos, Judeas Apella[20], si es que

[20] *Judeas Apella.* Referencia a Horacio, *Sátiras,* I. V. 100: «Apella el judío puede creerlo, pero yo no».

usted quiere luchar. Le ganaré libra a libra hasta dejarle sin la última. ¿*Me* entiende, Steiner? ¡Soy McRimmon, de McNaughton y McRimmon!

» -Dios mío -dijo entre dientes sentándose en la barca-. He aguardado catorce años para acabar con esa naviera judía, y Dios sea loado que lo haré ahora.

» El *Kite* estuvo en el Báltico mientras el anciano actuaba, pero sé que los asesores valoraron el *Grotkau,* todo incluido, en más de trescientas sesenta mil libras -su manifiesto fue un tratado de la riqueza-, y McRimmon obtuvo una tercera parte por salvar un barco abandonado. Ya sabe que hay una gran diferencia entre remolcar un barco con hombres y hacerse cargo de un derelic to... una enorme diferencia en libras esterlinas. Además, dos o tres tripulantes del *Grotkau* estaban deseosos de testificar sobre la comida, y había una nota de Calder al Consejo con respecto al eje de cola que habría hecho mucho daño de llegar a los Tribunales. Sabían que era mejor no luchar.

» Después el *Kite* regresó y McRimmon nos pagó a Bell y a mí personalmente, y al resto de la tripulación *prorrata,* así creo que se dice. Mi parte -debería decir nuestra parte- fue exactamente de veinticinco mil libras esterlinas.[21]

En ese momento Janet se levantó de un salto y le besó.

-Veinticinco mil libras esterlinas. Y fíjese, procedo del norte y no es probable que tire el dinero temerariamente, pero daría la paga de seis meses -ciento veinte libras- por saber *quién* inundó la sala de máquinas del *Grotkau.* Conozco bastante bien la idiosincrasia de McRimmon y *él* no debió tener nada que ver con ello. No fue Calder, pues se lo pregunté y quiso pegarme. Habría sido muy poco profesional por parte de Calder -no el pegarme, sino abrir los grifos de la sentina-, aunque por un tiempo pensé que fue él. Bueno, juzgué que pudo ser él... bajo alguna tentación.

-¿Cuál es su teoría? -pregunté.

-Bueno, me siento inclinado a pensar que fue una de esas providencias singulares que nos recuerdan que estamos en las manos de las Potencias Superiores.

-¿Y no pudo abrirse y cerrarse solo?

-No apostaría por ello; pero quizás algún engrasador o estibador medio muerto de hambre pudo abrirlo un rato para asegurarse de que iban a abandonar el *Grotkau.* Es desmoralizante ver una sala de máquinas inundada después de algún accidente con los engranajes... desmoralizador y engañoso al mismo tiempo. En cualquier caso el que lo hizo obtuvo lo que quería, pues subieron a bordo del trasatlántico gritando que el *Grotkau* se estaba hundiendo. Pero es curioso pensar en las consecuencias. Dentro de las probabilidades humanas en el presente momento estará maldiciendo a granel a bordo de otro carguero de servicio irregular; y aquí estoy yo, con veinticinco mil libras invertidas, decidido a no volver más al mar... providencial es la palabra exacta... excepto como pasajero, ya me entiendes, Janet.

McPhee mantuvo su palabra. Janet y él hicieron un viaje como pasajeros en el salón de primera clase. Pagaron setenta libras por su camarote; pero Janet encontró a una mujer muy enferma en el salón de segunda clase, así que durante dieciséis días vivió abajo y charló con las camareras al pie de las escaleras del salón de segunda mientras su paciente dormía. McPhee fue pasajero exactamente durante

[21] La parte de las gratificaciones por salvamento que conceden los tribunales del Almirantazgo es variable y depende de las circunstancias del caso.

veinticuatro horas. Después de eso el rancho de los maquinistas -donde están las mesas con los manteles llenos de grasa- se apropió gozosamente de su corazón, y durante el resto del viaje esa compañía fue preferida por un maquinista de excelente historial dispuesto a prestar gratis sus servicios.

.007

Después de un motor marino, una locomotora es el objeto más sensible que ha hecho nunca el hombre; y la No. .007, además de sensible, era nueva. La pintura roja apenas se había secado sobre su inmaculada barra parachoques, el faro brillaba como el casco de un bombero, y la cabina podría haber sido un salón con acabado en madera dura. Tras la prueba la habían conducido al depósito circular de locomotoras -se había despedido ya de su mejor amiga de los talleres, la elevada grúa de traslación- y el gran mundo estaba allí afuera; las otras locomotoras se dedicaban a examinarla. La locomotora contempló el semicírculo de faroles audaces e impertérritos, escuchó el murmullo y el ronroneo bajo del vapor que subía por las válvulas -los burlones pitidos de desprecio cuando una válvula floja se levantaba un poco- y habría dado el aceite de un mes por el permiso para moverse sobre sus propias ruedas dirigiéndose hacia el ceniza] de ladrillo que tenía debajo. .007 era una locomotora «Americana» [1] de ocho ruedas, apenas diferente de otras de su tipo, y tal como estaba valía diez mil dólares en los libros de la Compañía. Pero si le hubiéramos pedido que se valorara ella misma, tras aguardar media hora en la oscura rotonda de locomotoras, llena de ecos, habríamos ahorrado exactamente nueve mil novecientos noventa y nueve dólares con noventa y ocho centavos.

Una pesada locomotora de carga Mogul, con un botaganado corto y una caja de fuegos que llegaba a tres pulgadas de la vía, inició el descortés juego hablando con una Consolidation de Pittsburgh que estaba de visita.

-¿De dónde vendrá resoplando eso? -preguntó con un soñador chorro de vapor ligero.

-Pues no tengo ya trabajo con llevar la cuenta de todas nuestras marcas sin tener que vigilar *vuestros* ejemplares atrasados -respondió-. Imagino que es algo que dejó al morir Peter Cooper [2].

.007 se estremeció; el vapor se le estaba subiendo, pero retuvo la lengua. Hasta un cochecito de mano conoce la locomotora con la que experimentó Meter Cooper en los lejanos años treinta. Llevaba el carbón y el agua en dos barriles de manzanas y no era mucho mayor que una bicicleta.

Apareció entonces, y habló, una pequeña y novísima máquina de maniobras, con un

[1] *Americana.* Originalmente se clasificaba alas locomotoras por su nombre, como Mogul, Consolidation, Diez Ruedas, Americana.

[2] *Peter Cooper*. Inventor y fabricante estadounidense (1791-1883). Diseñó y construyó la primera locomotora dé vapor fabricada en América (1830).

Librodot

pequeño escalón delante de la madera del parachoques y las ruedas tan juntas que parecía un potro dispuesto a derribar al jinete.

-*Me* parece que algo debe andar mal cuando un acarreador de gravilla de Pennsylvania tiene algo que decir sobre nuestro linaje. Ese muchacho está muy bien. Eustis[3] lo diseñó, y Eustis me diseñó a mí. ¿No basta con eso?

.007 podría haber dado vueltas en la rotonda con la máquina de maniobras metida en su ténder[4], pero se sintió agradecido por esas pequeñas palabras de consuelo.

-No utilizamos carros de mano en Pennsylvania -dijo la Consolidation-. Ese... este... carro de cacahuetes es lo bastante viejo y feo como para hablar por sí sólo.

-Todavía no ha hablado. Nadie *le ha* dirigido la palabra. ¿Es que no tenéis buena educación en Pennsylvania? -preguntó la máquina de maniobras. -Deberías estar en el taller, Pony -dijo con severidad Mogul-. Aquí

estamos los de larga distancia.

-Eso es lo que creéis -replicó el pequeño-. Ya sabréis más antes de que la noche termine. He estado en la Vía 17 y... ¡vaya carga que hay allí!

-Ya tengo bastantes problemas en mi propia sección -dijo una locomotora de cercanías delgada y ligera con zapatas de freno muy brillantes-. Mis viajeros abonados no pararon hasta que consiguieron un coche salón. Lo han enganchado atrás del todo y se arrastra peor que un quitanieves. Seguro que un día de éstos lo voy a desenganchar de pronto y entonces culparán a todos salvo a su estupidez. ¡La próxima vez me van a pedir que arrastre uno con pasillo de comunicación!

-Te hicieron en New Jersey, ¿no es así? -preguntó Pony-. Eso es lo que pensé. Los coches de mercancías y de viajeros abonados nos son un dulce del que tirar, pero *te* aseguro que eso es mucho mejor que apartar del circuito vagones frigoríficos y cubas de petróleo. Bueno, yo he arrastrado...

-¡Arrastrar! ¿Tú? -exclamó despreciativamente la Mogul-. Lo único que tú puedes hacer es tirar, parque ferroviario arriba, de un coche de almacenamiento en frío. En cambio, yo... -se detuvo un poco para que las palabras causaran efecto-... yo me he encargado del Flying Freight: once coches que valen tanto como cualquiera que tú menciones. De una tacada de once he tirado yo; y en un tiempo de treinta y cinco a la hora. Costoso, perecedero, frágil, inmediato... ¡y ahí estoy yo! Sólo tráfico de cercanías, pero un grado mejor que las maniobras. Carga expreso es lo que vale.

-Bueno, en general no me gusta alardear -empezó a decir la Consolidation de Pittsburgh.

-¿No? Te enviaron aquí porque gruñías en las rasantes -le interrumpió Pony.

-Donde yo gruño, tú abandonarías, Pony; pero como iba diciendo, no me gusta alardear demasiado. No obstante, si quisieras ver una carga movida animadamente, deberías verme aullando por los Allghanies llevando detrás treinta y siete vagones de mineral, y con mis guardafrenos luchando contra los vagabundos que se subían sin pagar, de manera que no podían atender a mi silbato [5]. Así que me tenía que encargar totalmente de la retención, y aunque sea yo quien lo diga, nunca he perdido una carga. No, señor. Arrastrar es una cosa, y el juicio y la discreción otra. Se necesita buen juicio en mi

[3] *Eustis.* Probablemente Henry Lawrence Eustace (1819-85), profesor de ingeniería en Harvard.
[4] *Ténder.* Vagón especial que lleva detrás la locomotora.
[5] *Silbato.* A los guardafrenos se les transmitía las órdenes mediante toques de silbato.

negocio.

-¡Ah! Pero... ¿pero no quedas paralizada por el sentido de tu abrumadora responsabilidad? -preguntó desde una esquina una voz curiosa y ronca.

-¿Quién es? -susurró .007 al transporte de viajeros de Jersey.

-Una Mixta, un experimento, una nulidad. Ha estado dedicada a las maniobras en los parques ferroviarios de B. A.[6] durante seis meses; eso cuando no estaba en el taller. Es económica *(yo* diría mediocre) en el gasto de carbón, pero lo compensa con las reparaciones. ¡Ejem! Supongo, señora, que Boston le pareció algo aislado después de su estancia en Nueva York.

-Nunca estuve tan ocupada como cuando estuve sola -la Mixta parecía hablar desde la mitad de la chimenea.

-Claro -dijo la irreverente Pony en voz baja-. Después de ella no ansían ya nada en el Parque.

-Pero con mi constitución y temperamento, mi trabajo está en Boston, su *outre-guidance* me resulta...

-¿«Otre qué? -preguntó Mogul, la locomotora de carga-. Los cilindros simples no son lo bastante buenos para mí.

-Quizás debería haber dicho *faroucherie* -silbó la Mixta.

-No me trato con alguien que está hecho de rollo de papel maché -insistió la Mogul.

La Mixta suspiró lastimeramente y no dijo nada más.

-Las hacen de todas las formas en este mundo, ¿no os parece? -dijo Pony-. Hay Mass'chusetts por todas partes. Apenas han comenzado cuando se quedan en punto muerto y culpan de ello a los demás, o lo intentan. Hablando de Boston, anoche me dijo Comanche que había tenido un recalentamiento de la caja de grasa el viernes, poco más allá de Newtons. Ésa es la razón, dice *él,* de que fuera detenido el Accommodation. Según Comanche no se entendió el final de la historia.

-Si hubiera oído eso en los talleres, con la caldera fuera para una reparación, habría sabido que es una de las mentiras de Comanche -espetó la de transporte de viajeros de New Jersey-. ¡Recalentamiento de la caja! ¡Él! Lo que ocurrió fue que le pusieron un vagón de más y se quedó chillando en la cuesta. Tuvieron que enviar al 127 para ayudarle. ¿Que salió bien de un recalentamiento? ¡Tiempo antes de eso descarriló! Mírame directamente al faro delantero y dime eso tan fríamente como... como una cuba de agua en una ola de frío. ¡Recalentamiento! Pregúntale a 127 sobre el recalentamiento de Comanche. Comanche fue desviado, y 127 (la verdad es que estaba loca de rabia de que la hubieran llamado a las diez de la noche) se hizo cargo de ella y la llevó de regreso a Boston en diecisiete minutos. ¡Recalentamiento! ¡Fraude caliente! Eso es lo que es Comanche.

Aquí es donde .007 metió, según se dice, no la pata, sino las ruedas motrices y el botaganado, pues preguntó qué era aquello de un recalentamiento de la caja.

-¡Que me pinten la tripa de azul celeste! -exclamó Pony, la máquina de maniobras-. ¡Que me conviertan en una locomotora de superficie con rodapié de madera dura alrededor de la ruedas! ¡Que me deshagan y me conviertan en juguetes mecánicos de vendedores callejeros de los de a cinco centavos! ¡Aquí hay una «Americana» acoplada de ocho ruedas que no sabe lo que es un recalentamiento de caja! ¿Tampoco oíste hablar

[6] B. & A.. Estaciones de clasificación de la línea de Boston y Albany.

nunca de una parada de emergencia? ¿No sabes para qué llevas tornillos ni veladores? Eres demasiado inocente para que se te deje sola con tu ténder. ¡Eres una... mentecata!

El vapor que se escapó produjo un rugido antes de que nadie pudiera responder, y a .007 casi se le ampolla la pintura de pura mortificación.

-Un recalentamiento de caja -empezó a decir la Mixta cogiendo y eligiendo las palabras como si fueran carbón-... un recalentamiento de caja es la pena impuesta a la inexperiencia por ir deprisa. ¡Ejem!

-¡Un recalentamiento de caja! -exclamó el cercanías de Jersey-. Es el precio que hay que pagar por seguir adelante desgarradamente. Han pasado años desde que tuve uno. Por regla general es una enfermedad que no ataca a los transportes de corta distancia.

-Nunca tenemos recalentamientos de caja en Pennsylvania -intervino el Consolidation-. Lo tienen en Nueva York... lo mismo que la postración nerviosa.

-Anda y vete a casa en un ferry -dijo Mogul-. Te crees que porque usas pendientes peores de las que permiten nuestros caminos eres una especie de ángel de Alleghany. Pues te voy a decir lo que tú... ah, aquí están los míos. Bueno, no puedo detenerme. Posiblemente os veré más tarde.

Avanzó majestuosamente hasta la placa giratoria y se balanceó como un buque de guerra en un canal de marea hasta que cogió la vía.

-En cuanto a ti, guisantes verdes dando vueltas en una cafetera (esto se lo decía a.007), sal fuera y aprende algo antes de relacionarte con los que hacen más millas en una semana de las que tú vas a lograr en un año. Costoso... perecedero... frágil... inmediato: ¡ahí estoy yo! Hasta luego.

-Que me partan los tubos si eso es una forma cortés de actuar con un nuevo miembro de la Hermandad -dijo Pony-. No había ninguna necesidad de maltratarte así. Pero la buena educación se quedó fuera cuando fabricaron a las Mogul. Mantén tu fuego, muchacho, y quema tu propio humo. Imagino que nos necesitarán a todos en un minuto.

Los hombres hablaban con bastante excitación en el depósito circular. Uno de ellos, que llevaba un jersey sucio, afirmó que no había locomotoras para desperdiciar en el Parque. Otro, con un papel arrugado en la mano, afirmó que el capataz del Parque dijo lo que iba a decir si el otro decía algo, y que él (el otro) iba a cerrarle la cabeza. Entonces el otro sacudió los brazos y quiso saber si esperaban que guardara las locomotoras en el bolsillo. Entonces un hombre vestido con una levita negra sin cuello apareció cubierto de sudor, pues era una calurosa noche de agosto, y dijo que lo que *él* dijo sería; y entre los tres empezaron a hacer funcionar las locomotoras, primero la Mixta, luego la Consolidation y luego .007.

En lo más profundo de su caja de fuegos .007 había acariciado la esperanza de que en cuanto hubiera terminado su prueba sería conducida con cantos y gritos y unida a un tren veloz pintado de verde y chocolate y con pasillo de comunicación, a cargo de un maquinista audaz y noble que le palmearía la espalda, lloraría sobre ella y diría que era su corcel árabe. (Los chicos de los talleres en donde él fue construido solían leer historias maravillosas sobre la vida del ferrocarril, y .007 esperaba que las cosas sucedieran tal como las había oído.) Pero no parecía haber muchos trenes veloces con pasillo de comunicación en el estruendoso parque iluminado con luz eléctrica, y su maquinista se limitó a decir:

-¿Qué tipo de inyector estúpido habrá puesto esta vez Eustis en esta máquina de pruebas? -puso la palanca con un golpe colérico y gritó-: ¿Se supone que he de maniobrar

Librodot

con esta cosa?

El hombre sin cuello se frotó la cabeza y contestó que dado el estado presente del Parque, de la carga y de algunas otras cosas, el maquinista maniobraría y seguiría maniobrando hasta que las vacas regresaran a casa. .007 empujó cautelosamente, con el corazón puesto en el farol, y tan nerviosa que el ruido metálico de su vientre casi le hace salirse de la vía de un salto. Los faroles se agitaban o bailaban arriba y abajo, delante y detrás de ella; y a cada lado había seis vías en las que se deslizaban hacia delante y atrás, con la colisión de los enganches y el gemido de los frenos de mano, los coches: más coches que los que .007 hubiera podido soñar. Había coches de petróleo, coches de heno, coches de ganado llenos de animales y coches de minerales, coches de patatas con los extremos de las tuberías de la estufa sobresaliendo por el centro; coches refrigeradores y de almacenamiento en frío que dejaban caer gotas de agua helada sobre las vías; coches ventilados para las frutas y la leche; vagones plataforma llenos de mercancías para el mercado; vagones plataforma cargados de segadoras y agavilladoras, rojas, verdes y doradas bajo los sonidos silbantes que producían las luces eléctricas; plataformas en las que se amontonaban pieles de fuertes olores, aromáticas planchas de acero del Canadá o atados de tablillas; plataformas que crujían bajo el peso de treinta toneladas de piezas fundidas, escuadras de hierro y cajas de remaches para algún nuevo puente; y cientos y cientos y cientos de vagones cerrados con el candado y marcados con tiza. Los hombres, enfadados, se arrastraban entre ellos y bajo los miles de ruedas; saltaban de una cabina a otra cuando se detenía; se sentaban en el botaganado cuando avanzaba, o en el ténder cuando regresaba; y regimientos de hombres corrían por encima de los coches cerrados y a su lado, soltando los frenos, agitando los brazos y gritando cosas curiosas.

Avanzó un poco y luego echó hacia atrás, haciendo resonar las ruedas traseras, un cuarto de milla; conectó con una máquina de maniobras con una sacudida (las máquinas de maniobras de los parques ferroviarios son *muy* rechonchas y poco cómodas), empujó un Red D, o transporte de mercancías, y sin la menor idea o conocimiento del peso que arrastraba detrás, arrancó de nuevo. Cuando estaba moviendo bastante bien la carga, desenganchaban tres o cuatro coches y .007 saltaba hacia delante hasta que la retenían con el freno. Luego aguardaba unos minutos, observando los faroles giratorios, ensordecida por el ruido de las campanas, mareada al ver los coches que pasaban deslizándose, con la bomba de frenos jadeando a cuarenta por minuto, el enganche delantero puesto hacia un lado sobre el botaganado, como la lengua en la boca de un perro fatigado, y toda ella cubierta de polvo de carbón medio quemado.

-No es tan fácil maniobrar con un ténder directamente detrás -dijo su amiguita de la rotonda avanzando con trote presuroso-. ¿Has visto alguna vez un cambio de vía móvil? ¿No? Entonces mírame.

Pony estaba a cargo de una docena de pesadas plataformas. De pronto se soltó de ellas con un agudo *«¡Whutt!»*. Una máquina de maniobras se divisó entre las sombras delanteras; se dio la vuelta como un conejo, se puso detrás de la máquina y la larga línea de maderos de doce pies de altura se asentó con una sacudida en los brazos de un ferrocarril de tamaño natural que reconoció la recepción con un seco aullido.

-A mi hombre se le considera como el más listo del Parque para este truco -dijo dándose la vuelta-. Cuando lo intenta otro me da escalofríos. Para eso es para lo que sirve la corta distancia entre mis ejes. Si lo intentaras *tú,* perderías el ténder.

.007 no tenía ambiciones de ese tipo y así se lo expresó.

-¿No? Desde luego no es tu trabajo habitual, ¿pero ni siquiera te parece interesante? ¿Has visto al capataz del Parque? Bueno, pues es el hombre más importante de la tierra, no debes olvidarlo. ¿Que cuándo acabamos? Pues vaya, chica, siempre es así, día y noche... los domingos y los otros días de la semana. ¿Ves ese carguero de treinta coches que avanza cuatro... no, cinco vías más allá? Lleva carga mixta y lo han enviado aquí para que lo clasifiquen en los trenes apropiados. Por eso estamos separando los coches uno a uno -mientras decía eso, dio un impulso vigoroso a un coche hacia el oeste, y regresó con un pequeño bufido de sorpresa, pues aquella vagoneta era una vieja amiga: una vagoneta cerrada M. T. K.

-Que me desbasten las ruedas motrices si no es Kate Sin Casa. Vaya, Kate, no se le da la espalda a los amigos. Por lo menos hay otros cuarenta coches delante de ti. ¿Quién te arrastra ahora?

-Me gustaría saberlo -se quejó Kate-. Pertenezco a Topeka, pero he estado en Cedar Rapids; he estado en Winnipeg; he estado en Newport News; he estado de arriba abajo en Atlanta y West Point; y también he estado en Buffalo. Posiblemente subiré hasta Haverstraw. Sólo llevo fuera diez meses, pero tengo nostalgia... me duele la añoranza de mi casa.

-Inténtalo con Chicago, Katie -dijo la locomotora de maniobras mientras la vieja y desvencijada vagoneta bajaba dando saltos por la vía, diciendo:

-Me gustaría estar en Kansas cuando florezcan los girasoles.

-El Parque está lleno de Kates Sin Casa y de Willies Vagabundos -le explicó a .007-. Conocí a una vieja plataforma Fitchburg que llevaba fuera diecisiete meses; y una de las nuestras se marchó quince meses antes de que la encontráramos. No deshice lo que prepararon nuestros hombres. Sospecho que fue un intercambio. En cualquier caso, he cumplido *mi deber*. Ella va camino de Kansas vía Chicago; pero apuesto mi próxima caldera de potencia plena a que la retienen allí para esperar a que le convenga al consignatario y nos la devuelvan con trigo en otoño.

En ese momento pasó la Consolidation de Pittsburgh a la cabeza de una docena de coches.

-Regreso a casa -dijo con orgullo.

-No puedo llevar los doce hasta la plataforma. ¡Pártelos por la mitad, Dutchy! -gritó Pony. Pero fue a .007 a quien pusieron detrás de los últimos seis coches, y casi pita de sorpresa cuando se encontró empujándolos hasta un enorme ferry. Nunca antes había visto el agua profunda, y se estremeció cuando la plataforma se apartó y dejó sus bogies a seis pulgadas del agua negra y brillante.

Después la llevaron a toda prisa a una estación de mercancías en la que vio al capataz del Parque, un hombre pequeño y de rostro blanco vestido con camisa, pantalón y zapatillas que miraba hacia abajo a un mar de vagonetas, una muchedumbre de chillones hombres con carretillas y escuadrones que empujaban hacia atrás, giraban, sudaban y al golpear el suelo hacían saltar chispas.

-Están cargando los coches del fletador en las vagonetas receptoras -dijo la pequeña máquina con reverencia-. Pero *a él* no le importa. Él les deja maldecir. ¡Es el zar... el rey... el jefe! Dice «por favor» y los demás se arrodillan y rezan. Allí hay tres o cuatro ramas de vagones de la carga de hoy de los que habrá que tirar antes de que pueda atenderles. Cuando él mueve su mano así, las cosas suceden.

Una rama de vagones cargados se deslizó vía abajo y otra de vagones vacíos ocupó su

lugar. Entraban volando en los coches, como si éstos fueran imanes y ellos virutas de hierro, fardos, cajones, cajas, tinajas, bombonas, capazos, balas y paquetes.

-¡Quia! -gritó la pequeña Pony-. ¿No es grandioso?

Un hombre de rostro morado con una carretilla se abrió camino a empujones hasta el capataz del Parque y le agitó el puño bajo la nariz. El capataz nunca levantaba la vista de su manojo de recibos de carga. Encogió ligeramente el dedo índice y un hombre joven y alto vestido con una camisa roja, y que ganduleaba descuidadamente a su lado, golpeó al hombre de la carretilla debajo de la oreja izquierda y éste cayó sobre una bala de heno estremeciéndose y cloqueando.

-Once, siete, noventa y siete, L. Y. S.; catorce cero tres; diecinueve trece; uno cuatro; diecisiete cero veintiuno M. B.; y el diez hacia el oeste. Todo correcto salvo los dos últimos. Separadlos en la bifurcación. *Y con* eso todo bien. Tirad de esa rama de vagones.

El capataz del Parque, de ojos azul claro, miró por encima de los gritones carretilleros hacia el agua que estaba más allá, iluminada por la luna, y tarareó:

> Todas las cosas brillantes y hermosas,
> todas la criaturas grandes y pequeñas,
> *todas* las cosas sabias y maravillosas,
> el buen Dios las hizo todas.[7]

.007 apartó los coches y los entregó al tren regular. En toda su vida se había sentido tan débil.

-Curioso, ¿verdad? -dijo Pony resoplando en la vía de al lado-. Si tú y yo pasáramos a ese hombre por debajo de nuestros parachoques, lo convertiríamos en desechos rojizos y no se sabría lo que habíamos hecho; pero ahí arriba, con el vapor silbando en su caldera de esa horrible y tranquila manera...

-Lo sé -contestó .007-. Eso me da la sensación de haber perdido el fuego y enfriarme. Es el hombre más importante de la tierra.

Ahora se encontraban en el extremo norte del Parque, bajo una torre de cambios, contemplando las cuatro vías de tráfico principal. La Mixta de Boston iba a llevarse la rama de vagonetas de .007 a una lejana bifurcación septentrional sobre una indiferente infraestructura de vías, y se quejó en voz alta por los barrotes de noventa y seis libras del B. & A.

-Eres joven; eres joven -dijo tosiendo-. No te das cuenta de tus responsabilidades.

-Sí, se da cuenta -contestó abruptamente Pony-; pero no se deja aplastar por ellas -y entonces, echando un chorro lateral de vapor, exactamente igual que si estuviera escupiendo, añadió-: allí no arrastra más de quince mil dólares de carga, y lo hace como si fueran cien mil... lo mismo que la Mogul. Excúseme, señora, pero ya tiene vía... se ha quedado otra vez en punto muerto, cuando se la había fabricado especialmente para que no lo hiciera.

La Mixta se arrastró por las vías sobre una larga pendiente gruñendo horriblemente con cada cambio, y moviéndose como una vaca en una ventisca de nieve. Se produjo una pequeña pausa en el Parque cuando desaparecieron sus luces de cola; las máquinas de maniobra se juntaron y todas parecían estar a la espera.

[7] *Todas las...* . Himno de C. F. Alexander.

-Ahora te enseñaré algo que merece la pena -dijo Pony-. Cuando el Purple Emperor no llega a tiempo, es el momento de corregir la Constitution. El primer golpe de doce es...

-¡Boom! -sonó el reloj de la alta torre del Parque, y muy lejos .007 escuchó un vibrante *«¡Yah! ¡Yah! ¡Yah!»*. Un faro centelleó en el horizonte como una estrella, se convirtió en una potente llamarada y gritó sobre la vibrante vía con la música estruendosa de la canción de un gigante feliz:

Con un michnai - ghignai - shtingal. ¡Yah! ¡Yah! ¡Yah!
A la una, la dos y la tres - ¡Madre! ¡Yah! ¡Yah! ¡Yah!
Se subió sobre el campanario,
y asustó a toda la gente,
Cantando michnai -ghignai shtingal. ¡Yah! ¡Yah!

El último y desafiante «¡Yah! ¡Yah!» fue gritado milla y media más allá de la estación de pasajeros; pero .007 había captado una imagen de la soberbia locomotora rápida de seis ruedas acopladas que era el orgullo y la gloria de las vías: el Purple Emperor de bordes dorados, el expreso de los millonarios hacia el sur, echando semillas por encima del hombro con la facilidad con la que un hombre quita una viruta de un tablón blando. El resto fue una confusión de esmalte castaño, una línea de luz blanca procedente de los aparatos eléctricos de los coches, y un parpadeo del pasamanos de níquel plateado de la plataforma trasera.

-¡Ooh! -exclamó .007.

-Setenta y cinco millas a la hora en estas cinco millas. Baños, he oído que tiene, barbería, indicador eléctrico de cotizaciones, biblioteca y lo demás a juego. Sí señor; ¡setenta y cinco por hora! Pero en la rotonda hablará contigo tan democráticamente como yo lo haría. Y yo... ¡maldita sea la distancia entre mis ejes!... Ojalá pudiera patear la vía a la mitad de su paso. Es el amo de nuestro grupo. Da brillo a nuestra casa. Algún día te lo presentaré. ¡Merece la pena conocerle! Y además no hay muchos que puedan cantar esa canción.

.007 estaba tan emocionada que no podía responder. No escuchaba el sonido furioso de las campanillas del teléfono de la torre de maniobras, ni al hombre cuando se inclinó hacia fuera y preguntó al maquinista de .007:

-,Tienes vapor?

-Suficiente para llegar hasta cien millas desde aquí, si pudiera hacerlo -contestó el maquinista que pertenecía al departamento de largas distancias y odiaba las maniobras.

-Entonces prepárate. El Flying Freight ha volcado a cuarenta millas de aquí, destrozando doscientos cincuenta metros de vía. No, nadie ha salido herido, pero están bloqueadas las dos vías. Por suerte el coche grúa de socorro está al final del Parque. Los hombres vendrán en un minuto. ¡Date prisa! Ya tienes vía libre.

-Bien, podría empezar esto con la pequeña -dijo Pony mientras.007 era unida con un fuerte ruido a un coche siniestro y mugriento parecido a un furgón de cola, pero lleno de herramientas; detrás llevaba una plataforma y un coche grúa-. Algunos tipos son una cosa, y otros son otra; pero *tú* tienes suerte, chica. Empujar un coche de socorro. Pero no te pongas nerviosa. La distancia entre tus ejes te permitirá mantenerte en la vía, y no hay curvas dignas de mención. ¡Bueno! Comanche me dijo que hay una sección de vía algo mellada en la que puedes dar algunos botes. Está a quince millas y media, *después* de la

Librodot

pendiente del cruce de Jackson. La reconocerás por un granja con molino de viento y cinco arces en la puerta del patio. El molino de viento está al oeste de los arces. Y hay un puente de hierro de veinticinco metros en medio de esa sección que no tiene barandilla. Te veré más tarde. ¡Buena suerte!

Antes de darse cuenta de lo que había sucedido, .007 subía por la vía hacia el mundo oscuro y mudo. Le acosaron los miedos de la noche. Se acordaba de todo lo que había oído acerca de corrimientos de tierras, piedras que se habían deslizado con la lluvia, árboles caídos, ganado extraviado y todo lo que había dicho siempre la Mixta de Boston acerca de la responsabilidad, y mucho más que salió de su propia cabeza. Con voz muy temblorosa, pitó en su primer paso a nivel (todo un acontecimiento en la vida de una locomotora), y no le ayudó a recuperar los nervios el ver un caballo frenético y a un hombre de rostro blanco en una calesa a menos de un metro de su hombro derecho. Estaba segura de que se saldría de la vía; sentía que las pestañas de las ruedas se subían a la vía en cada curva; sabía que en su primera cuesta se vendría abajo como le había pasado a Comanche en Newtons. Bajó rápidamente la pendiente hasta el cruce de Jackson, vio el molino de viento al oeste de los arces, sintió debajo los raíles mal colocados y sudó gruesas gotas por toda la caldera. A cada sacudida creía que se le había roto un eje; y abordó el puente de los veinticinco metros sin barandilla como un gato perseguido en la parte de arriba de una valla. Después una hoja húmeda se le quedó pegada en el cristal del farol delantero arrojando una sombra en la vía, haciéndole pensar que se trataba de algún animalillo al que sentiría blando si pasaba por encima de él; y cualquier cosa blanda bajo los pies asusta tanto a una locomotora como a un elefante. Pero los hombres que llevaba detrás parecían muy tranquilos. La partida de socorro subía despreocupadamente desde el furgón de cola hasta el ténder, bromeando incluso con el maquinista, pues escuchó un revoloteo de pies entre el carbón, y el fragmento de una canción algo parecido a éste:

> Oh, el Empire State habrá de aprender a esperar,
> y el Cannon-Ball se quedará colgado,
> cuando el del oeste ha volcado,
> y el coche de herramientas ha sido enganchado,
> éste es el momento de la Banda de la Avería (¡taró-ra!)
> ¡El momento de la Banda de la Avería![8]

-¡Vaya! Eustis sabía lo que estaba haciendo cuando diseñó este trasto. Es excelente. Y además nuevo.

-¡Sniff! ¡Fin! Es nuevo. No es sólo pintura. Es...

Un dolor ardiente recorrió la rueda motriz trasera derecha de .007: un dolor punzante que le paralizaba.

-Esto es un recalentamiento de caja-se dijo.007 sin dejar de avanzar-. Ahora sé lo que significa. Creo que me voy a despedazar. ¡Y en mi primer trayecto por vía libre!

-Se calienta un poco, ¿no? -se aventuró a sugerir el fogonero al maquinista.

-Nos dará todo lo que queremos de ella. Casi hemos llegado. Creo que será mejor que

[8] *Banda de la Avería.* Una canción de Cy Warman (1855- 1914).

los de ahí atrás os vayáis a vuestro coche -añadió el maquinista con la mano puesta en la palanca del freno-. He visto a muchos hombres salir lanzados...

Los ferroviarios se fueron entre risas. No tenían ningún deseo de caer en la vía. El maquinista había dado medio giro a la muñeca y .007 sintió que se paraban sus ruedas motrices.

-¡Ha sucedido! -exclamó .007 lanzando un fuerte grito y deslizándose como un trineo. Por un momento creyó que de un golpe iba a separarse de la parte inferior.

-Esto debe ser la parada de emergencia de la que bromeando me hablaba Pony -dijo jadeante en cuanto fue capaz de pensar-. Recalentamiento de caja: parada de emergencia. Las dos cosas duelen, pero ahora tendré de qué hablar cuando regrese a la rotonda.

Se detuvo, silbando y muy caliente, unos cuantos metros detrás de lo que los doctores dirían que era un coche compuesto-triturado. Su maquinista se había arrodillado entre las ruedas motrices pero no dijo que .007 fuera su «corcel árabe», ni lloró sobre él, tal como hacían los maquinistas de los periódicos. Se limitó a insultar a .007 y sacó varios metros de desperdicio de algodón chamuscado de entre los ejes, expresando la esperanza de poder poner la mano algún día encima del idiota que había metido allí el algodón. Nadie le escuchaba, pues Evans, el maquinista de la Mogul, con un pequeño corte en la cabeza y muy enfadado mostraba a la luz de un farol el cuerpo destrozado de un delgado y rígido cerdo.

-Ni siquiera era un cochino de tamaño decente -dijo-. Sólo un jabato.

-Uno de los animales más peligrosos -dijo uno de los ferroviarios-. Se te meten bajo el botaganado y te hacen dar la vuelta sacándote de la vía, ¿no es así?

-¿No es así? -rugió Evans, que era un galés pelirrojo-. Hablas como si descarrilara por culpa de un cochino cada estúpido día de la semana. *Yo* no tengo amistad con todos los malditos jabatos a medio alimentar del Estado de Nueva York. ¡La verdad es que no! Ha sido éste sólo... ¡y mira lo que ha hecho!

No había sido un mal trabajo el del cerdito extraviado. El Flying Freight parecía haber volado en todas las direcciones, pues la Mogul se había subido a los raíles y recorrido diagonalmente unos cientos de metros de derecha a izquierda, llevándose con ella tantos coches como quisieron seguirla. Algunos no lo hicieron. Rompieron los enganches y se quedaron allí mientras los coches traseros jugueteaban subiéndose sobre ellos. Durante el juego habían levantado, quitado y retorcido un buen trozo de la vía de la izquierda. La propia Mogul se había metido en un campo de maíz quedándose allí arrodillada: guirnaldas fantásticas de color verde se retorcían alrededor de su muñones; el botaganado estaba cubierto por terrones sólidos sobre los que se agitaba el maíz como si estuviera borracho; el fuego se había apagado con tierra (Evans lo hizo en cuanto recuperó el sentido); y el farol delantero roto estaba lleno de mariposas nocturnas medio quemadas. El ténder había ido arrojando carbón por encima, y parecía un búfalo de mala reputación que hubiera intentado revolcarse en unos almacenes. Pues allí había, esparcidos por el paisaje tras haber salido despedidos de los coches, máquinas de escribir, máquinas de coser, bicicletas embaladas, una partida de arneses plateados, guantes y vestidos franceses, una docena de repisas de chimenea finamente moldeadas en madera dura, una lancha motora de cinco metros, con un armazón sólido y metálico de cama aplastado alrededor de la proa, una caja de telescopios y microscopios, dos ataúdes, una caja de los mejores dulces, algunos productos lácteos de bordes dorados, mantequilla y huevos en una tortilla, una caja rota de juguetes caros y cientos de lujos más. Un

Librodot

campamento de vagabundos llegó corriendo desde ninguna parte y se ofreció voluntario generosamente a ayudar a los ferroviarios. Por eso los guardafrenos caminaban de arriba abajo por un lado armados con barras de enganche, y el fogonero y el conductor del mercancías patrullaban por el otro lado con las manos en los bolsillos. Un hombre de larga barba salió de una casa que estaba al otro lado del maizal y le dijo a Evans que si el accidente hubiera sucedido un poco más adelante todo su maíz se habría quemado y le habría acusado de negligencia. Después escapó corriendo mientras Evans le seguía de cerca gritándole:

-¡Fue su cerdo el que lo hizo... su cerdo lo hizo! ¡Le mato! ¡Le mato!

En ese momento los ferroviarios de ayuda se echaron a reír, y el campesino sacó la cabeza por una ventana afirmando que Evans no era un caballero.

Pero .007 estaba muy seria: nunca había visto un accidente y tenía miedo. Los ferroviarios seguían riendo, pero al mismo tiempo trabajaban; y .007 se olvidó del horror asombrándose de la manera que trataban a la Mogul de carga. Cavaban a su alrededor con azadones, colocaban traviesas delante de las ruedas y tornillos niveladores debajo; la rodeaban con la cadena de la grúa y la hacían cosquillas con espeques; a.007 la engancharon a los coches accidentados y tiró hasta que el nudo se rompía o los coches se salían limpiamente de la vía. Al amanecer estaban trabajando treinta o cuarenta hombres, sustituyendo y clavando las traviesas, calibrando y clavando los raíles. Con la luz del día todos los coches que podían moverse se los habían llevado con otra locomotora; la vía estaba libre para el tráfico; y .007 había tirado de la vieja Mogul sobre un pequeño pavimento de traviesas, centímetro a centímetro, hasta que las pestañas de las ruedas volvieron a colocarse sobre el raíl y se asentó con un ruido metálico. Pero tenía el espíritu y los nervios destrozados.

-Ni siquiera fue un marrano -repetía dolorosamente-. Fue un jabato; y precisamente tú, *tú* entre todas las demás, tuviste que ayudarme.

-Pero ¿cómo sucedió? -preguntó .007 hormigueante de curiosidad.

-¡Suceder! ¡No sucedió! ¡Simplemente pasó! Pasé por encima de él al tomar esa última curva... pensé que era una mofeta. Sí, algo tan pequeño como eso. No tuvo tiempo de chillar más que una vez antes de que sintiera que se levantaban mis bogies (se metió justo por debajo del botaganado), y ya no pude volver a coger la vía para salvarme. Había girado totalmente. Entonces le sentí colgando, todo cubierto de grasa, debajo de mi primera rueda motriz de la izquierda, y... ¡por las calderas! Eso me hizo saltar por encima del raíl. Oí que las pestañas de las ruedas zumbaban por encima de las traviesas, y lo siguiente que supe fue que estaba yo interpretando a «Sally, Sally Waters» en el maizal, con el ténder tirando carbón a través de mi cabina, y el viejo Evans tumbado, quieto y sangrando delante de mí. ¿Agitado? No hay apoyo, perno o remache en mí que no haya saltado a la gloria.

-¡Humm! -exclamó.007-. ¿Cuánto calculas que pesas?

-Sin toda esta suciedad, cerca de las cien mil libras.

-¿Y el jabato?

-Ochenta. Desde fuera podrías decir que cien libras. Vale unos cuatro medios dólares. ¿No es terrible? ¿No es suficiente para tener una postración nerviosa? ¿No es paralizante? Porque acababa yo de tomar esa curva... -y la Mogul volvió a contar la historia, pues estaba muy confusa.

-Bueno, eso es algo que está a la orden del día, imagino -dijo .007 queriendo resultar

Librodot

tranquilizadora-. Y un... un campo de maíz es un sitio bastante blandito para caer.

-¡Si hubiera estado en un puente a sesenta pies de altura, y hubiera podido lanzarme a las aguas profundas, matando a los dos hombres, como han hecho otras, no me habría importado; pero volcar por un jabato... y que seas tú la que me ayude... y caer en un campo de trigo... y que un viejo paleto vestido con el camisón de dormir me maldiga como si yo fuera una vomitiva carreta de caballos...! ¡Ay, es horrible! ¡No me llames Mogul! Soy una maquina de coser. Se burlarán de mi caja de arena en el Parque.

Y.007, con la caja de grasas enfriada y su experiencia muy ampliada, tiró de la Mogul de carga lentamente hasta conducirla a la rotonda.

-¡Hola, vieja! Has estado fuera toda la noche, ¿eh? -dijo la irreprimible Pony que acababa de salir del servicio-. Pues a decir verdad lo pareces. ¡Costosos... perecederos... frágiles... inmediatos: ¡ahí entras tú! Vete a los talleres, que te quiten las hojas de hiedra del cabello, y que te laven con la manguera.

-Déjala tranquila, Pony -dijo .007 severamente mientras giraba en la rotonda-, o...

-No sabía que la vieja granger[9] fuera amiga tuya, chica. No fue muy cortés contigo la última vez que la vi.

-Lo sé; pero desde entonces he visto un accidente y me ha asustado tanto que he perdido la pintura. No pienso burlarme de nadie mientras suelte vapor: no cuando haya gente nueva en el negocio deseosa de aprender. Y tampoco voy a burlarme de la vieja Mogul, aunque la encontré cubierta de mazorcas de maíz. Fue un pequeño jabato, no un cochino, tan sólo un jabato, Pony: no más grande que un trozo de antracita... yo lo vi: fue lo que causó todo el lío. Pero imagino que cualquiera podría haber descarrilado.

-Ya has descubierto eso, ¿eh? Bueno, es un buen principio -dijo el Purple Emperor, con su cabina alta, bien cerrada y de cristal plateado, y el cojín de terciopelo verde, que estaba aguardando a que le limpiaran para su recorrido del día siguiente.

-Permítanme que les presente -dijo Pony-. Éste es nuestro Purple Emperor, chica, a quien la última noche admirabas, y hasta diría que envidiabas. Ésta es una nueva hermana, venerado señor, a la que le queda por delante la mayor parte de sus millas de trabajo, pero hasta ahora una hermana dispuesta a servir y puedo responder de ella.

-Encantado de conocerla -dijo Purple Emperor mirando a su alrededor la rotonda abarrotada de locomotoras-. Creo que somos suficientes aquí para una reunión legal. ¡Ejem! En virtud de la autoridad que se me ha conferido como jefe del ferrocarril, aquí declaro y pronuncio a la No. .007 como hermana plena y aceptada de la Hermandad Amalgamada de Locomotoras, y como tal con derecho a todos los privilegios de taller, maniobra, vía, tanque y rotonda en toda mi jurisdicción con el grado de Voladora Superior, siendo bien sabido y habiéndoseme informado de manera creíble que nuestra hermana ha cubierto cuarenta millas en treinta y nueve minutos y medio en una misión de piedad con el afligido. En el momento conveniente yo mismo le comunicaré la canción y la señal de este grado para que pueda ser reconocida en la noche más oscura. ¡Ocupe su lugar, hermana recién entrada entre las locomotoras!

Y ahora, en la noche más oscura, tal como dijo Purple Emperor, si se encuentra en un puente sobre el parque de carga mirando las vías de cuatro direcciones, a las 2.30 de la madrugada, ni antes ni después, cuando el White Moth, que se encarga de los sobrantes

[9] *Granger*. Nombre que se daba a las logias de la asociación de campesinos del mismo nombre que influyó mucho en la legislación americana de finales del siglo XIX; de ahí la iniciación tipo masónico posterior.

del Purple Emperor, parte hacia el sur con sus siete coches de color blanco cremoso y pasillos de comunicación entre ellos, escucha, cuando el reloj del Parque da la media hora, un sonido lejano parecido al bajo de un violonchelo, y luego, a cien pies por palabra oye:

> Con un michnai - ghignai shtingal. ¡Yah! ¡Yah! ¡Yah!
> A la una, la dos y la tres - ¡Madre! ¡Yah! ¡Yah! ¡Yah!
> Se subió sobre el campanario,
> y asustó a toda la gente,
> cantando michnai - ghignai shtingal. ¡Yah! ¡Yah!

Es .007 cubriendo sus ciento cincuenta y seis millas en doscientos veintiún minutos.

WILLIAM LA CONQUISTADORA

PARTE I

> He hecho algo más valeroso
> que todo lo que hicieron los Dignos;
> y sin embargo algo más valeroso se me pide,
> que es mantenerlo oculto.
>
> *The Undertaking* [1]

-¿Se ha declarado ya oficialmente?

-Han llegado hasta el punto de admitir una extrema escasez local, y dicen los periódicos que han iniciado obras para mitigar el paro en una o dos regiones.

-Eso significa que lo declararán en cuanto puedan asegurarse los hombres y el material rodante. No me extrañaría que fuera tan mala como la Gran Hambruna [2].

-No es posible -contestó Scott volviéndose un poco desde su silla de caña larga-. Hemos tenido cultivos de quince annas [3] en el norte, y Bombay y Bengala [4] dicen tener

[1] Poema de John Donne (1571-1631).

[2] *Gran Hambruna.* Hambruna de 1876-8 en Bombay, Madrás y Misore, en la que murieron de hambre cinco millones de personas.

[3] *Quince annas.* Una rupia tenía dieciséis annas, y los indios utilizaban metafóricamente un anna para representar fracciones, por lo que quince dieciseisavos significa que en el norte los cultivos habían sido casi perfectos.

[4] En aquel tiempo India se dividía en cuatro regiones administrativas: Punjab (el norte), Bombay (oeste), Bengala (este) y Madrás (sur).

más de lo que son capaces de utilizar. Podrán controlarlo antes de que se les escape de la mano. Tan sólo será algo local.

Martyn cogió el *Pioneer*[5] de la mesa, volvió a leer una vez más los telegramas y puso los pies en el apoyo de la silla. Era una tarde calurosa y oscura, en la que faltaba el aire, y estaba llena del aroma de la Mall [6] recién regada. Las flores de los jardines del Club estaban muertas y ennegrecidas sobre sus tallos, la pequeña laguna de los lotos era un círculo de barro cocido y los tamariscos estaban blanquecinos por el polvo de varios días. Casi todos los hombres se habían reunido en los jardines públicos, frente a la tribuna de la banda -desde la terraza del Club se podía escuchar a la banda de la policía nativa aporreando viejos valses-, o en el campo de polo o en el frontón, donde hacía más calor que en un horno holandés. Media docena de mozos de cuadra estaban sentados en cuclillas delante de los caballos, aguardando el regreso de sus amos. De vez en cuando un hombre cabalgaba a paso lento dentro del cercado del Club, y haraganeaba con indiferencia junto a las cabañas encaladas situadas junto al edificio principal. Se suponía que eran las cámaras. En ellas vivían los hombres, encontrándose con los mismos rostros una noche tras otra durante la cena, y prolongando su trabajo de oficina hasta la última hora posible para poder escapar de esa triste compañía.

-¿Qué va a hacer? -preguntó Martyn bostezando-. Vamos a nadar antes de la cena.

-El agua está caliente -contestó Scott-. Estuve en el baño hoy.

-Le echo una partida de billar: cincuenta arriba.

-Ahora hay en la sala más de cien personas. Quédese sentado y tranquilo y no sea tan abominablemente enérgico.

En el porche apareció un camello gruñón cuyo jinete, condecorado y enfajinado, manoseaba una bolsa de cuero.

-*Kubber-kargaz... ki... yektraa* [7] -dijo el hombre con un gemido entregando la edición extra del periódico: una tira de papel impresa por un solo lado y húmeda todavía de tinta. La clavaron en un tablero cubierto por un tapete verde entre las noticias de caballos en venta y fox-terrier perdidos.

Martyn se levantó perezosamente, lo leyó y dejó escapar un silbido:

-¡Se ha declarado! -gritó-. Una, dos, tres... hasta ocho regiones están bajo las operaciones del Código de Hambre *ek dum* [8]. Han puesto a Jimmy Hawkins al frente.

-¡Buen asunto! -exclamó Scott mostrando por primera vez signos de interés-. En caso de duda, contratan a un punjabí. Trabajé bajo las órdenes de Jimmy la primera vez y él pertenecía al Punjab. Tiene más *bundobust* [9] que la mayoría de los hombres.

-Ahora Jimmy es un Caballero del Jubileo[10] -dijo Martyn-. Era un buen tipo, a pesar de que es un civil triplemente nacido[11] y acudió a la Presidencia Oscurecida[12] . Qué

[5] *Pioneer.* Periódico en lengua inglesa que se publicaba en Allahabad y en el que Kipling trabajó varios años.

[6] *Mall.* Nombre que solía darse en India a la carretera principal que conducía al Club de los británicos.

[7] *Kubber...* . Edición extra de periódico.

[8] *Ek dum.* Inmediatamente.

[9] *Bundobust.* Capacidad organizativa.

[10] *Caballero del Jubileo.* Los que fueron nombrados caballeros en el año del Jubileo Dorado de la Reina Victoria (1887).

[11] *Triplemente nacido.* Es decir, era más que las clases superiores de India, sacerdotes, guerreros y terratenientes, que en virtud de una ceremonia de renacimiento a la que se sometían se decía de ellos que

nombres tan poco sagrados tienen estas regiones de Madrás: todos son *un gas, o rungas, o pillays o polliums.*

Llegó un coche de dos ruedas y entró un hombre secándose la cabeza. Era el editor del único diario de la capital de una provincia de veinticinco millones de nativos y unos cientos de blancos, y como su personal se limitaba a sí mismo y un ayudante, sus horas de trabajo oscilaban entre las diez y las veinte al día.

-Oiga, Raines, se suponía que usted lo sabe todo -le interpeló Martyn deteniéndole-. ¿Qué va a pasar con esta «escasez» de Madrás?

-Nadie lo sabe todavía. Por el teléfono sale un mensaje tan largo como su brazo. He dejado a mi novato añadiéndole relleno. Madrás ha confesado que no puede arreglárselas sola, y Jimmy parece tener mano libre para conseguir todos los hombres que necesite. Arbuthnot le advirtió que estuviera preparado.

-¿El Condecorado? ¿Arbuthnot?

-El tipo de Peshawur. Sí, y el *Pioneer* ha telegrafiado que Ellis y Clay ya han salido del noroeste, y se han llevado además media docena de hombres de Bombay. Por lo que parece, es *pukka* hambre.

-Están más cerca del escenario de la acción que nosotros; pero si se solicita pronto algo del Punjab, habrá más de lo que parece -comentó Martyn.

-Hoy estamos aquí y mañana nos hemos ido. No vamos a estar para siempre -dijo Scott dejando una novela de Marryat y poniéndose en pie-. Martyn, su hermana le está esperando.

Un brioso caballo gris se agitaba al borde de la galería, donde la luz de una lámpara de queroseno caía sobre un vestido de calicó marrón y un rostro blanco bajo un sombrero gris de fieltro.

-De acuerdo, O -dijo Martyn-. Estoy listo. Scott, si no tiene otra cosa que hacer será mejor que venga a cenar con nosotros. William, ¿hay algo de cena en la casa?

-Iré primero a casa a comprobarlo -fue la respuesta del jinete. Usted puede acompañarle... a las ocho, recuerden.

Scott se dirigió despaciosamente a su habitación y se puso la ropa de noche adecuada para la estación y el país: lino blanco inmaculado de la cabeza a los pies, con una ancha faja de seda. La cena en casa de los Martyn representaba una evidente mejora con respecto al borrego, la carne de ave dura y retorcida y las entradas enlatadas del Club. Pero era una gran pena que Martyn no pudiera permitirse enviar a su hermana a las Colinas durante la época calurosa. Como superintendente suplente de distrito de la policía, Martyn obtenía la magnífica paga de seiscientas depreciadas rupias de plata al mes, y su pequeño bungalow de cuatro habitaciones lo expresaba bien a las claras. Sobre el suelo desigual se extendían las habituales alfombras de rayas azules y blancas fabricadas en la cárcel; los habituales *phulkaris* [13] de Amritsar tachonados de cristales colgando de clavos metidos en la escamosa cal de las paredes; la habitual media docena de sillas que no armonizaban, conseguidas en las ventas de efectos de fallecidos; y las habituales tiras de grasa negra donde las correas del ventilador se introducían en la pared. Era como si todo hubiera sido desempaquetado la noche anterior para volver a hacer las

eran doblemente nacidos.

[12] *Presidencia Oscurecida.* Es decir, la de Madrás.

[13] *Phulkaris.* Telas con flores bordadas.

Librodot

maletas a la noche siguiente. Ni una sola puerta de la casa giraba limpiamente sobre los goznes. Las pequeñas ventanas, situadas a más de cuatro metros de altura, quedaban oscurecidas por nidos de avispas, y los lagartos cazaban moscas entre las vigas del techo de madera. Pero todo aquello formaba parte de la vida de Scott. Así vivían las personas que tenían esos ingresos; y en una tierra en donde la paga, la edad y la posición de cada hombre se imprimían en un libro que todos leían, no merecía la pena jugar a simular de palabra o de hechos. Scott contaba con ocho años de servicio en el Departamento de Irrigación, y obtenía ochocientas rupias al mes con el trato de que si servía fielmente al Estado durante otros veintidós años podría retirarse con una pensión de unas cuatrocientas rupias mensuales. Su vida de trabajo, que había transcurrido principalmente bajo la lona de tiendas de campaña o en abrigos temporales en los que un hombre pudiera dormir, comer y escribir cartas, estaba unida a la apertura y mantenimiento de canales de irrigación, la dirección de dos o tres mil trabajadores de todas las castas y credos, y el pago de vastas sumas en plata acuñada. Aquella primavera había terminado, no sin merecimientos, la última sección del gran Canal Mosuhl, y muy en contra de su voluntad, pues odiaba el trabajo de oficina, le habían enviado durante los meses calurosos a ocuparse de las cuentas y suministros del Departamento, con la única misión de sofocarse en un despacho subterráneo de la capital de la provincia[14]. Eso Martyn lo sabía; William, su hermana, lo sabía; y todo el mundo lo sabía.

También sabía Scott, como el resto del mundo, que la señorita Martyn había llegado a India cuatro años antes para encargarse de la casa de su hermano, quien como todos sabían también había pedido prestado el dinero para el pasaje de ella, y que ella, como todo el mundo decía, habría debido casarse hacía mucho tiempo. Pero en lugar de eso, había rechazado a media docena de subalternos, un civil veinte años mayor que ella, un comandante y un hombre del Departamento Médico Indio. También eso era del conocimiento común. Y tal como se decía, ella «se había quedado allí tres estaciones calurosas» porque su hermano tenía deudas y no podía permitirse los gastos de mantenerla ni siquiera en una residencia barata de las Colinas. Por tanto su rostro era blanco como el hueso, y en el centro de la frente tenía una gran cicatriz plateada del tamaño de un chelín: la señal de una llaga de Delhi que es como un «dátil de Bagdad». La causa es haber bebido agua en malas condiciones; y se va comiendo lentamente la carne hasta que está lo bastante madura como para quemarse con ácidos.

No obstante, William había disfrutado enormemente durante esos cuatro años. Por dos veces había estado a punto de ahogarse mientras vadeaba un río a lomos de caballo; en una ocasión había escapado con un camello; había presenciado un ataque nocturno de ladrones al campamento de su hermano; había visto administrar justicia con largas varas bajo los árboles; podía hablar urdu e incluso un tosco punjabí con una fluidez que envidiaban las personas de más edad; había abandonado totalmente la costumbre de escribir a sus tías de Inglaterra o recortar las páginas de las revistas inglesas; había pasado por un año muy malo de cólera, viendo cosas que no pueden contarse; y había redondeado sus experiencias con seis semanas de fiebres tifoideas durante las que le habían afeitado la cabeza; y esperaba celebrar su vigésimo tercero cumpleaños ese septiembre. Es concebible que sus tías no aprobaran a una joven que no ponía nunca el pie en el suelo si había un caballo cerca; que cabalgaba para ir a los bailes con un chal

[14] Es decir, Lahore.

puesto sobre las faldas; que llevaba el cabello corto y rizado por toda la cabeza; que respondía con indiferencia a los nombres de William o Bill; cuyo lenguaje estaba repleto de flores vernáculas; que podía actuar en los teatros de aficionados, tocar el banjo, mandar sobre ocho criados y dos caballos, con sus cuentas y sus enfermedades, y mirar a los hombres lenta y deliberadamente entre los ojos... eso después de que le habían propuesto matrimonio y habían sido rechazados.

-Me gustan los hombres que hacen cosas -le dijo a un caballero del Departamento Educativo que enseñaba a los hijos de los tintoreros y comerciantes de paños la belleza de la «Excursión» de Wordsworth con libros repletos de anotaciones; y cuando éste se puso poético, William le explicó que «no le gustaba demasiado la poesía, le daba dolor de cabeza», con lo que otro corazón destrozado acudió a buscar refugio en el Club.

Pero ése era el único fallo de William: le encantaba oír a los hombres hablar de su propio trabajo, y ésa es la manera más fatal de poner a un hombre a tus pies.

Scott la conocía desde hacía más o menos tres años, solía recibirla, como norma general, bajo la lona de la tienda de campaña cuando su campamento y el de su hermano coincidían durante un día al borde del desierto indio. Había bailado con ella varias veces en la gran reunión navideña, cuando hasta quinientos hombres blancos se reunían en el puesto militar; y había sentido siempre un gran respeto por su manera de llevar la casa y sus cenas.

Se parecía más que nunca a un muchacho cuando después de la cena se sentaba sobre el sofá de campamento de cuero, metiendo un pie debajo del otro, para hacer cigarrillos a su hermano, con la frente baja fruncida bajo los rizos negros mientras hacía girar los papeles. Sacaba hacia fuera la barbilla redondeada cuando el tabaco estaba ya colocado y con un gesto igual al de un escolar arrojando una piedra, lanzaba el cigarrillo terminado a Martyn a través de la habitación, quien lo cogía con una mano y seguía charlando con Scott. Siempre de la «tarea»: los canales y la política de canalización; los pecados de los aldeanos que robaban más agua de la que habían pagado, y el pecado, más grave, de los policías nativos, que estaban en connivencia con los ladrones; del trasplante físico de las aldeas a los campos recién irrigados, y de la lucha con el desierto en el sur, cuando los fondos provinciales garantizarían la apertura del Sistema de Canales Protectores de Luni, acotado desde hacía mucho tiempo. Scott hablaba abiertamente de su enorme deseo de que le dedicaran a una sección particular del trabajo, pues allí conocía la tierra y a los hombres, y Martyn suspiraba por un empleo en las faldas del Himalaya, hablaba con claridad de sus superiores y William enrollaba cigarrillos y no decía nada, pero sonreía gravemente a su hermano porque éste se sentía feliz.

A las diez llegó a la puerta el caballo de Scott y se dio por terminada la noche.

Al otro lado del camino brillaban las luces de los dos bungalows bajos en los que se imprimía el diario. Era demasiado pronto para intentar dormir y Scott fue a ver al editor. Raines, desnudo hasta la cintura como un marinero junto a un cañón, estaba sentado en una silla larga aguardando los telegramas nocturnos. Tenía la teoría de que si un hombre no estaba en su puesto de trabajo todo el día y la mayor parte de la noche, podría contraer malaria; por eso comía y dormía entre sus archivos.

-¿Podrá hacerlo? -le preguntó con voz de sueño-. No pretendía que viniera aquí.

-¿A qué se refiere? He estado cenando en casa de los Martyn.

-Al hambre, desde luego, también se lo comuniqué a Martyn. Están cogiendo hombres allí donde pueden encontrarlos. Hace un rato le envié una nota al Club

preguntándole si podría enviarnos una carta una vez por semana desde el sur... digamos de entre dos y tres columnas. Desde luego nada sensacionalista, sólo los hechos desnudos acerca de quién está haciendo qué y todo eso. Las tasas habituales: diez rupias por columna.

-Lo siento, pero eso se sale de mi línea -respondió Scott mirando con aire ausente el mapa de India colocado en la pared-. Eso es muy duro para Martyn... mucho. Me pregunto qué va a hacer con su hermana. Y también me pregunto qué diablos van a hacer conmigo. No tengo experiencia en hambrunas. Es la primera vez que oigo hablar de ello. ¿Me lo *han* ordenado?

-Oh, sí. Aquí está el telegrama. Le designan a trabajos de ayuda al paro -siguió diciendo Raines-, con una horda de madrasíes muriendo como moscas. Un boticario nativo y media pinta de mixtura para el cólera por cada diez mil. Por el momento les toca estar ociosos. Parece ser que han llamado a cada hombre que no esté haciendo el trabajo de dos. Evidentemente, Hawkins cree en los punjabíes. Va a ser tan malo como cualquier cosa que les haya pasado en los últimos diez años.

-Bueno, no es más que el trabajo de cada día, pero con peor suerte. Imagino que mañana recibiré la orden oficial. Me alegro de haberme pasado por aquí. Será mejor que me vaya a empaquetar el equipo. ¿Sabe quién me releva aquí?

-McEuan -contestó Raines tras revolver un montón de telegramas-. Viene desde Murree[15]

-Debía pensar que iba a estar fresquito todo el verano -añadió Scott riendo entre dientes-. Se va a poner muy enfermo con todo esto. Bueno, no es momento de hablar. Buenas noches.

Dos horas más tarde Scott, con una conciencia clara, se echó a descansar sobre una hamaca de cuerdas colocada en una habitación desnuda. Junto a la puerta estaban apilados dos baúles de piel de buey, una cantimplora de cuero, una caja de estaño para el hielo y su silla de montar cosida con tela de saco, y bajo la almohada tenía el recibo del secretario del Club por la factura del último mes. Las órdenes llegaron a la mañana siguiente, acompañadas de un telegrama no oficial de Sir James Hawkins, que no se olvidaba de los hombres buenos, rogándole que fuera a toda velocidad a un lugar de nombre impronunciable situado a mil quinientos kilómetros al sur, pues la hambruna estaba golpeando con fuerza y se necesitaban hombres blancos.

Con el calor del mediodía llegó un joven sonrosado y gordo quejándose un poco del destino y las hambrunas que nunca le dejaban pasar tres meses en paz. Era el sucesor de Scott: otro diente de rueda de la maquinaria que ocupaba el puesto de su amigo, cuyos servicios, tal como decía el anuncio oficial, «se ponían a la disposición del Gobierno de Madrás para ocuparse del hambre hasta nuevas órdenes». Scott le entregó los fondos que tenía a su cargo, le enseñó cuál era la esquina más fresca del despacho, le advirtió contra el exceso de celo y, al llegar el crepúsculo, se marchó del Club en un carruaje alquilado con su fiel servidor Faiz Ullah, y un montón de equipajes desordenados arriba, para coger el Southern Mail en la estación de ferrocarril, convertida en un baluarte lleno de troneras. El calor de los gruesos muros de ladrillo le golpeó en el rostro como si se tratara de una toalla caliente, y pensó que le aguardaban por lo menos cinco noches y cuatro días de viaje. Faiz Ullah, habituado a los azares del servicio, se confundió con la multitud sobre

[15] *Murree.* Zona residencial en las colinas del Punjab.

Librodot

el andén de piedra mientras Scott, llevando en los dientes un puro negro, aguardó a que le reservaran su compartimento. Una docena de policías nativos, con sus rifles y mochilas, empujaban al grupo de campesinos punjabíes, artesanos sijs y grasientos afredíes escoltando con toda pompa la funda del uniforme, las cantimploras, la caja del hielo y el colchón enrollado de Martyn. Vieron la mano de Faiz Ullah y se dirigieron hacia allí.

-Mi Sahib y tu Sahib -le dijo Faiz Ullah al criado de Martyn- viajarán juntos. Tú y yo, oh hermano, reservaremos así las plazas de criados cercanas, y por la autoridad de nuestros amos nadie se atreverá a molestarnos.

Cuando Faiz Ullah informó que todas las cosas estaban dispuestas, Scott se dejó caer sin chaqueta ni botas sobre la ancha litera de cuero. Bajo el techo de hierro arqueado de la estación, el calor debía andar por los treinta y ocho grados. Martyn entró en el último momento, caluroso y cubierto de sudor.

-No blasfemes -le dijo Scott perezosamente-. Ya es demasiado tarde para cambiar de compartimento, y además así compartiremos el hielo.

-¿Qué estás haciendo aquí? -preguntó el policía.

-Alquilado al Gobierno de Madrás, lo mismo que tú. ¡Por Júpiter, esta noche tendremos juerga! ¿Te traes a alguno de tus hombres?

-Una docena. Supongo que tendré que supervisar la distribución de ayudas. No sabía que también tú hubieras recibido la orden.

-Me enteré después de dejarte anoche. Raines fue el primero en tener la noticia, pero la orden oficial llegó esta mañana. McEuan me relevó a las cuatro y partí enseguida. No me extrañaría que fuera algo bueno, esta hambruna, si conseguimos salir vivos.

-Jimmy debió ponernos a trabajar juntos -dijo Martyn, y luego, tras una pausa, añadió-: mi hermana está aquí.

-Una buena idea -dijo Scott animadamente-. Vamos a pasar por Umballa, y subir hasta Simla. ¿Con quién se quedará allí?

-No, si ése es el problema. Va a venir conmigo.

Scott se incorporó y se quedó rígido bajo la lámpara de aceite mientras el tren se sacudía al pasar por la estación de Tarn-Taran.

-¿Cómo? ¿Quieres decir que no puedes permitirte...? -Oh, habría arañado el dinero de alguna manera.

-Para empezar podrías haber acudido a mí -le dijo Scott rígidamente-. No somos lo que se dice unos desconocidos.

-Bueno, no te pongas tan estirado por esto. Podría haberlo hecho, pero... no conoces a mi hermana. Me he pasado el día entero explicándoselo, exhortándola, rogándoselo, ordenándoselo y todo eso, he llegado a perder los nervios desde esta mañana y no he dejado de insistir, pero no quiere ni oír hablar de un compromiso. Una mujer tiene derecho a viajar con su esposo si lo desea, y dice William que es el derecho que le corresponde a ella. Ya sabes, hemos estado juntos toda nuestra vida, más o menos, desde que murieron los míos. No es como si se tratara de una hermana ordinaria.

-Todas las hermanas que conozco se habrían quedado donde estuvieran cómodas.

-Es tan lista como un hombre, maldita sea -siguió diciendo Martyn-. Me rompió el bungalow en la cabeza mientras yo le hablaba. Dispuso completamente *subchiz*[16] en tres horas: criados, caballos y todo lo demás. No recibí mi orden hasta las nueve.

[16] *Subchiz*. Todo.

-A Jimmy Hawkins no le va a gustar -dijo Scott-. Una región con hambruna no es sitio para una mujer.

-La señora Jim... quiero decir Lady Jim está en el campamento con él. En cualquier caso dice que cuidará de mi hermana. William la telegrafió por su cuenta, pidiéndole permiso para ir, y golpeó el suelo bajo mis pies enseñándome la respuesta.

-Si es capaz de hacer tal cosa puede cuidar de sí misma, y la señora Jim impedirá que cometa cualquier error -dijo Scott riendo en voz alta-. No hay muchas mujeres, sean hermanas o esposas, que puedan entrar en un territorio con hambruna con los ojos abiertos. No es como si no supiera lo que significan estas cosa. Vivió el cólera de Jaloo el año pasado.

El tren se detuvo en Amritsar y Scott acudió al compartimiento de las damas, situado inmediatamente detrás de su coche. William, con una gorra de montar de tela sobre sus rizos, le saludó afablemente con un movimiento de la cabeza.

-Entre y tome un té -dijo ella-. Lo mejor del mundo para la congestión por calor.

-¿Es que tengo el aspecto de ir a sufrir una congestión por calor? -Nunca se sabe -contestó William prudentemente-. Siempre es mejor estar preparado.

Había dispuesto sus pertenencias con la experiencia de un veterano campista. Una botella de agua cubierta de fieltro colgaba de una de las ventanas cerradas, al aire; un juego de té de porcelana rusa, metido en una cesta acolchada, estaba dispuesto sobre el asiento; y más arriba, sobre la madera, había sujetado con una abrazadera una lámpara de alcohol de viaje.

William le sirvió el té caliente generosamente, en tazas grandes, el té que impide que las venas del cuello se hinchen inoportunamente durante una noche calurosa. Era característico de la joven que, una vez dispuesto su plan de acción, no exigiera ningún comentario al respecto. La vida con hombres que tenían mucho trabajo que hacer, y muy poco tiempo para hacerlo, le había enseñado la sabiduría de apartarse y borrarse. Ni con palabras ni con hechos sugería que fuera útil, consoladora o hermosa en sus viajes, sino que seguía con su trabajo serenamente: volvió a poner las tazas en la cesta, sin hacer ruido, al terminar el té, y lió cigarrillos para sus invitados.

-Anoche no esperábamos... bueno, que pasara esto, ¿no les parece? -dijo Scott.

-He aprendido a esperar cualquier cosa -contestó William-. Ya sabe, en nuestro trabajo vivimos al otro extremo de un telégrafo; pero, desde luego, esto sería bueno para todos nosotros, por lo que respecta al Departamento... si sobrevivimos.

-Nos deja fuera de juego en nuestra Provincia -contestó Scott con igual gravedad-. Esperaba que me enviaran a las Obras de Protección de Luni con el tiempo frío; pero no se sabe cuánto tiempo nos retendrá esta hambruna.

-Imagino que no más allá de octubre -añadió Martyn-. Para entonces habrá terminado, de una manera o de otra.

-Y casi llevamos una semana de esto -intervino William-. ¿No estaremos cubiertos de polvo cuando termine?

Durante una noche y un día conocieron los alrededores; y durante una noche y un día recorrieron el borde del gran desierto indio en una línea estrecha, recordaron los días de aprendizaje en que habían llegado por ese camino desde Bombay. Entonces las lenguas en las que estaban escritos los nombres de las estaciones habían sido cambiadas, y se lanzaron hacia el sur, a una tierra extraña en donde hasta los mismos olores era nuevos. Delante de ellos había muchos trenes de cereales, largos y bien cargados, y pudieron

Librodot

sentir desde lejos la mano de Jimmy Hawkins. Aguardaron en vías muertas improvisadas, bloqueados por una procesión de vagonetas vacías que regresaban al norte, y les acoplaron a lentos trenes que parecían arrastrarse y se detenían a medianoche sólo Dios sabría dónde; pero hacía un calor terrible; y ellos caminaban de aquí para allá entre sacos y perros que aullaban.

Llegaron entonces a una India que les resultaba más extraña a ellos que a un inglés que no hubiera viajado -la India plana y roja de las palmas, las palmiras y el arroz, la India de los libros de dibujos, del *Little Henry and His Bearer* [17]-, todo muerto y seco bajo el calor abrasador. Habían abandonado el incesante tráfico de pasajeros del norte y el oeste, que había quedado muy atrás. Aquí la gente se arrastraba hasta los lados del tren, llevando a los pequeños en los brazos; entonces dejaban atrás una vagoneta cargada y hombres y mujeres se amontonaban alrededor y por encima como hormigas ante la miel derramada. En una ocasión, durante el crepúsculo, vieron sobre una llanura polvorienta un regimiento de hombrecillos oscuros, cada uno de los cuales llevaba un cuerpo a los hombros, y cuando el tren se detuvo para dejar allí otra vagoneta vieron que la carga no eran cadáveres, sino gentes sin comida recogidas junto a sus bueyes muertos por un cuerpo de tropas irregulares. Ahora se encontraban con más hombres blancos, aquí uno y allí dos, cuyas tiendas habían sido puestas cerca de la línea del ferrocarril, y que habían llegado armados con poderes escritos y palabras coléricas para quedarse con una vagoneta. Estaban demasiado atareados para hacer otra cosa que asentir a Scott y Martyn, y miraban con curiosidad a William, quien no podía hacer otra cosa que preparar el té y observar cómo sus hombres se apartaban de la avalancha de gimientes esqueletos andantes, bajándolos del tren en grupos de a tres, separando con sus propias manos las vagonetas designadas o aceptando recibos de los hombres blancos, fatigados y con los ojos hundidos, los cuales hablaban un argot distinto al suyo.

Se quedaron sin hielo, sin agua de soda y sin té, pues llevaban seis días y siete noches en la carretera y les parecía que estaban allí varias veces siete años.

Al fin durante un amanecer seco y caluroso, en una tierra de muerte iluminada por las luces largas y rojizas de los vagones del ferrocarril, donde estaban quemando a los muertos, llegaron a su destino y se encontraron con Jim Hawkins, el jefe de la hambruna, sin afeitar, sin lavar, pero alegre y haciéndose cargo totalmente de los asuntos.

Allí mismo ordenó que Martyn viviría en los trenes hasta nueva orden; tenía que regresar con las vagonetas vacías, llenarlas de gente hambrienta donde la encontrara, y dejarla en el campamento de la ayuda situado al borde de los Ocho Distritos. Cogería suministros y regresaría, y sus policías defenderían las vagonetas cargadas de cereales, recogerían también a gente y la dejarían en un campamento situado a cien millas al sur. Scott, y Hawkins se sentía muy contento de ver de nuevo a Scott, en ese mismo momento se haría cargo de un convoy de carretas de bueyes y se dirigiría al sur, entregando alimentos en su camino hacia otro campamento de ayuda, alejado del ferrocarril, donde dejaría a sus hambrientos, que no faltarían en el camino, y esperaría órdenes junto al telégrafo. En general, en todos los asuntos pequeños Scott haría aquello que mejor le pareciera.

William se mordió el labio inferior. No había nadie en el ancho mundo como su hermano, pero las órdenes de Martyn no le daban poder discrecional. Salió cubierta de

[17] *Little....* Obra de Mary Martha Sherwood *(1775-1851),* publicada en *1832.*

polvo de la cabeza a los pies y con una arruga en forma de herradura en la frente que había dejado allí lo mucho que había pensado durante la semana anterior, pero tan dueña de sí misma como siempre. La señora Jim -que debería haber sido Lady Jim, aunque nadie se acordaba de llamarla correctamente-, se hizo cargo de ella con un gritito de sorpresa.

-Ay, estoy tan contenta de que se encuentre aquí -dijo casi sollozando-. No debería estar, desde luego, pero está; no hay otra mujer aquí y podemos ayudarnos la una a la otra, ya sabe; tenemos a todos esos desgraciados, y a los niños pequeños que están vendiendo.

-He visto algunos -dijo William.

-¿No le parece terrible? Yo he comprado veinte; están en nuestro campamento. ¿Pero no querrá comer algo primero? Aquí tenemos a más de diez personas para encargarse de eso, y además tengo un caballo para usted. ¡Ay, estoy tan contenta de que haya venido! Usted es también una punjabí, y ya sabe lo que eso significa.

-Cálmate, Lizzie -le dijo Hawkins por encima del hombro-. Cuidaremos de usted, señorita Martyn. Siento no poder invitarle al desayuno, Martyn. Tendrá que comer en el camino. Deje a dos de sus hombres para que ayuden a Scott. Estos pobres diablos no resisten las carretas de carga. Saunders -dijo dirigiéndose al conductor que estaba medio dormido en la cabina-, regrese y llévese a estos hambrientos. Tendrá «vía libre» hasta Anundrapillay; al norte le darán órdenes. Scott, cargue las carretas de esa vagoneta BPP y salga lo antes que pueda. El euroasiático de la camisa rosa es su intérprete y guía. Encontrará una especie de boticario atado al yugo de la segunda vagoneta. Ha estado intentando largarse, así que tendrá que vigilarle. Lizzie, lleva a la señorita Martyn al campamento y diles que me envíen aquí el caballo rojo.

Scott, con Faiz Ullah y dos policías, estaba trabajando ya en las carretas, llevándolas hasta el tren y abriendo los lados tranquilamente, mientras los otros las cargaban con bolsas de mijo y trigo. Hawkins le estuvo contemplando mientras llenaba la primera carreta.

-Es un buen hombre-dijo-. Si todo va bien, le haré trabajar duramente. Ésa era la idea que tenía Jim Hawkins del máximo cumplido que un ser humano le podía hacer a otro.

Una hora más tarde Scott estaba en camino; el boticario le amenazaba con penas legales por hacer que él, miembro del Departamento Médico Subordinado, hubiera sido obligado a ir en contra de su voluntad y todas las leyes que rigen la libertad del súbdito; el euroasiático de camisa rosa rogaba le diera permiso para ir a ver a su madre, que estaba muriéndose a unos cinco kilómetros de distancia:

-Sólo muy, muy pequeño permiso de ausencia y enseguida regresar, señor...

Los dos policías, armados de barrotes, cerraban la retaguardia, y Faiz Ullah, con el desprecio típico de un mahometano hacia todos los hindúes y extranjeros marcado en cada línea de su rostro, les explicaba a los conductores que aunque Sahib Scott era un hombre al que había que temer, él, Faiz Ullah, era la verdadera autoridad.

La procesión pasó chirriando junto al campamento de Hawkins: tres tiendas descoloridas bajo un grupo de árboles muertos; tras ellas estaba el cobertizo de ayuda donde unos seres indefensos agitaban los brazos alrededor de las cazuelas.

-Ojalá el cielo hubiera dejado a William fuera de esto -dijo Scott para sí mismo tras echar un vistazo-. Con toda seguridad tendremos el cólera en cuanto lleguen las lluvias.

Pero William parecía haberse dedicado voluntariosamente a las operaciones del

Librodot

código de la hambruna, que cuando ésta se declara están por encima del funcionamiento de la ley ordinaria.

Scott la vio en el centro de una turba de mujeres llorosas, con la ropa de cabalgar de calicó y un sombrero de fieltro gris azulado rodeado por una cinta de muselina dorada.

-Necesito cincuenta rupias, por favor. Olvidé pedírselas a Jack antes de irse. ¿Puede prestármelas? Es para comprar leche condensada para los bebés.

Scott sacó el dinero de su cinto y se lo entregó sin una palabra, después dijo:

-Por favor, cúidese.

-Oh, estaré muy bien. Conseguiremos leche de aquí a dos días. A propósito, tenía que decirle que según las órdenes debe llevarse uno de los caballos de Sir Jim. Hay aquí un cabulí gris que pensé sería justo de su estilo, por lo que diría que debería llevarlo. ¿Le parece bien?

-Es una gran amabilidad por su parte. Aunque me temo que ninguno de nosotros podemos hablar ahora mucho de estilo.

Scott llevaba puesto el uniforme de caza de dril manchado por el tiempo, muy blanco en las costuras y algo desgastado en los puños. William le contempló pensativamente, desde el salacot hasta sus botas tobilleras engrasadas:

-Creo que tiene muy buen aspecto. ¿Está seguro de llevar todo lo que necesita: quinina, clorodina[18], etcétera?

-Así lo creo -contestó Scott tocándose tres o cuatro bolsillos del uniforme mientras le traían el caballo, se montaba en él y empezó a cabalgar junto al convoy.

-Adiós -gritó.

-Adiós y buena suerte -contestó William-. Le quedo muy agradecida por el dinero.

Se dio la vuelta sobre los talones y desapareció en la tienda, mientras las carretas pasaban junto a los cobertizos del hambre, después junto a las líneas rugientes de los grandes fuegos y entraban en las recalentadas tierras de Gehenna del sur.

PARTE II

> Desaparezcamos sin hacer ruido,
> no nos conmuevan las lágrimas torrenciales ni las tempestades de suspiros;
> sería una profanación de nuestra alegría
> comunicarles a los profanos nuestro amor.
>
> *Una despedida* [19]

Era un trabajo terrible aunque viajaba de noche y acampaba de día; pero dentro de los límites de su visión no había ningún hombre a quien Scott pudiera llamar su superior. Era tan libre con Jimmy Hawkins; en realidad más libre, pues el Gobierno tenía bien atado al Jefe de la Hambruna a un cable telegráfico, y si Jimmy se hubiera tomado seriamente los telegramas, la tasa de mortalidad de esa hambruna hubiera sido todavía superior.

[18] *Clorodina.* Nombre comercial de un narcótico y analgésico de la época.
[19] *Una despedida.* Poema de John Donne.

Tras llevar varios días avanzando lentamente Scott aprendió algo acerca del tamaño de la India a la que servía, y eso le asombró. Ya sabemos que sus carros iban cargados de trigo, mijo y cebada, buenos cereales que sólo necesitaban ser molidos un poco. Pero las gentes a las que les llevaba esos alimentos vitales eran comedoras de arroz. Sabían cómo descascarillar el arroz en sus morteros, pero no sabían nada de los molinillos de mano de piedra pesada procedentes del norte, y todavía menos de aquello que el hombre blanco transportaba tan laboriosamente. Clamaban pidiendo arroz -arroz descascarillado, al que estaban habituados-, y cuando descubrían que no había rompían a llorar al lado de la carreta. ¿De qué servían esos granos duros y extraños que obstruían la garganta? Morirían. Muchos de ellos se mantuvieron firmes. Otros aceptaron su ración y cambiaron mijo suficiente para alimentar a un hombre durante una semana por unos cuantos puñados de arroz podrido que había ahorrado alguno menos desafortunado. Algunos cogieron su ración y la colocaron en los morteros de arroz, la machacaron y formaron una pasta con agua sucia; pero éstos fueron los menos. Scott sabía vagamente que muchas personas del sur de la India comían arroz como regla general, pero él había servido en una provincia cerealista y raras veces había visto el arroz en la hoja o la espiga; y todavía menos habría creído que en. tiempo de necesidad mortal los hombres morirían a la distancia de un brazo de la abundancia antes que tocar un alimento que desconocían. En vano interpretaron los intérpretes, en vano los dos policías mostraron con vigorosas pantomimas lo que debería hacerse. Los hambrientos se arrastraban regresando a sus cortezas y hierbas, sus larvas, hojas y arcilla, y dejaban sin tocar los sacos abiertos. Pero a veces las mujeres ponían a los fantasmas de sus hijos a los pies de Scott y se quedaban mirando hacia atrás mientras se alejaban tambaleándose.

Faiz Ullah opinaba que era la voluntad de Dios que aquellos extranjeros murieran, y por tanto sólo restaba dar órdenes para quemar a los muertos. Sin embargo no había razón para que el Sahib careciera de consuelo y Faiz Ullah, con experiencia en campañas, había recogido unas cuantas cabras delgadas añadiéndolas a la procesión. Para que pudieran dar leche para el desayuno, las alimentaba con el buen grano que aquellos imbéciles rechazaban.

-Así es -dijo-. Si al Sahib le parece correcto, podríamos dar un poco de leche a algunos de los bebés.

Pero como el Sahib sabía bien, los bebés eran baratos, y por su parte Faiz Ullah sostenía que no había ninguna orden del Gobierno con respecto a los bebés. Scott habló enérgicamente con Faiz Ullah y los dos policías y les ordenó que capturaran cabras allí donde pudieran encontrarlas. Eso lo hicieron placenteramente, pues era una especie de recreo, y trajeron a muchas cabras sin dueño. Una vez alimentados, los pobres animales seguían de buen grado las carretas, y tras varios días con buenos alimentos, alimentos por cuya ausencia morían los hombres, se pusieron a dar leche de nuevo.

-No soy un pastor de cabras -dijo Faiz Ullah-. Eso va en contra de mi *izzat* [honor].

-Cuando crucemos otra vez el río Bias hablaremos del *izzat* -contestó Scott-. Hasta ese día, tú y los policías barreréis el campamento si doy la orden.

-Así se hará entonces si el Sahib así lo quiere -contestó gruñendo Faiz Ullah, y después enseñó cómo había que ordeñar una cabra, con Scott a su lado.

-Ahora les alimentaremos -dijo Scott-. Les daremos de comer tres veces al día -añadió agachándose junto a la cabra que estaban ordeñando hasta sufrir un terrible calambre.

Cuando se tiene que mantener la conexión entre la madre inquieta de los críos y un

Librodot

bebé que está a punto de morir, el sufrimiento es enorme. Pero alimentaron a los bebés. Por la mañana, al mediodía y por la tarde, Scott los sacaba solemnemente uno a uno de su nido de bolsas de arpillera hecho bajo los toldos de las carretas. Había siempre muchos que no podían hacer otra cosa que respirar, y les dejaban caer la leche gota a gota en sus bocas sin dientes, con las debidas pausas cuando se ahogaban. También todas las mañanas daban de comer a las cabras; y como avanzaban tambaleándose sin un jefe, y como los nativos eran mercenarios, Scott se vio obligado a dejar de cabalgar y caminar lentamente a la cabeza del ganado, acomodando su paso al de la debilidad de éste. Todo aquello era absurdo y así lo sentía profundamente Scott, pero al menos estaba salvando vidas, y cuando las mujeres veían que sus hijos no morían aceptaban comer un poco de esos alimentos extraños y se arrastraban detrás de las carretas bendiciendo al dueño de las cabras.

-Da a las mujeres algo para vivir y se aferrarán a eso de algún modo -dijo Scott para sí mismo estornudando por el polvo de cien pequeños pies-. Pero esto hace pedazos el truco de la leche condensada de William. Creo que jamás lo olvidaré.

Llegó con gran lentitud a su destino, encontró el barco de arroz procedente de Birmania y almacenes de arroz a su disposición; encontró también a un inglés con exceso de trabajo a cargo de los almacenes, y tras cargar las carretas regresó por el mismo camino que le había llevado hasta allí. Dejó algunos de los niños y la mitad de las cabras en el cobertizo de ayuda. Esto no se lo agradeció el inglés, que ya tenía más bebés perdidos de los que podía tratar. La espalda de Scott se había vuelto lo bastante flexible como para agacharse y siguió con sus administraciones al lado del camino además de distribuir el arroz. Se le sumaron más bebés y más cabras; pero ahora algunos de los bebés llevaban harapos y cuentas alrededor de sus muñecas o cuellos.

-Eso significa que la madre espera la contingencia final de recuperarlo -dijo el intérprete, pues Scott no lo sabía.

-Cuanto antes mejor -contestó Scott; pero al mismo tiempo observaba con el orgullo de un propietario que este o aquel pequeño ramaswamy estaba ganando peso como un gallito. En cuanto las carretas de arroz quedaron vacías se dirigió al campamento de Hawkins por tren, procurando llegar a la hora de la cena, pues hacía mucho tiempo que no comía bien vestido. No había deseado hacer una entrada espectacular, pero un accidente de la puesta de sol así lo quiso, ya que cuando se quitó el salacot para dejar pasar la brisa de la tarde la luz baja cayó sobre su frente y no pudo ver lo que tenía delante. Alguien que aguardaba a la puerta de la tienda contempló con ojos nuevos a un hombre joven, hermoso como Paris, un dios con un halo de polvo dorado, que caminaba lentamente a la cabeza de sus ganados, mientras a la altura de sus rodillas corrían pequeños cupidos desnudos. Pero se echó a reír: William, con una blusa de color pizarra, rió hasta no poder más, hasta que Scott, poniendo la mejor cara que pudo dado el caso, detuvo sus ejércitos y le rogó que admirara el jardín de infancia. Era una vista indecorosa, pero el decoro había quedado varias épocas atrás, con el té de la estación de Amritsar, dos mil quinientos kilómetros más al norte.

-Vienen en el momento adecuado -dijo William-. Aquí sólo nos quedan veinticinco, pues las mujeres empiezan a llevárselos. -¿Está a cargo de los niños?

-Sí... la señora Jim y yo. Pero no habíamos pensado en las cabras. Lo hemos estado intentando con leche condensada y agua. -¿Muchas bajas?

-Más de las que me atrevo a pensar -contestó William con un estremecimiento-. ¿Y

Librodot

usted?

Scott no dijo nada. Había presenciado muchos enterramientos a lo largo del camino... muchas madres que habían llorado cuando no volvían a encontrar a los hijos que habían confiado al cuidado del Gobierno.

En ese momento apareció Hawkins con una navaja de afeitar que Scott miró con deseo, pues llevaba una barba que no le gustaba. Cuando se sentaron a cenar bajo la tienda contó su historia en pocas palabras, como si se tratara de un informe oficial. La señora Jim respiraba ruidosamente de vez en cuando y Jim bajaba la cabeza juiciosamente; pero los ojos grises de William estaban fijos en el rostro recién afeitado y era a ella a quien Scott parecía hablar.

-¡Bien por la Provincia Pobre![20] -exclamó William apoyando la barbilla en la mano y echándose hacia adelante entre las copas de vino. Tenía las mejillas hundidas y la cicatriz de la frente sobresalía más que nunca, pero su cuello bien hecho se elevaba firme como una columna desde los volantes de la blusa, que era el traje de noche aceptado en el campamento.

-A veces me sentía terriblemente absurdo -siguió diciendo Scott-. Como comprenderán no sabía mucho de ordeñar ni de bebés. Si esta historia llega a conocerse en el norte me cortarán la cabeza.

-Déjelos -intervino William altivamente-. Todos hemos hecho trabajos de coolies desde que hemos llegado. Sé que Jack también lo ha hecho -esto último iba dirigido a Hawkins, y el hombre importante sonrió con amabilidad.

-Su hermano es un oficial muy eficiente, William -dijo él-. Y le he hecho el honor de tratarle como se merece. Recuerde que yo escribo los informes confidenciales.

-Entonces debes decir que William vale su peso en oro -intervino la señora Jim-. No sé lo que habríamos hecho sin ella. Lo ha sido todo para nosotros.

Puso su mano sobre la de William, endurecida por el excesivo manejo de las riendas, y William se la palmeó suavemente. Jim sonrió al grupo: las cosas iban bien en su mundo. Tres de sus hombres más incompetentes habían muerto, y sus puestos habían sido ocupados por los mejores. Cada día que pasaba estaban más cerca las lluvias. Habían acabado con el hambre en cinco de los ocho distritos, y después de todo la tasa de mortalidad no había sido excesivamente elevada... considerando la situación. Observó cuidadosamente a Scott, como un ogro miraría a un hombre, y se regocijó de su fuerte condición.

«Es la parte más pequeña que se ha metido en este mundo, pero sin embargo puede hacer el trabajo de dos hombres», pensó Jim. Se dio cuenta entonces de que la señora Jim le estaba enviando un telegrama que, de acuerdo con el código de la casa, transmitía el siguiente mensaje: «Un caso claro. ¡Míralos!»

Miró y escuchó. Lo único que decía William era: «¿Qué se puede esperar de un país en el que a un *catecú de atún* le llaman un *bhistee* [un porteador de agua] », y lo único que respondía Scott era: «Estaría encantadísimo de regresar al Club. ¿Querrá reservarme un baile en la fiesta de Navidad?»

-Hay muchísimo desde aquí hasta Lawrence Hall -dijo Jim-. Será mejor que se acueste pronto, Scott. Mañana tocan carretas de arroz; empezará a cargar a las cinco.

-¿No vas a dar al señor Scott un día de descanso?

[20] *Provincia Pobre.* Un apodo del Punjab.

Librodot

-Ojalá pudiera, Lizzie. Me temo que no va a ser posible. Mientras pueda mantenerse en pie, deberemos servirnos de él.

-Bueno, al menos he tenido una tarde europea... ¡por Júpiter, casi lo olvido! ¿Qué puedo hacer con mis niños?

-Déjelos aquí -respondió William-. Nosotros nos hacemos cargo de eso... y de tantas cabras como pueda dejar. Ahora tendré que aprender a ordeñar.

-Si no le importa levantarse pronto mañana, yo le enseñaré. Como verá, tengo que ordeñar; y dicho sea de paso, la mitad de los chicos llevan cuentas y cosas alrededor del cuello. Deberá tener cuidado para no quitárselas, por si acaso vuelven sus madres.

-Se olvida que ya he tenido alguna experiencia aquí.

-Espero por Dios que no se agote -la voz de Scott sonó indefensa.

-Yo me cuidaré de ella -contestó la señora Jim telegrafiando mensajes de cien palabras al tiempo que se llevaba a William, y mientras Jim daba a Scott las órdenes para la campaña siguiente. Era ya muy tarde, casi las nueve.

-Jim, eres un bruto -le dijo su esposa aquella noche; y el Jefe del Hambre rió entre dientes.

-Ni lo más mínimo, querida. Me acuerdo que el primer asentamiento de Jandiala lo hice por una joven vestida con crinolina; y qué esbelta era, Lizzie. Nunca he vuelto a hacer un trabajo tan bueno. *Él* va a trabajar como un demonio.

-Pero podías haberle dado un día.

-¿Y dejar que las cosas lleguen ahora a su punto decisivo? No, querida: éste es su momento más feliz.

-Creo que ninguno de ellos sabe lo que les está sucediendo. ¿No es hermoso? ¿No es encantador?

-¡Levantarse a las tres para aprender a ordeñar... bendita sea! Dioses, ¿por qué tendremos que envejecer y engordar?

-Ella es un encanto. Ha hecho más trabajo bajo mis órdenes...

-¡Bajo *tus órdenes!* Al día siguiente de llegar ella se hacía cargo de todo y tú eras su subordinada, y así te has quedado desde entonces. Te maneja casi tan bien como tú me manejas a mí.

-No lo hace, y por eso la adoro. Es tan directa como un hombre... como su hermano.

-Su hermano es más débil que ella. Siempre está viniendo a mí solicitando órdenes; pero es honesto, y un glotón para el trabajo. Confieso que me he encariñado bastante con William, y si tuviera yo una hija...

La conversación terminó allí. Muy lejos, en el Derajat había una tumba infantil desde hacia más de veinte años, y ni Jim ni su esposa habían vuelto a hablar de ello.

-De todas maneras, tú eres la responsable -añadió Jim tras un momento de silencio.

-¡Que Dios les bendiga! -contestó la señora Jim somnolienta.

Antes de que las estrellas palidecieran, Scott, que dormía en una carreta vacía, despertó y se puso a hacer su trabajo en silencio; a esa hora parecía poco probable que se levantaran Faiz Ullah y el intérprete. Como tenía la cabeza cerca del suelo, no oyó a William hasta que ésta estuvo junto a él vestida con el viejo y sucio traje de montar, los ojos pesados todavía por el sueño, con una taza de té y una tostada en las manos. En el suelo había un bebé agitándose sobre una manta, y un niño de seis años miró por encima del hombro de Scott.

-Ay, tunante, ¿cómo diablos esperas obtener tu ración si no te estás quieto?

Librodot

Una mano blanca y fría sujetó al niño, que enseguida empezó a ahogarse cuando la leche entró en su boca.

-Buenos días -dijo el ordeñador-. No tiene ni idea de cómo pueden moverse estos muchachitos.

-Oh, sí, la tengo -contestó ella con un susurro, pues el mundo estaba dormido-. Pero yo les doy de comer con una cuchara o un trapo. Los suyos están más gordos que los míos... ¿y ha estado haciendo esto un día tras otro, dos veces por día? -la voz casi se perdía.

-Sí; era absurdo. Ahora pruebe usted -dijo dejándole sitio a la joven-. ¡Mire! Una cabra no es una vaca.

La cabra protestó contra la aficionada y se produjo una refriega en la que Scott cogió al bebé. Luego hubo que repetirlo todo, y William se echó a reír amable y alegremente. Sin embargo logró dar de comer a dos bebés, y después a un tercero.

-¿No le parece que los pequeños bribones lo hacen bien? -dijo Scott-. Yo les entrené.

Estaban muy atareados e interesados cuando de pronto se había hecho de día y antes de que se dieran cuenta el campamento había despertado mientras estaban arrodillados entre cabras, sorprendidos por el amanecer, y sonrojados hasta las sienes. Todo el mundo que les rodeaba, que salía de la oscuridad, podía haber oído y visto lo que había pasado entre ellos.

-Ah -dijo William vacilante sosteniendo en alto el té y la tostada-. Había hecho esto para usted. Ahora está frío como una piedra. Pensé que no se habría preparado nada tan pronto. Pero es mejor que no lo beba. Está... frío como una piedra.

-Qué amable ha sido. Está perfecto. Realmente ha sido muy buena. Dejaré mis chicos y cabras con usted y la señora Jim; y desde luego cualquiera del campamento podrá enseñarle a ordeñar.

-Desde luego -contestó William; y fue poniéndose más y más sonrosada, y sintiéndose cada vez más impresionada, mientras caminó de regreso a su tienda, abanicándose vigorosamente con el plato.

Se escucharon agudas lamentaciones en todo el campamento cuando los niños mayores vieron que su amo de cría se iba sin ellos. Faiz Ullah se enderezó para bromear con los policías, y Scott se puso morado de vergüenza porque Hawkins, que estaba ya montado en su silla, rió estruendosamente.

Un niño se escapó del cuidado de la señora Jim, y corriendo como un conejo se aferró a la bota de Scott, mientras William le perseguía con largas zancadas.

-¡No iré... no iré! -gritaba el niño entrelazando sus pies alrededor del tobillo de Scott-. Aquí me matarán. No les conozco.

-Te digo que no te va a hacer ningún daño -le dijo Scott en tamil entrecortado-. Vete con ella y te dará de comer.

-¡Ven! -dijo William jadeando, lanzando una mirada de ira a Scott, quien estaba de pie indefenso, y por así decirlo paralizado.

-Vuelva -le dijo rápidamente Scott a William-. En un minuto le enviaré al muchachito.

El tono de autoridad produjo su efecto, pero de una manera que Scott no había previsto. El muchacho se soltó y dijo con gravedad:

-No sabía que la mujer era tuya. Iré -y entonces gritó a sus compañeros, una turba de niños de tres, cuatro y cinco años que aguardaban el éxito de su aventura antes de

escapar-: volved y comed, es la mujer de nuestro hombre. Ella obedecerá sus órdenes.

Jim se vino abajo donde estaba sentado; Faiz Ullah y los dos policías sonrieron; y a los carreteros se les vino encima una lluvia de órdenes de Scott.

-Esto es lo que acostumbran a hacer los Sahib cuando se dice la verdad en su presencia -comentó Faiz Ullah-. Va a llegar el momento en el que deba buscar nuevo servicio. Las esposas jóvenes, sobre todo las que hablan nuestra lengua y tienen conocimiento de las costumbres de la policía, causan grandes problemas a los mayordomos honestos en las cuentas semanales.

William no dijo lo que pensaba de todo aquello, pero cuando diez días más tarde su hermano llegó al campamento para recibir órdenes, y se enteró de lo que había hecho Scott, dijo echándose a reír:

-Bueno, eso lo arregla todo. Será *Bakri* Scott hasta el final de sus días -*(Bakri,* en la lengua vernácula del norte, significa cabra)-. ¡Vaya juerga! Habría dado la paga de un mes por verle alimentar a los niños del hambre. Yo di de comer a algunos *conjee* [agua de arroz], pero eso era fácil.

-Es absolutamente desagradable -respondió su hermana con los ojos ardientes-. Un hombre hace algo como... como eso... y lo que piensan de ello los demás hombres es ponerle un apodo absurdo, y luego os echáis a reír y pensáis que es divertido.

-Ah -añadió la señora Jim con simpatía.

-Bueno, *tú* no puedes hablar, William. La última estación fría bautizaste a la pequeña señorita Demby con el apodo de «Codornicilla»; sabes que lo hiciste. India es la tierra de los apodos.

-Eso es distinto -contestó William-, era sólo una jovencita, y no había hecho otra cosa que caminar como una codorniz, y lo *sigue haciendo.* Pero no es justo burlarse de un hombre.

-A Scott no le importa -dijo Martyn-. No es posible provocar al viejo Scotty. Lo he intentado desde hace ocho años, y tú sólo le conoces desde hace tres. ¿Qué aspecto tiene?

-Muy bueno -dijo William, y se marchó con las mejillas encendidas-. *¡Bakri* Scott, pues vaya! -entonces se rió para sí misma, pues conocía el país en el que estaba sirviendo. Pero aun así será *Bakri* -y lo repitió para sí misma varias veces lentamente, susurrándolo hasta que le resultó agradable.

Cuando Martyn regresó en el ferrocarril a cumplir sus deberes, extendió el apodo a lo largo y a lo ancho entre sus compañeros, por lo que recibieron con él a Scott cuando dirigió sus carros de arroz hacia la guerra. Los nativos creían que era algún título honorífico inglés, y los conductores de carretas lo utilizaban con toda simplicidad hasta que Faiz Ullah, al que no le gustaban los nombres de broma, les rompía la cabeza. Ahora había muy poco tiempo para ordeñar, salvo en los campamentos grandes a los que Jim había hecho llegar la idea de Scott, y alimentaban grandes rebaños con los inútiles cereales del norte. Había llegado a los Ocho Distritos arroz suficiente como para mantener a salvo a la gente, en caso de que se distribuyera con rapidez; y para eso nadie mejor que el importante oficial del Canal, que nunca perdía los nervios, jamás daba una orden innecesaria y en la vida cuestionaba una orden recibida. Scott seguía adelante conservando su ganado, lavándoles diariamente a los bueyes las rozaduras del cuello para no perder tiempo en el camino; se presentaba con su arroz hasta en los más pequeños cobertizos de ayuda al hambre, descargaba y regresaba rápidamente con forzadas marchas nocturnas hasta el siguiente centro de distribución, encontrando el invariable

Librodot

telegrama de Hawkins: «Vuelva a hacerlo». Y lo hizo una y otra vez, y otra vez más, mientras Jim Hawkins, a ochenta kilómetros de distancia, marcaba en un enorme mapa las huellas de sus ruedas que iban dejando una red sobre las tierras afectadas. Otros lo hicieron bien -Hawkins informó al final que todos lo habían hecho bien-, pero Scott fue el mejor, pues llevaba consigo sus buenas rupias y pagó de su bolsillo la reparación de las carretas allí donde se estropeaban, así como todo tipo de extras no considerados, confiando en recuperar el dinero más tarde. Teóricamente el Gobierno pagaría cada herradura y cada eje, cada mano empleada en la carga; pero los vales del Gobierno se pagan lentamente y los funcionarios inteligentes y eficaces escriben largas cartas rechazando gastos no autorizados de ocho annas. Aquél que desee que su trabajo sea un éxito deberá utilizar su propia cuenta bancaria o cualquier otra cosa.

-Ya te dije que trabajaría -le comentó Jimmy a su esposa al cabo de seis semanas-. Durante un año ha estado él solo a cargo de un par de miles de hombres al norte, en el Canal Mosuhl, dando menos problemas que el joven Martyn con sus diez guardias; y estoy moralmente seguro -aunque el Gobierno no reconoce las obligaciones morales- de que se ha gastado la mitad de la paga en engrasar sus ruedas. ¡Fíjate en esto, Lizzie, en sólo una semana de trabajo! Setenta kilómetros en dos días con doce carretas: una parada de dos días para construir un cobertizo de ayuda al hambre para el joven Rogers (¡el idiota de Rogers debería haberlo construido él mismo!) Después otros setenta para el regreso, cargar seis carretas en el camino y distribuirlo todo el domingo. Luego por la noche me entrega un informe semi-oficial de veinte páginas diciendo que el pueblo en el que está podría ser «ventajosamente empleado en trabajos de ayuda al paro», y sugiere ponerlos a trabajar en un antiguo embalse roto que ha descubierto, para tener un buen suministro de agua cuando lleguen las lluvias. Cree que puede calafatear la presa en quince días. Fíjate en estos esbozos del margen... ¿no son claros y buenos? ¡Sabía que era *pukka*, pero no que lo fuera tanto!

-Debo enseñárselos a William -dijo la señora Jim-. La niña se está agotando entre los bebés.

-No más que tú, querida. Bueno, en dos meses más habremos salido del bosque. Siento no tener capacidad para recomendarte para un VC [21].

Aquella noche William estuvo sentada hasta muy tarde en su tienda, leyendo página tras página de la caligrafía cuadrada, acariciando los dibujos de las reparaciones propuestas en la presa, y frunciendo el ceño sobre las columnas de cifras del suministro de agua calculado.

-Y encuentra tiempo para hacer todo esto -decía para sí misma-. Y... bueno, también yo estaba presente. He salvado a uno o dos niños.

Soñó por vigésima vez con el dios del polvo dorado y despertó recuperada para dar de comer a niños negros muy sucios, docenas de ellos, golfillos recogidos al lado del camino con los huesos traspasándoles casi la piel con un aspecto terrible y cubiertos de llagas.

A Scott no se le permitió abandonar el trabajo con las carretas, pero su carta llegó debidamente al Gobierno y tuvo el consuelo, no raro en la India, de saber que otro hombre estaba cosechando lo que él había sembrado. También eso era una disciplina provechosa para el alma.

[21] *VC.* Cruz Victoria.

-Es demasiado bueno para desperdiciarlo en los canales -dijo Jimmy-. Cualquiera sirve para vigilar a los coolies. No te enfades, William: él podría hacerlo... pero necesito mi perla entre los conductores de bueyes, y lo he trasladado a la región de Khanda, donde tendrá que volver a hacerlo todo de nuevo. Posiblemente se dirija hacia allí ahora.

-*No* es un cooli -dijo William furiosamente-. Debería estar haciendo su trabajo reglamentario.

-Es el mejor hombre de su servicio, y eso es decir mucho; pero si a ti te *gusta* utilizar navajas para cortar piedras de amolar, yo prefiero los mejores cuchillos.

-¿No es ya hora de que volvamos a verle? -preguntó la señora Jim-. Estoy convencida de que el pobre chico no ha tomado una comida respetable desde hace un mes. Probablemente se sienta en una carreta y come sardinas con los dedos.

-Todo a su debido tiempo, querida. El deber antes que el decoro... ¿no fue el señor Chucks quien dijo eso?

-No; fue Midshipman Easy[22] -contestó William echándose a reír-. A veces me pregunto cómo me sentiré cuando vuelva a bailar o escuchar una banda, o esté sentada bajo un techo. No puedo creer que haya llevado un vestido de baile en mi vida.

-Un momento -le interrumpió la señora Jim, que estaba pensativa-. Si se dirige a Khanda pasará a ocho kilómetros de donde estamos. Evidentemente se acercará por aquí.

-Oh, no, no lo hará -dijo William.

-¿Cómo lo sabes, querida?

-Le quitaría tiempo de su trabajo. No podrá hacerlo.

-Lo hará -añadió la señora Jim guiñando un ojo.

-Eso depende de él mismo. No hay absolutamente razón alguna por la que no pueda hacerlo si lo considera adecuado -añadió Jim.

-No le parecerá adecuado -dijo William sin pena ni emoción-. No sería él si lo hiciera.

-Ciertamente en tiempos como éstos uno aprende a conocer a las personas bastante bien -añadió Jim secamente; pero el rostro de William estaba tan sereno como siempre y, tal como había profetizado, Scott no se presentó.

Por fin llegaron las lluvias, tardías pero poderosas; y la tierra seca y acuchillada se convirtió en barro rojizo, y los criados mataron serpientes en el campamento, en el que todos se refugiaron durante quince días... todos salvo

Hawkins, que salía con el caballo a chapotear en el agua, disfrutando con ello. Ahora el Gobierno había decretado que se distribuyeran entre la gente semillas de cereales y adelantos de dinero para la compra de nuevos bueyes; los hombres blancos tuvieron un trabajo doble con este nuevo deber, mientras William saltaba de ladrillo en ladrillo sobre el barro, y administraba a los niños medicinas calientes con las que les frotaba los pequeños y redondos estómagos. Entretanto, las cabras lecheras prosperaban sobre la hierba. No se recibió ni una sola palabra de Scott, en la región de Khanda, hacia el sudeste, salvo los informes telegráficos regulares que enviaba a Hawkins. Los toscos caminos rurales habían desaparecido; sus conductores casi se habían amotinado; uno de

[22] *Mr Chucks ... Midshipman Easy*. Mr Chucks es un personaje de *Peter Simple (1834)*, y Midshipman Easy un personaje de la novela del mismo nombre *(1836)*, ambas del Capitán Marryat. Al principio del relato encontramos a Scott leyendo también una novela de Marryat, novelista británico *(1792-1848)*, de gran experiencia marinera y gran admiración por T. Smollett, que le inspiraron sus novelas de aventuras. Su fama fue eclipsada por la de R. L. Stevenson.

Librodot

los policías que le había prestado Martyn había muerto de cólera; y Scott tomaba treinta granos de quinina al día para combatir la fiebre que se produce cuando uno trabaja mucho bajo la lluvia; pero no consideraba necesario incluir estas cosas en el informe. Como de costumbre trabajaba desde una base de suministros situada en el ferrocarril, cubriendo un círculo de veinticinco kilómetros de radio, y como no era posible llevar cargas completas, llevaba cuartos de carga, y en consecuencia tenía que esforzarse cuatro veces más, pues no quería correr el riesgo de que se produjera una epidemia que habría llegado a convertirse en incontrolable al reunir a los aldeanos a miles en las cabañas de ayuda. Era más barato utilizar los bueyes del Gobierno, hacerles trabajar hasta la muerte y dejarlos a los cuervos en los lodazales de los lados del camino.

En esos momentos era cuando se notaban los ocho años de vida limpia y condición fuerte, aunque la cabeza de un hombre resonara como una campana hecha con madera de quino, aunque la tierra se moviera bajo sus pies cuando estaba levantado y bajo la cama cuando dormía. Si Hawkins había considerado apropiado convertirle en conductor de bueyes, pensaba que eso era totalmente asunto de Hawkins. Habría hombres en el norte que sabrían lo que él había hecho; hombres con treinta años de servicio en su propio departamento que dirían que eso no estaba «mal del todo»; y por encima, inconmensurablemente por encima de todos los hombres de todas las graduaciones, estaba William en lo más reñido del combate, quien lo aprobaría porque entendía. Había entrenado su mente para ceñirse a la rutina mecánica del día, aunque su voz le sonara extraña en los oídos, y al escribir sus manos estaban grandes como almohadas o pequeñas como guisantes al final de las muñecas. Esa firmeza condujo su cuerpo a la oficina del telégrafo de la estación de ferrocarril y dictó un telegrama a Hawkins diciendo que la región de Khanda estaba ahora a salvo, según su juicio, y «esperaba nuevas órdenes».

Al funcionario de telégrafos de Madrás no le pareció bien que un hombre grande y demacrado se desmayara y cayera sobre él, pero no tanto por el peso sino por los insultos y golpes que le dedicó Faiz Ullah cuando encontró el cuerpo enrollado bajo un banco. Entonces Faiz Ullah consiguió mantas, edredones y cobertores, de donde él supo encontrarlos, y se agachó bajo ellos al lado de su amo, le ató los brazos con las cuerdas de una tienda, le llenó de una horrible cocción de hierbas, encomendó a los policías que le impidieran escapar del intolerable calor de las mantas y cerró la puerta de la oficina de telégrafos para mantener alejados a los curiosos durante dos noches y un día; y cuando un tren ligero bajó por la vía, y Hawkins entró dando una patada en la puerta, Scott le saludó débilmente, pero con una voz natural, y Faiz Ullah retrocedió y se hizo acreedor de todos los merecimientos.

-Durante dos noches, por la divinidad, estuvo *paga,* [23] -dijo Faiz Ullah-. Mire mi nariz, y contemple el ojo del policía. Nos golpeó con las manos atadas; pero nos sentamos sobre él, por la divinidad, y aunque sus palabras eran *tez* [24] le hicimos sudar. ¡Por la divinidad, nunca nadie sudó tanto! Ahora está más débil que un niño; pero la fiebre ha desaparecido de él, por la gracia de Dios. Sólo queda mi nariz y el ojo del policía. Sahib, ¿he de pedir mi licenciamiento porque mi Sahib me ha golpeado?

Faiz Ullah, tras decir aquello, puso cuidadosamente su larga y delgada mano sobre el pecho de Scott, para convencerse de que la fiebre había desaparecido, antes de salir a

[23] *Pagal.* Loco.
[24] *Tez.* Fuerte, caliente, ardiente.

abrir sopas de lata y desanimar a los que se rieran de su nariz hinchada.

-La región está bien -susurró Scott-. Esto no ha influido para nada. ¿Recibió mi telegrama? Estaré bien en una semana. No puedo entender cómo ha sucedido. Estaré bien en unos días.

-Se viene al campamento con nosotros -dijo Hawkins.

-Pero mire aquí... pero...

-Todo ha terminado salvo los gritos. Ya no necesitamos a los punjabíes. Por mi honor que no los necesitaremos. Martyn regresa en unas semanas; Arbuthnot ya regresó; Ellis y Clay están dando los últimos toques a una nueva vía de alimentación que construye el Gobierno como trabajos de ayuda al paro. Morten ha muerto... pero era un hombre de Bengala; no debía conocerle. Le doy mi palabra de que usted y Will -la señorita Martyn- parecen haber pasado por esto tan bien como cualquiera.

-Ah, ¿cómo está ella? -su voz subía y bajaba al hablar.

-Cuando la dejé estaba en gran forma. Las misiones católicas romanas están adoptando a los niños que no han sido solicitados para convertirlos en pequeños sacerdotes; la misión de Basil se está quedando con algunos, y las madres se llevan el resto. Debería haber oído aullar a los pequeños bribones cuando les apartaban de William. Ella se encuentra un poco cansada, pero así estamos todos. ¿Cuándo cree que podrá moverse?

-No puedo ir al campamento en este estado. No iré -contestó de mal humor.

-Bueno, *está* usted digno de ver, pero por lo que pude deducir allí me parece que se alegrarán de verle en cualquier condición. Yo me encargaré de su trabajo aquí, si le parece bien, un par de días, y así podrá rehacerse mientras Faiz Ullah le alimenta.

Scott podía caminar, aunque mareado, cuando terminó la inspección de Hawkins, y se sonrojó cuando Jim dijo que su trabajo en la región «no había sido del todo malo», y además añadió que había considerado a Scott su mano derecha durante todo el período de hambre, y consideraba su deber decirlo así oficialmente.

Regresaron por tanto al antiguo campamento por ferrocarril; pero no había multitudes a su lado, los fuegos alargados de las zanjas se habían apagado, y los cobertizos de ayuda al hambre estaban casi vacíos.

-¡Ya ve! -exclamó Jim-. No nos queda mucho por hacer. Será mejor que monte a caballo y vaya a ver a mi esposa. Le han preparado una tienda. La cena es a las siete. Nos veremos.

Cabalgando a paso lento, con Faiz Ullah junto al estribo, Scott llegó adonde estaba William vestida con el traje de montar de calicó marrón, sentada en la puerta de la tienda que servía de comedor, con las manos en el regazo, tan blanca como la ceniza, delgada y fatigada, sin brillo en el pelo. No existía ninguna señora Jim en el horizonte y lo único que pudo decir William fue:

-¡Válgame Dios, qué aspecto tan fatigado!

-He tenido un poco de fiebre. Tampoco usted parece encontrarse muy bien.

-Oh, estoy bastante en forma. Hemos acabado con el hambre. Imagino que lo sabrá.

Scott asintió.

-Todos habremos regresado en unas semanas, así me lo dijo Hawkins. -La señora Jim dice que antes de Navidad. ¿No le alegra regresar? Ya puedo oler el humo de la leña -comentó William olfateando-. Llegaremos a tiempo para todas las tareas navideñas. Supongo que ni siquiera el Gobierno del Punjab es tan rastrero como para no transferir a

Jack hasta Año Nuevo.

-Parece que hace cientos de años... de lo del Punjab y todo eso... ¿no le parece? ¿Se alegra de haber venido?

-Ahora que todo ha terminado, sí. Aquí ha sido terrible. Ya sabe que teníamos que quedarnos sentadas sin hacer nada, y Sir Jim estaba fuera tanto tiempo.

-¡Sin hacer nada! ¿Cómo le fue ordeñando las cabras?

-Conseguí hacerlo de algún modo... después de que usted me enseñara. Una agitación apenas audible detuvo la conversación. Pero todavía no era la señora Jim.

-Eso me recuerda que le debo cincuenta rupias de la leche condensada. Pensé que quizás habría venido aquí cuando le transfirieron a la región de Khanda, y que habría podido pagarle entonces; pero no lo hizo.

-Pasé a ocho kilómetros del campamento. Estaba en mitad de una marcha, como comprenderá, y las carretas se rompían cada pocos minutos; no pude conseguir llegar hasta las diez de aquella noche. Pero deseaba mucho venir aquí. Usted sabe que lo deseaba, ¿no es así?

-Yo... creo... que yo... lo deseaba -dijo William mirándole directamente a los ojos. Ya no estaba blanca.

-¿Lo entendió?

-¿El que no viniera? Por supuesto que lo entendí. -¿Por qué?

-Porque no podía hacerlo, por supuesto. Eso ya lo sabía. -¿Le importó?

-Si hubiera venido... pero sabía que no lo haría... pero si *hubiera* venido, me habría importado mucho. Ya sabe usted que sí.

-¡Gracias a Dios que no lo hice! ¡Ay, pero cómo lo deseaba! No podía permitirme venir con el caballo por delante de las carretas porque tenía que vigilarlas mientras avanzaban lentamente, ¿comprende?

-Sabía que no lo haría -afirmó William con tono alegre-. Aquí están sus cincuenta.

Scott se adelantó y besó la mano que sostenía los billetes sucios. Ella le palmeó torpe pero tiernamente en la cabeza.

-Y *usted* también lo sabía, ¿no? -preguntó William con una voz nueva.

-No, por mi honor que no. Tuve la... desfachatez de esperar algo así, salvo... ¿me equivoco si digo que estaba usted montando a caballo por el campo el día que pasé cerca de aquí camino de Khanda?

William asintió y sonrió a la manera de un ángel sorprendido en una buena acción.

-Entonces fue sólo un punto lo que vi con su traje en...

-El bosque de palmeras al sur del camino de carretas. Vi su casco cuando subió desde el *nullah* [25] que había junto al templo... sólo lo suficiente para estar segura de que se encontraba bien. ¿Le importa?

Esta vez Scott no le besó la mano, pues estaban en la oscuridad de la tienda cenador, y como a William le temblaban las rodillas, tuvo que sentarse en la silla más cercana, donde lloró mucho tiempo, felizmente, con la cabeza apoyada en los brazos. Y cuando Scott imaginó que sería bueno consolarla, ella no necesitaba consuelo alguno, y corrió hasta su propia tienda; entonces Scott salió al mundo y le sonrió mucho tiempo, como un idiota. Cuando Faiz Ullah le trajo una bebida, a Scott le fue necesario cogerla con las dos manos para que el buen whisky y la soda no se derramaran al suelo. Hay fiebres, y hay

[25] *Nullah.* Curso de agua, barranco, lecho de río.

Librodot

fiebres.

Pero fue peor, mucho peor, en la cena, con la conversación y las miradas tensas que se evitaban hasta que se retiraron los criados, y peor todavía cuando la señora Jim, que había estado a punto de llorar desde la cena, besó a Scott y a William y bebieron una botella entera de champán, caliente porque no había hielo, y Scott y William se sentaron fuera de la tienda bajo la luz de las estrellas hasta que la señora Jim les hizo entrar por miedo a que cogieran más fiebre.

A propósito de estas cosas, y de algunas otras, William dijo:

-Estar comprometida es abominable, porque una no tiene posición oficial, ¿entiende? Debemos dar gracias de tener muchas cosas que hacer.

-¡Cosas que hacer! -exclamó Jim cuando le contaron eso-. Ya no se puede sacar nada bueno de ninguno de ellos. Scott no es capaz de trabajar ni cinco horas al día. La mitad del tiempo está en las nubes.

-Ay, pero es tan hermoso mirarles, Jimmy. Cuando se vayan se me romperá el corazón. ¿No puedes hacer nada por él?

-He dado al Gobierno la impresión -al menos espero haberla dado- de que él dirigió personalmente la lucha contra el hambre. Pero lo único que quiere es conseguir las obras del Canal de Luni, y William es igual que él. ¿No les has oído hablar de presas, esclusas y aguas de descarga? Imagino que es su estilo de hacerse carantoñas.

-Ah, eso es en los intervalos -respondió la señora Jim sonriendo tiernamente-. Benditos sean.

Y así el amor recorrió el campamento sin contratiempos a plena luz del día mientras los hombres recogían las piezas y se las llevaban de las Ocho Regiones del hambre.

La mañana trajo el frío penetrante del diciembre en el norte, las capas de humo de leña, el azul gris polvoriento de los tamariscos, las bóvedas de las tumbas en ruinas y el olor de las llanuras blancas septentrionales mientras el tren correo corría sobre el Puente de Sutlej, de más de kilómetro y medio de longitud. William, envuelta en una *poshteen* -una chaqueta de piel de oveja bordada con seda y adornada con astracán- miraba hacia el exterior con ojos húmedos y las ventanas de la nariz gozosamente dilatadas. Había desaparecido el sur de las pagodas y los palmerales, el pobladísimo sur hindú. Allí estaba la tierra que ella conocía y amaba, y ante ella se abría la buena vida que entendía entre gentes de su casta y mentalidad.

Recogían gente en casi todas las estaciones: hombres y mujeres que iban a pasar la semana de Navidad con raquetas, los bultos de los palos de polo, los queridos y gastados bates de criquet, fox-terriers y sillas de montar. Casi todos llevaban chaquetas como la de William, pues con el frío del norte se puede jugar tan poco como con su calor. Y William estaba entre ellos y era una de ellos, con las manos metidas en los bolsillos, y el cuello subido para cubrirse las orejas, pateando el suelo de la plataforma para calentarse mientras caminaba arriba y abajo, visitándoles de un compartimento a otro, y todo el mundo congratulándose de ello. Scott estaba con los solteros en el otro extremo del tren, donde se burlaban de él sin piedad por la alimentación de los niños y las cabras ordeñadas; pero de vez en cuando iba hasta la ventanilla de William y murmuraba:

-Todo va bien, ¿verdad?

-La verdad es que muy bien -respondía William con suspiros de puro placer.

Resultaba agradable escuchar los nombres grandes y abiertos de las ciudades.

Librodot

Umballa, Ludhiana, Phillour, Jullundur sonaban en sus oídos como las próximas campanadas de la boda, y William se sentía profunda y verdaderamente apenada por todos los extranjeros y las gentes de fuera: los visitantes, los turistas, y los que acababan de llegar para servir en el país.

Fue un regreso glorioso, y cuando los solteros dieron el baile de Navidad, William fue, podríamos decir que no oficialmente, la invitada principal y de honor entre los organizadores, que sabían arreglar las cosas muy agradablemente para sus amigos. Ella y Scott bailaron juntos casi todas las piezas, y el resto del tiempo se sentaron en la amplia y oscura galería desde la que se dominaba el soberbio suelo de teca, donde brillaban los uniformes, resonaban las espuelas y los vestidos nuevos y los cuatrocientos bailarines daban vueltas y vueltas hasta que las banderas colgadas de las columnas aleteaban y se agitaban por el torbellino que formaban los danzantes.

Hacia la medianoche media docena de hombres a quienes no les importaba el baile vinieron desde el Club para interpretar villancicos, y antes de que nadie supiera lo que había sucedido -pues era una sorpresa que habían preparado los organizadores--, la banda dejó de tocar y unas voces ocultas empezaron a cantar el «Buen Rey Wenceslao», y William, desde la galería, silbó y llevó el compás con los pies:

> Fíjate bien en mis huellas, paje mío,
> síguelas audazmente.
> ¡Descubrirás que la furia del invierno
> no congela tan fríamente tu sangre!

-¡Oh, espero que canten otra! ¿No resulta hermoso saliendo así de la oscuridad? Mira... fíjate allí. ¡Allí está la señora Gregory frotándose los ojos!
-Es como en casa -dijo Scott-. Me acuerdo...
-¡Calla! ¡Escucha!... querido.
Y el canto empezó de nuevo:

> Cuando los pastores observaban de noche los ganados...

-¡Ay! Exclamó William acercándose más a Scott.

Todos sentados en el suelo,
descendió el Ángel del Señor,
y en los alrededores brilló la gloria.
«No temáis» dijo él (pues grandes temores
habían ocupado sus mentes turbadas);
«grandes alegrías os traigo
a vosotros y a toda la humanidad».
Esta vez fue William la que se secó los ojos.

UN DELEGADO AMBULANTE

De acuerdo con la costumbre imperante en Vermont, la tarde del domingo es el momento de la sal en la granja, y a menos que haya sucedido algo muy importante nos ocupamos de ello personalmente. Dave y Pete, los bueyes rojos, son atendidos primero; se quedan en el prado cercano preparados para el trabajo del lunes. Luego vienen las vacas y Pan, el ternero, que debería haberse convertido en carne hace tiempo pero sobrevivió por sus maneras; y finalmente los caballos, esparcidos por los setenta acres de Back Pasture.

Hay que bajar al riachuelo que alimenta el agua burbujeante y sonora de la acequia; subir por entre los matorrales de azúcar donde la vegetación de los arces jóvenes te rodea como si fuera un mar sin profundidad; después hay que seguir la débil línea de un antiguo camino rural que pasa entre dos oquedades verdes bordeadas de rosales silvestres, que señalan los sótanos de dos casas derruidas; más tarde se pasa junto a Lost Orchard, adonde no va nadie salvo en la época de la sidra; y luego se cruza otro riachuelo y se ha llegado a Back Pasture. La mitad la ocupan pinos, abetos del país y abetos del Canadá, con pequeños arbustos de zumaque y enebro, y la otra mitad es de roca grisácea, piedras y musgo, con vetas de helechos y áreas pantanosas; pero a los caballos les gusta mucho: a los nuestros y a otros que dejan allí para que coman al precio de cincuenta centavos la semana. Casi toda la gente va andando hasta Back Pasture, y es un trabajo bastante duro; pero puede llegarse en calesín siempre que el caballo sepa lo que se espera de él. El vehículo más seguro es nuestro coupé. Empezó su vida como vehículo sin ballestas y se lo compramos por cinco dólares a un apenado hombre que no tenía ninguna otra posesión; el asiento se desprendió una noche en la que tomamos una curva a toda velocidad. Tras esa alteración se convirtió en una buena máquina de repartir sal, si uno se sujeta fuerte, pues no hay ningún sitio en donde poner los pies si te caes de las crujientes tablillas.

Una tarde de domingo fuimos a allí, como de costumbre, con la sal. Hacía un calor sofocante y no pudimos encontrar los caballos hasta que dejamos que nos guiara Tedda Babler, la yegua de cola corta que mueve el polvo con sus grandes cascos exactamente igual que una oreadora lanzando el heno. Como es muy lista, tiró del coupé por encima de un torrente oculto antes de salir a una repisa rocosa en la que se habían reunido todos los caballos y estaban ahí espantando moscas con el rabo. El Deacon fue el primero en llamarla. Es una caballo de cuatro años de color de hierro grisáceo muy oscuro, hijo de Grandee. Fue utilizado desde que tenía dos años, tiró de un carro ligero antes de cumplir los tres y ahora se le considera como un caballo para damas absolutamente seguro, a prueba contra apisonadoras, pasos a nivel y procesiones callejeras.

-¡La sal! -exclamó Deacon gozosamente-. Llegas tarde, Tedda.

-¿Hay... algún sitio en donde dejar el coupé? -preguntó Tedda jadeando-. Es terrible tirar de él con este tiempo. Habría llegado antes, pero ellos no sabían lo que querían... en absoluto. Se cayeron dos veces cada uno de ellos. No entiendo cómo pueden ser tan tontos.

-Pareces considerablemente acalorada. Creo que será mejor que lo dejes bajo los pinos y te refresques un poco.

Tedda cruzó la repisa rocosa y dejó el coche a la sombra de un bosquecillo de pinos mientras mi compañero y yo bajábamos sobre las agujas sedosas y marrones y nos

Librodot

quedábamos boquiabiertos. Todos los caballos de la casa se habían reunido a nuestro alrededor, disfrutando de su tiempo libre dominical.

Allí estaban Rod y Rick, los mayores de la granja. Eran la pareja reglamentaria para los caminos, bayos con puntas negras, hermanos, mayores e hijos de un caballero de Hambleton y una dama de Morgan. Y estaban también Nip y Tuck, de color pardo claro, de seis años, hermano y hermana, cuervos negros de nacimiento, perfectamente armonizados, a punto de terminar su educación y una pareja tan hermosa como cualquier hombre podía desear encontrar en un viaje de cuarenta millas. Estaba Muldoon, nuestro antiguo caballo de tiro, vendido a la ventura y de cualquier color que pueda pensarse salvo el blanco; y Tweezy, procedente de Kentucky, con una afección en la cadera izquierda que le produce cierta incertidumbre en el movimiento de los cuartos traseros. Muldoon y él habían estado acarreando gravilla para nuestro camino nuevo toda la semana. A Deacon ya lo conocéis. Y finalmente, comiendo algo, estaban nuestro fiel Marcus Aurelius Antoninus, el caballo negro de la calesa, que nos había servido con todo tipo de tiempo y de caminos, el caballo que estaba siempre enjaezado delante de una u otra puerta: un filósofo con el apetito de un tiburón y las maneras de un arzobispo. Tedda Babler era una nueva adquisición, con una reputación de errores que en realidad era consecuencia de la mala enseñanza. Tenía una andadura de trabajo que podía mantener todo el tiempo que quisiera; un morro romano; ojos grandes y prominentes; cola afeitada; y temperamento irritable. Tomó su sal entre las bridas; pero los demás se acercaron al trote hociqueando hasta que echamos la sal sobre las rocas. Todos se encontraban cómodamente en pie, sobre tres patas la mayor parte del tiempo, charlando acerca de los temas habituales en Back Pasture -la escasez de agua, los huecos abiertos en las vallas y las frutas caídas tempranamente que daban sabor a la estación- cuando el pequeño Rick sopló los últimos gramos de su ración en una grieta y dijo:

-¡Aprisa, muchachos! Ese remedo de caballo tiene que andar por aquí.

Escuchamos un resonar de cascos y apareció subiendo desde el barranco un transeúnte de cincuenta centavos: la estructura de un caballo amarillo de ojos planos que se hospedaba allí enviado desde unas caballerizas de alquiler de la ciudad, donde le llamaban «el Cordero», y nunca le dejaban salir salvo de noche y con desconocidos. Mi compañero, que conocía a la mayoría de los caballos, vio cómo se levantaba su cabeza golpeada y dijo tranquilamente:

-Bonito animal. Devorador de hombres si tiene la oportunidad... fíjate en su mirada. Y también coceador... mira sus corvejones. Un caballo occidental.

El animal avanzaba con paso pesado, gruñendo y respirando ruidosamente. Sus patas mostraban que no había trabajo desde hacía muchísimas semanas, y nuestros animales se acercaron significativamente.

-Como de costumbre -dijo él con tono despreciativo-. Bajando la cabeza ante el Opresor, que viene a pasar su tiempo libre disfrutando mientras os contempla.

-Mi ración se acabó-dijo Deacon lamiendo los restos de su sal y dejando caer el hocico en la mano de su amo, mientras cantaba una gracia para sí mismo. Deacon tenía las maneras más encantadoras que cualquiera pueda ver.

-Y adulándoles por lo que es vuestro derecho inalienable. Resulta humillante -dijo el caballo amarillo mientras olisqueaba para ver si podía encontrar algunos granos de sal.

-Márchate entonces colina abajo, Boney -contestó Deacon-. Imagino que todavía encontrarás algo que comer, si ya no lo has devorado todo. Hoy habrás comido más que

Librodot

cualquiera de nosotros tres... y también ayer... y los últimos dos meses, desde que has estado por aquí.

-Yo no hablo con los jóvenes e inmaduros. Hablo con aquellos cuya opinión y experiencia exigen respeto.

Vi que Rod levantaba la cabeza como si fuera a hacer algún comentario; entonces la dejó caer de nuevo y se quedó sobre tres patas, como un caballo de arar. En un camino y un vehículo ordinarios, Rod podía cubrir su milla en menos de tres minutos. Es de un poder tremendo en sus cuartos traseros, pero como la mayoría de los de Hambleton se vuelve un poco malhumorado al envejecer. Rod no le gusta mucho a nadie; pero nadie puede dejar de respetarle.

-Me gustaría despertar en *esos* un sentido permanente de sus errores, sus injurias y sus ultrajes.

-¿Cómo es eso? -preguntó Marcus Aurelius Antoninus soñadoramente, pues creía que Boney estaba hablando de algún tipo de comida.

-Y cuando hablo de ultrajes e injurias, es de eso de lo que hablo -añadió Boney agitando furiosamente la cola-. ¡Por la gran avena! Es precisamente de eso de lo que hablo, clara y sencillamente.

-El caballero habla con mucha seriedad -le dijo Tuck, la yegua, a Nip, su hermano-. No cabe duda de que está pensando en ampliar el horizonte de la mente. Su lenguaje es realmente elevado.

-Calla, hermanita -respondió Nip-. Ése no ha ampliado nada salvo el círculo en donde pasta. De donde viene dan palabras en lugar de comida.

-Sin embargo es una conversación elegante -replicó Tuck agitando sin convencimiento su hermosa y pequeña cabeza.

El caballo amarillo la oyó y adoptó una actitud que él deseaba fuera extremadamente impresionante. En realidad le hacía parecer como si estuviera mal disecado.

-Y ahora os pregunto, os lo pregunto sin prejuicios y sin favores: ¿qué ha hecho nunca por vosotros el Hombre Opresor? ¿No tenéis un derecho inalienable al aire libre de los cielos, y a resoplar por esta interminable pradera?

-¿Has pasado alguna vez el invierno por aquí? -preguntó alegremente Deacon mientras los demás reían disimuladamente . Hace bastante fresquito.

-Todavía no -respondió Boney-. Procedo de los confines ilimitados de Kansas, donde los más nobles de los nuestros tienen su lugar permanente entre los girasoles, allí donde el sol se pone en toda su gloria.

-¿Y te han enviado por delante como muestra? -preguntó Rick moviendo divertidamente su cola larga y hermosamente peinada, tan gruesa, bella y ondulante como el pelo de atrás de un cuarterón.

-Kansas, señor, no necesita publicidad. Sus hijos nativos confían en sí mismos y en sus señores nativos. Así es, señor.

En ese momento Tweezy levantó su vieja cara sabia y cortés. Su afección de cadera le volvía vergonzoso como norma, pero siempre ha sido el más cortés de los caballos.

-Excúseme, señor -intervino hablando con lentitud-. Pero a menos que haya estado mal informado la mayor parte de sus hermanos han sido importados de Kentucky; *y yo soy* de Paduky.

En esas últimas palabras había una ligerísima connotación de orgullo.

-Cualquier caballo que sepa de qué va la cosa -intervino de pronto Muldoon (se había

mantenido en pie apoyando su velluda barbilla en los anchos cuartos de Tweezy)-, se marcha de Kansas antes de que se le acalambren las patas. Fui enviado allí desde Iowa en los tiempos de mi juventud e inocencia, y me sentí muy agradecido cuando me metieron en un vagón y me enviaron a Nueva York. No puede decirme nada sobre Kansas que no prefiera olvidar. Los establos de Belt Line [1] no son Hoffman House, pero tampoco son los Vanderbilt que hay a lo largo de Kansas.

-Lo que piensan hoy los caballos de Kansas lo pensarán mañana los de toda América; y puedo decirle que cuando los caballos de América se levanten en todo su poder habrá terminado el día del Opresor.

Se produjo una pausa hasta que, soltando un pequeño gruñido, intervino Rick:

-Si así lo expresa, todos tenemos derecho por nuestro poder, salvo quizás Marcus. Marky: ¿te has levantado alguna vez en tu poder?

-Ni hablar -contestó Marcus Aurelius Antoninus al tiempo que pensativamente se comía un bocado de hierba-. Pero he visto intentarlo a un montón de estúpidos.

-¿Admite que tiene derechos? -preguntó con excitación el caballo de Kansas-. ¿Entonces por qué razón en Kansas iba siempre debajo?

-Un caballo no puede estar hablando *todo* el tiempo con las patas traseras -explicó Deacon.

-No cuando le sacuden el lomo antes de que sepa lo que ha sucedido. Todos lo hemos hecho, Boney -dijo Rick-. Nip y Tuck lo intentaron, a pesar de lo que Deacon les había dicho; y Deacon lo intentó, a pesar de lo que Rod y yo le dijimos; y Rod y yo lo intentamos a pesar de lo que nos dijo Grandee; e imagino que Grandee lo intentó a pesar de lo que le había dicho su madre. Es siempre el mismo viejo circo de generación en generación. Los potros no pueden entender la razón de que alguien se les suba encima. Y entonces como siempre se levantan sobre las patas traseras. Como siempre la vieja sensación de que esa vez les has ganado. El mismo pequeño tirón en la boca cuando eres bueno y alto. El mismo acto de Pegaso preguntándote dónde caerás. El mismo latigazo cuando das en el suelo con la cabeza allí donde deberías tener la cola, y todo el interior se te sacude como si estuviera hecho de puré de salvado. La misma vieja voz en tu oído: «Estúpido, ¿qué pensabas conseguir con eso?» En esta granja hemos acabado con eso de levantarnos en nuestro poder. Vamos unidos o de uno en uno, según tiren de nosotros.

-Y el Hombre Opresor os contempla con satisfacción, lo mismo que está haciendo ahora. ¿No ha sido ésa su experiencia, señora?

Esta última observación estaba dirigida a Tedda, y no hacía falta ni la mitad de un ojo para darse cuenta de que la pobre, vieja, ansiosa y nerviosa Tedda, coceando para ahuyentar las moscas, debía tener detrás una juventud salvaje y tumultuosa.

-Depende del hombre -respondió ésta cambiando su peso de una pata a otra y dirigiéndose a los caballos de la casa-. Abusaron un poco de mí cuando era joven. Supongo que era algo nerviosa y animosa, pero eso no lo tuvieron en cuenta. Sucedió en el Condado de Monroe, Nueva York, y desde entonces hasta que llegué aquí he ido con más hombres de los que cabrían en una pensión. Bueno, el hombre que me vendió aquí le dijo al jefe: «Date por advertido. No será falta mía si te arroja al camino. No la lleves en un coche encapotado ni con anteojeras, ni con bocado, si es que quieres regresar a casa detrás de ella». Y la primera estupidez que hizo el jefe fue ponerme a tirar del coche

[1] *Belt Line.* Línea de tranvías de Nueva York.

Librodot

encapotado.

-No puedo decir que me gusten los coches encapotados -intervino Rick-. No tienen un buen equilibrio.

-Permitidme un momento -intervino Marcus Aurelius Antoninus-. Un coche encapotado significa que detrás va un niño, y yo me detengo mientras la mujer recoge hermosas flores... sí, y también como un bocado. Todas las mujeres dicen que a mí hay que mimarme, y... no me gusta llevarlas cosas hasta el límite.

-Desde luego que no tengo prejuicios contra un coche encapotado en tanto en cuanto pueda verlo -retomó rápidamente Tedda su discurso-. Lo que *me* ataca los nervios es ver a medias, tras las anteojeras, esa molesta cosa sacudiéndose detrás de mí. Luego el jefe miró el bocado con el que me habían vendido y dijo: «¡Por los hermanos y la Navidad! ¡Esto acabaría hasta con un percherón!» Luego me puso un freno de barras sencillo y lo ajustó como si me quedara algo de sensación en la boca.

-¿Y le pasó algo, señorita Tedda? -preguntó Tuck, que tenía una boca como de terciopelo y lo sabía.

-Quizás me pasara, señorita Tuck, pero lo he olvidado. Luego me dio una brida abierta, ése es mi estilo, y... no sé si tengo derecho a decirlo... me dio... un beso.

-¡Caramba! -exclamó Tuck-. Por mis zapatos que no sé por qué algunos hombres serán tan frescos.

-Bueno, hermanita -intervino Nip-. ¿Por qué actúas así? *A ti* te daban siempre un beso a la hora de tirar.

-Bueno, tampoco era necesario contarlo, rico -contestó Tuck lanzando una coz y un grito.

-He oído hablar de besos, desde luego -siguió diciendo Tedda-. Pero no los he encontrado demasiadas veces en mi camino. No me importa contar que me devolvieron a aquel hombre, capaz de encender petardos sobre mi silla. Y entonces salimos con bromas, ya que no con besos, y no había dado tres pasos cuando comprendí que el jefe conocía su negocio, y confiaba en mí. Así que estudié para complacerle y nunca sacó el látigo por causa de la prisa -un látigo me distrae totalmente-, y el resultado de todo eso fue que... bueno, hoy he venido a Back Pasture y el coupé se ha inclinado una o dos veces, y he tenido que esperar cada vez para que lo pusieran bien. Podéis juzgar por vosotros mismos. No pretendo ser mejor que mis vecinos -sobre todo con la cola cortada así-, pero quiero que todos sepáis que Tedda ha dejado de luchar, con arneses o sin ellos, salvo cuando hay en el pasto un estúpido rellenándose el estómago con la pensión a la que no tiene derecho, porque no se la ha ganado.

-¿Se refiere a mí, señora? -preguntó el caballo amarillo.

-Quien se pica ajos come -contestó Tedda con un bufido-. *Yo* no he dado nombre alguno, aunque seguramente algunos tipos son lo bastante mediocres y codiciosos como para hacerlo.

-Hay mucho que perdonar a la ignorancia -contestó el caballo amarillo con una mirada horrible en sus ojos azules.

-Parece ser que sí; pues si no algunos habrían sido coceados por todo el pasto nada más llegar... con derecho de pensión o sin ella.

-Pero lo que usted *no* entiende, y excúseme, señora, es que el principio mismo de la servidumbre, que incluye el mantenimiento y la alimentación, parte de una base radicalmente falsa; y me enorgullece decir que yo y la mayoría de los caballos de Kansas

pensamos que todo el asunto debería ser relegado al limbo de las supersticiones explotadas. Afirmo que somos demasiado progresistas para eso. Afirmo que sabemos demasiado para eso. Sirvió mientras no habíamos aprendido a pensar, pero ahora... ¡ahora se ha levantado en el horizonte una nueva luminaria!

-¿Te refieres a ti? -preguntó Deacon.

-Los caballos de Kansas me siguen con sus multitudinarios y resonantes cascos, y decimos, de manera simple pero grandiosa, que con nuestras cuatro patas aceptamos firmemente la posición de los derechos inalienables del caballo, pura y simplemente -el elevadísimo hijo de la naturaleza, alimentado por la misma hierba ondulante, refrescado por el mismo arroyo cantarín-. Sí, y calentado por el mismo generoso sol que cae imparcialmente sobre el exterior y el interior de la consentida máquina de trotar, o los hinchados caballos de coupé de vuestras ciudades orientales. ¿Es que no somos de la misma carne y sangre?

-¡Ni por un saco y medio! -exclamó Deacon quedándose casi sin aliento-. Grandee no estuvo nunca en Kansas.

-¡Caramba! ¿No fue elegante eso de la hierba ondulante y los arroyos cantarines? -susurró Tuck en la oreja de Nip-. Creo que el caballero es verdaderamente convincente.

-¡Pues yo digo que *somos* de la misma carne y sangre! ¿Y debemos ser separados unos de otros, los caballos, por las barreras artificiales de un registro de trote, o hemos de mirarnos por encima unos a otros por la fuerza de los dones de la naturaleza, por tener unos centímetros de más bajo las rodillas o unos cuartos traseros ligeramente más poderosos? ¿De qué os sirven a vosotros eso que son ventajas para ellos? El Hombre Opresor viene y ve que probablemente tenéis buen aspecto, y os muele a trabajar hasta que os caéis al suelo. ¿Y para qué? ¡ Por su propio placer; por su propia conveniencia! Jóvenes y viejos, negros y bayos, blancos y grises, no hay que hacer distinciones entre nosotros. ¡Todos somos machacados bajo los dientes implacables de los motores de la opresión!

-Al bajar de la colina se le ha debido romper la grupera del arnés -dijo Deacon-. Posiblemente el camino estaba resbaladizo, y la calesa se le echó encima, y él no supo cómo retenerla. Pero eso no son dientes. O a lo mejor un eje roto le golpeó.

-Y vengo a vosotros desde Kansas, ondeando la cola de la amistad a todos y cada uno de vosotros, en el nombre de incontables millones de caballos de mente pura y alto espíritu que luchan ahora para dirigirse hacia la luz de la libertad, y os pido que os frotéis el hocico con nosotros en nombre de nuestra sagrada y santa causa. El poder es vuestro. Afirmo que sin vosotros el Hombre Opresor no puede moverse de un sitio a otro. Sin vosotros no puede cosechar, no puede sembrar, no puede arar.

-¡Pues sí que debe ser un sitio raro ese Kansas! -intervino Marcus Aurelius Antoninus-. Por lo visto cosechan en primavera y aran en otoño. Imagino que será bueno para ellos, pero a mí ese orden de las cosas me marea un poco.

-E1 producto de vuestro infatigable trabajo se pudriría en el suelo si por debilidad no consintierais en ayudarles. ¡Pues que se pudra, digo yo! ¡Dejad que el amo os llame en los establos en vano, para siempre! ¡Que agite en vano bajo vuestro hocico su tramposa avena! ¡Que las gallinas bramaputras utilicen la calesa para colgarse, y las ratas hagan algaradas alrededor de la cosechadora!

¡Que el hombre camine sobre sus dos pies hasta que se caiga de fatiga! ¡Que no vuelvan a ganar para su placer más razas destructoras del alma! Entonces, y sólo

Librodot

entonces, sabrá cuál es su lugar el Hombre Opresor. ¡Abandonad el trabajo, esclavos y pacientes compañeros! ¡Cocead por delante! ¡Cocead por detrás! ¡Corcovead! ¡Dejaos caer sobre los ejes! ¡Aplastad y destruid! El conflicto será breve, y la victoria es segura. Después de eso podremos presionar para hacer valer nuestro derecho inalienable a diez kilos de avena al día, dos buenas mantas, una mosquitera y los mejores establos.

El caballo amarillo cerró sus dientes amarillos con un chasquido triunfal, y entonces, dando un suspiro, Tuck dijo:

-Parece como que hubiera que hacer algo. No parece del todo correcto, el oprimirnos y todo eso, según mi manera de pensar. Con voz lejana y somnolienta, respondió Muldoon:

-¿Y quién va a tirar en Vermont del carro con la avena inalienable? Pesará como la colina de Sam, y una ración de sesenta sacos no durará aquí ni tres semanas. ¡Y luego está el heno de los cinco meses de invierno!

-Podremos establecer esos detalles menores cuando hayamos ganado la gran causa -contestó el caballo amarillo-. Regresemos de manera simple pero grandiosa a nuestros derechos inalienables: el derecho a la libertad en estas verdes colinas sin injustas distinciones de paso y pedigrí.

-¿Y a qué diablos llamas tú distinción injusta? -preguntó muy tieso Deacon.

-Por una parte, ser un caballo trotón hinchado y consentido sólo porque se ha crecido de esa manera, y no se puede evitar trotar como tampoco comer. -¿Sabes tú algo sobre los trotones? -preguntó Deacon.

-Los he visto trotar, y eso ha sido suficiente para mí. No quiero verlo nunca más. El trote es inmoral.

-Vaya, pues voy a decirte algo. No se hinchan y jactan y no son mimados... en exceso. No pretendo ser yo mismo un trotón, aunque estoy en libertad de decir que tuve esperanzas en ese sentido, en otro tiempo. Pero lo que sí digo, pues les he visto entrenar, es que un trotón no trota con las patas, sino con la cabeza; y que en una semana hace más trabajo, si sabes lo que es *eso,* de lo que tú o tu amo habéis hecho en toda vuestra vida. A ese respecto un trotón es permanente; y cuando no está trotando, está pensando cómo debe hacerlo. ¿Que les has visto trotar? ¡Pues sí que hiciste mucho! Te llevaron hasta una barandilla, detrás de una caseta, en un carro sin ballestas con una caja de jabón clavada sobre las tablillas, y una piel de búfalo maloliente encima, mientras tu hombre vendía ron para hacer limonada a los jóvenes que pensaban que así actuaban como hombres, hasta que los dos fuisteis encarcelados... ¡tú que caminas arrastrando los pies con las patas hacia dentro, balanceándote hacia atrás y que patinas mientras sorbes los vientos!

-No te acalores, Deacon -intervino Tweezy tranquilamente-. ¿Consideras entonces que no merece la pena distinguir entre las distinciones de un trote de zorro, o con una sola pata, o el andar a trote cochinero, o con paso de andadura? Les aseguro, caballeros, que hubo un tiempo, antes de que me viera afectado en mi cadera, y usted me perdonará, señorita Tuck, en el que fui muy celebrado en Paduky por *todos* aquellos pasos; y en mi opinión Deacon es correcto al decir que un caballo de cualquier posición en sociedad consigue sus pasos por la cabeza, y no por sus... ah, sus patas, señorita Tuck. Reconozco que tengo ahora muy poco de bueno, pero estoy recordando las cosas que solía hacer antes de llegar a esta finca con la ayuda y asistencia de estos caballeros -dijo mirando a Muldoon.

-¡Injustos y artificiales cuartos traseros! -exclamó el antiguo caballo de coche con un

gruñido de desprecio-. En Belt Line no reconocemos el mérito de caballo alguno a menos que pueda cambiar un coche de vía, hacerlo avanzar sobre los adoquines y deshacerse de él de nuevo por delante de la vagoneta que le está bloqueando. Allí hay una manera de mover los cuartos cuando el conductor dice «¡a tirar de ella, muchachos!», que tardas un año en aprender. Pero una vez que lo has hecho, puedes tirar de un coche de cable para sacarlo de un bache. No me han anunciado como caballo de circo, pero sabía hacer ese truco mejor que la mayoría, y los tiempos fueron buenos para mí en los establos, pues ahorraba tiempo a de Belt... y tiempo es lo que más buscan en Nueva York.

-Pero el hijo simple de la naturaleza... -empezó a decir de nuevo el caballo amarillo.

-¡Anda y vete a que te desatornillen las tablillas! Hablas como si estuvieras vendado -se burló Muldoon soltando una risotada de caballo-. En la Belt Line no tienen establos para los hijos simples de la naturaleza, con el *Paris* entrando y el *Teutonic* saliendo, y las vagonetas y los coupés diciendo cosas, y grandes cargas bajando para el barco de Boston de las tres de una tarde de agosto, en mitad de una ola de calor con los gruesos caballos canadienses y occidentales cayendo muertos sobre el suelo. El hijo simple de la naturaleza haría mejor en arrojarse al agua. Cada hombre que hay al final de las líneas está loco, o cargado o tonto, y el de los polis está más loco, más cargado y más tonto que los demás. Allí, en la Belt Line, no hay riachuelos ondulantes ni hierbas cantarinas. Lo que hay que hacer es arrastrar el coche por encima de los adoquines haciendo saltar chispas, y detenerte cuando los polis te aporrean en el hueso del hocico. Eso es Nueva York, ¿entiendes?

-Siempre había oído decir que la sociedad de Nueva York era bastante refinada y de alto espíritu -dijo Tuck-. Nip y yo estábamos pensando en ir allí uno de estos días.

-Oh, no veréis los asuntos de Belt allí adonde iréis, señorita. El hombre que te lleva no te quiere mal, y te llevará a pasar el verano a Long Island o a Newport, con ligeros arneses de plata y un cochero inglés. Haréis un viaje de primera, tú y tu hermano, señorita. Pero creo que no tendrás ninguna barra de freno agradable y suave. Allí ponen rienda de control [2], y cortan bien la cola, y buenos frenos; eso hacen las gentes de la ciudad, y dicen que eso es muy inglés, ya me entiendes, y no se atreven a dejar suelto un caballo por los polis. Nueva York no es lugar para un caballo, y menos si te toca estar en Belt, y no puedes ir de paseo con los muchachos. ¡Ojalá me hubiera tocado el Parque de Bomberos!

-Pero ¿nunca te detuviste a considerar la degradante servidumbre de todo eso? -preguntó el caballo amarillo.

-En Belt no te detienes para nada, compañero. Te paran ellos. Y estamos todos en el negocio de la servidumbre, el hombre y el caballo, y también Jimmy el que vende periódicos. Me imagino que los pasajeros tampoco iban a pasear sobre la hierba, por la forma en que actuaban. Yo hice lo mío, sin que por ello me pusieran en la tribu de Barnum [3]; pero a cualquier caballo que trabajara cuatro años en Belt no podías venirle con lo de hijo simple de la naturaleza... ni en toda Nueva York.

-¿Es posible que con su experiencia, y con sus años de vida, no crea que todos los caballos son libres e iguales? -preguntó el caballo amarillo.

[2] *Rienda de control.* Una cinta que impedía que el caballo bajara la cabeza, posteriormente se prohibió por considerarse cruel.

[3] *Barnum.* Importante artista de circo que entre otras actividades exhibía animales.

Librodot

-No hasta que se mueren -respondió tranquilamente Muldoon-. Y entonces dependerá de la suma total de botones y mucílago que den por ti en Barren Island [4].

-Me han dicho que es un prominente filósofo -dijo el caballo amarillo volviéndose hacia Marcus-. ¿Puedes negar una afirmación tan básica y central como ésta?

-Yo no niego nada -respondió precavidamente Marcus Aurelius Antoninus-. Pero si me preguntas a mí, diría que hay más tipos distintos de mentiras y de avena que cualquier cosa que me haya metido entre dientes desde que me parieron.

-¿Es usted un caballo? -preguntó el caballo amarillo.

-Los que mejor me conocen así lo dicen.

-¿Y no soy yo un caballo?

-Sí; de un cierto tipo.

-¿Entonces no somos iguales usted y yo?

-¿Cuánto haces en un día arrastrando una calesa cargada con quinientas libras? -preguntó Marcus descuidadamente.

-Eso no tiene nada que ver con el caso -respondió enfadado el caballo amarillo.

-Que yo sepa no hay nada que tenga más que ver con el caso -contestó Marcus.

-¿Puedes sacar un coche lleno fuera de las vías diez veces en una mañana? -preguntó Muldoon.

-¿Puedes ir hasta Keene -cuarenta y dos millas en una tarde-, con un compañero y volver a primera hora de la mañana siguiente? -preguntó Rick.

-¿Hubo alguna vez en tu carrera, esto... -no me estoy refiriendo a las circunstancias presentes, sino a nuestro mutuo y glorioso pasado- en que pudieras llevar a una hermosa joven al mercado, dejando que tejiera todo el tiempo por la suavidad del movimiento? -preguntó Tweezy.

-¿Eres capaz de mantener las patas en el puente del West River con el tren de vía estrecha viniendo por un lado, y el rápido de Montreal por el otro, con el viejo puente columpiándose en medio? -preguntó Deacon-. ¿Eres capaz de apoyar el hocico sobre el botaganado de una locomotora mientras esperas en la estación sin importarte que la banda esté tocando «Curfew shall not ring tonight»? [5]

-¿Puedes detenerte si se te rompe la grupera del arnés? ¿Puedes detenerte esperando órdenes cuando tus cuartos traseros están casi sobre tus herraduras y te sientes bien en una mañana helada? -preguntó Nip, que había aprendido ese truco el invierno anterior y lo consideraba como el punto culminante del conocimiento caballar.

-¿Y de qué sirve tanto hablar? -preguntó con desdén Tedda Gabler-. ¿Qué sabes hacer tú?

-Me baso en mis derechos simples: los derechos inalienables de mi hermandad libre. Y me enorgullece decir que nunca, desde que tuve mis primeras herraduras, me he rebajado a obedecer la voluntad del hombre.

-Pues deben haber roto un montón de látigos sobre tus lomos -replicó Tedda-. ¿Y te ha servido para algo?

-Más triste ha sido mi destino desde el día en que fui parido. Golpes y patadas y latigazos e insultos: injuria, ultraje y opresión. Pero no he aceptado los degradantes distintivos de la servidumbre que nos conectan con la calesa y la carreta de granja.

[4] *Barren Island.* Es decir, cuando son sacrificados.

[5] *Curfew...* . Título de un poema de R. H. Thorpe (1850- 1939).

-Es de lo más difícil arrastrar una calesa sin correas, ni collar, ni pechera ni nada de eso -intervino Marcus-. Una máquina de serrar madera es casi la única cosa que no tiene correas. Una tarde ayudé a serrar hasta tres cuerdas de maderos con una máquina de ésas. Y también dormí la mayor parte del tiempo; pero eso no es ni la mitad de interesante que bajar a la ciudad con el Concord[6].

-Con el Concord sí que no puedes dormir nada -dijo Nip-. ¡Que me azoten el pescuezo! ¿Te acuerdas de cuando la semana pasada te apoyaste en las repisas, cuando estabas esperando en la plaza?

-¡Bueno! Eso tampoco hizo daños a las repisas. Eran de buena calidad y anchas, y me apoyé cuidadosamente. Aquellos tipos me tuvieron enganchado casi una hora antes de salir; y se rieron... bueno, de tanto que rieron lo hicieron todo menos caerse. Pero dime, Boney, si tienes que ser enganchado a algo que vaya sobre ruedas, tendrás que ser enganchado *con* algo.

-Ve y apúntate a un circo -intervino Muldoon-, a caminar sobre los cuartos traseros. Todos los caballos que son demasiado listos para trabajar (y esto lo pronunció al modo neoyorquino) se unen a un circo.

-Yo no estoy diciendo nada en contra del trabajo -contestó el caballo amarillo-. El trabajo es la cosa más hermosa del mundo.

-Pues parece demasiado hermosa para algunos de nosotros -respondió Teddy con un bufido.

-Lo único que pido es que cada caballo trabaje para sí mismo, y disfrute de los beneficios de sus esfuerzos. Que trabaje inteligentemente, y no como una máquina.

-No hay caballo alguno que trabaje como una máquina -empezó a decir Marcus.

-No hay ninguna manera de trabajar que no signifique ir atado o a solas -nunca me pusieron en una máquina-, o bajo una silla de montar-dijo Rick.

-¡Cáscaras! Estamos hablando lo mismo que pastamos -exclamó Nip-. Dando vueltas y vueltas en círculo. Rod, todavía no te hemos oído hablar a ti, y tienes más conocimiento que cualquier pareja de caballos que haya aquí.

Rod, que era el caballo de la derecha de la pareja, se había mantenido en pie con una cadera levantada, como si fuera una vaca cansada; y sólo por el rápido aleteo de la vacilación que cruzaba su mirada, de vez en cuando, se podía saber que estaba prestando alguna atención a la disputa. Empujó su mandíbula hacia un lado, tal como acostumbra a hacer cuando tira de un carro, y se cambió de pata. Su voz era dura y pesada, y sus orejas estaban cerca de su enorme cabeza de caballo de Hambleton.

-¿Cuántos años tienes? -preguntó al caballo amarillo. -Casi trece, creo.

-Mala edad; fea edad; yo mismo me estoy acercando a ella. ¿Cuánto tiempo llevas pateando la paja de ese establo, candidato al fuego?

-Si se refiere a mis principios, desde que tenía tres años.

-Mala edad; fea edad; los dientes dan un montón de problemas. Hacen que un potrillo actúe como un loco durante un tiempo. Parece que tú conservas los dientes. ¿Hablas mucho con tus vecinos de estas cosas?

-Sostengo los principios de la Causa allá donde pasto.

-Has hecho un montón de bien, imagino.

-Me enorgullece decir que he enseñado a algunos de mis compañeros los principios

[6] *Concord.* Un tipo de vehículo tirado por caballos.

de la libertad.

-¿Significa eso que escapan o cocean cuando les apetece?

-Estaba hablando en abstracto, no en lo concreto. Mi enseñanza trata de educarles.

-Lo que un caballo, especialmente si es joven, escucha en abstracto, puede hacerlo tirando del Concord. Presumo que serías dominado tarde.

-Con cuatro años, casi cinco.

-Ahí es donde empezaron los problemas. Conducido por una mujer, como si no...

-No por mucho tiempo -contestó el caballo amarillo produciendo un chasquido con los dientes.

-¿La derribaste?

-Oí que no volvió a conducir.

-¿Y niños?

-Coches llenos de ellos.

-¿Hombres también?

-En mi época he derribado a muchísimos.

-¿Y coces?

-A cualquiera que se pusiera a tiro. Dejarme caer hacia atrás en la carrera es tan práctico como cualquier otra cosa.

-Deben tenerte un miedo terrible en la ciudad.

-Me enviaron aquí para librarse de mí. Imagino que pasan el tiempo hablando de mis campañas.

-¡Ya me gustaría conocerlas!

-Así es, *señor*. Todos me han preguntado aquí que qué es lo que sé hacer.

Voy a enseñarlo. ¿Ven aquellos dos tipos tumbados junto al coche?

-Sí; uno es mi dueño. El otro me domó -contestó Rod.

-Sáquenlos a campo abierto y les enseñaré algo. Dejen que me esconda detrás para que ellos no sepan lo que voy a hacer.

-¿Pretendes matarlos? -preguntó Rod hablando con lentitud. En los otros se produjo un estremecimiento de horror; pero el caballo amarillo no se dio cuenta.

-Los cogeré por la nuca y los arrastraré. Cuando haya terminado con ellos no podrán acomodarse a la vida.

-No me extrañaría que así fuera -añadió Rod.

El caballo amarillo se había ocultado astutamente tras los otros, que formaban un grupo, y movía la cabeza cerca del suelo con un curioso movimiento de hoz, mirando hacia los lados con sus ojos perversos. No es posible no darse cuenta de cuándo un devorador de hombres se dispone a derribarle a uno. Ya habíamos tenido uno en los pastos el año anterior.

-¿Ves eso? -preguntó mi compañero girando sobre las agujas de pino-. Bonito para una mujer que tenga que caminar mucho, ¿no te parece?

-¡Sáquenlos fuera! -gritó el caballo amarillo encorvándose hacia atrás-. Entre los árboles no tengo oportunidad. Hacia afuera... ¡oh! ¡Ay!

Muldoon le había coceado con la derecha y la izquierda. No se le había ocurrido que el viejo caballo de coche pudiera levantarse tan rápidamente. Los dos golpes dieron plenamente en las costillas del caballo amarillo, dejándole sin respiración.

-¿Por qué ha hecho eso? -preguntó enfadado cuando se recuperó; pero me di cuenta de que no se acercó a Muldoon más de lo necesario.

Muldoon no respondió, sino que siguió hablando consigo mismo con ese gruñido que utiliza cuando baja de la colina arrastrando una carga pesada. Nosotros decimos que está cantando; pero creo que en realidad es algo mucho peor. El caballo amarillo fanfarroneó y chilló un poco y finalmente dijo que si a Muldoon le había picado una mosca, aceptaría sus excusas.

-Las tendrás -dijo Muldoon-. En el agradable y próximo futuro... todas las excusas que necesites. Y excúseme usted por interrumpirle, señor Rod, pero soy como Tweezy: tengo un defecto del sur en mis patas traseras.

-Y ahora quiero que todos los que están aquí se fijen y aprendan algo -siguió diciendo Rod-. Este gritón resbaloso viene a nuestros pastos...

-Sin haber pagado su pensión -añadió Tedda.

-Sin haberse ganado su pensión, y nos habla amablemente sobre arroyos cantarines y hierba ondulante, y sobre su fraternidad de caballos de alto espíritu y alma pura, que a él no le impide derribar mujeres y niños, y caer a la carrera sobre los hombres. Le habéis oído hablar y algunos habéis pensado que era muy hermoso.

En ese momento Tuck parecía sentirse culpable, pero no dijo nada. -Poco a poco ha ido hablando así, si le habéis oído.

-Yo hablaba en abstracto -replicó el caballo amarillo con voz alterada.

-¡Y a lo abstracto nos pasaremos! Si yo dijera, que es este condenado asunto abstracto el que hace a nuestros jóvenes cometer tonterías con el Concord; y abstracto o no abstracto, sigue con ello hasta que llega al asesinato puro y sencillo... a matar a aquellos que nunca le han hecho ningún daño sólo porque son dueños de caballos.

-Y saben cómo manejarlos -añadió Tedda-. Eso empeora las cosas.

-Bueno, en cualquier caso no les mató -intervino Marcus-. Le habrían medio matado a él de haberlo intentado.

-Eso no cambia las cosas -respondió Rod-. Pretendió hacerlo; y de haberlo... ¿hay que suponer que queremos que Back Pasture se convierta en un campo de vacas en nuestro único día de descanso? ¿Hay que suponer que *nosotros* queremos que *nuestros* hombres se pongan a dar vueltas por aquí con frenos, barras de plomo y moviéndose nerviosamente, con las manos llenas de piedras para arrojarnos, lo mismo que si fuéramos cerdos o vacas de campo? Más que eso, y dejando fuera de esto a Tedda -y sospecho que es más por su boca que por sus maneras-, no hay en esta granja un caballo que no haya sido caballo de mujer, y esté orgulloso de ello. Y ahora viene este gavilán de ciénaga desde los girasoles de Kansas recorriendo el país, diciendo que si esto que si lo otro, jactándose de haber derribado mujeres... y niños. Yo no digo que una mujer que vaya en una calesa no sea tonta. No estoy diciendo que no lo sea, y tampoco digo que un niño no sea peor, escupiendo en las tablas, poniéndose de pie y chillando... lo que digo es que no es asunto nuestro derribarlos sobre el camino.

-Y no lo hacemos -intervino Deacon-. El último otoño, cuando estuve en la casa, el niño pequeño trató de quitarme parte de la cola a cambio de un soberano, y no le di una coz. Pero la conversación de Boney no va a hacernos daño. No somos potrillos.

-Eso es lo que tú *piensas.* Algún día te encontrarás en una esquina apretada, en el día de las elecciones o en la feria del valle, allá en la ciudad, y te encontrarás todo acalorado y fatigado, acosado de moscas, sediento, enfermo y harto de ir y venir entre las calesas. *Entonces* algo te susurrará dentro de tus anteojeras, recordando toda esa charla sobre servidumbre y pagos inalienables y todo eso, y entonces disparan una escopeta de la

Librodot

milicia, o chocan con tus ruedas, y... bueno te conviertes en otro caballo en el que no se podía confiar. He estado allí una y otra vez. Y os digo muchachos -pues a todos os he visto cuando os compraban o domaban- que en mi reputación solemne de acortar las cosas en tres minutos, no os estoy dando papilla de salvado de mi propia elaboración. Os estoy contando mis experiencias, de cuando he tenido mis cargas pesadas y mis contratiempos como cualquier caballo que hay aquí. Nací con una sobrecaña, un tumor calloso, en mi pata delantera, que era tan grande como una nuez, y con ese temperamento terco y esquinado de los hambletonianos que se va agriando y estropeando conforme envejeces. Y he cuidado de mi tumor; ni siquiera el pequeño Rick sabe lo que me cuesta a veces llegar hasta el final; y he controlado el genio en el establo y con los arneses puestos, cuando he tenido que arrastrar, y en los pastos, hasta que el sudor me goteaba por los cascos, y pensaron que ya no estaba en condiciones, y me atiborraron de medicinas.

-Cuando se produjo mi afección -intervino Tweezy amablemente-, estuve a punto de perder los nervios. Permíteme que te haga llegar mi simpatía.

Rick no dijo nada, pero miró a Rod con curiosidad. Rick es un jovencito de temperamento risueño que nunca esconde malicia alguna, y no creo que entendiera totalmente aquello. Ha heredado ese temperamento de su madre, como debe hacer todo caballo.

-También he pasado por eso, Rod -intervino Tedda-. Las confesiones son buenas para el alma, y todo el Condado de Monroe sabe que he tenido mis experiencias.

-Pero si me excusan, ese caradura -intervino Tweezy que veía cosas inexplicables en el caballo amarillo-... ese caradura que ha insultado nuestra inteligencia viene de Kansas. Y lo que un caballo de su posición, de Kansas encima, diga, no puede, por muy largo que sea su ronzal, interesar a gentes de *nuestra* posición. No hay ni la menor sombra de igualdad, ni siquiera en una coz. Está por debajo de nuestra capacidad de desprecio.

-Dejadle hablar -dijo Marcus-. Siempre es interesante saber lo que piensa otro caballo. No nos hará daño.

-Y cómo habla, además -dijo Tuck-. Hacía tiempo que no escuchaba nada tan elegante.

Rod volvió a mover las mandíbulas hacia un lado y siguió hablando con lentitud, como si estuviera mordiendo un freno sencillo tras una cabalgada de treinta millas:

-Quiero que todos entendáis que en *nuestro* negocio no importa Kansas, ni Kentucky ni siquiera Vermont. No hay más que dos tipos de caballos en Estados Unidos: aquellos que pueden hacer, y hacen, su trabajo, tras haber sido adecuadamente domados, y los que no lo hacen. Estoy enfermo y cansado de esta permanente discusión moviendo la cola acerca de un Estado u otro. Un caballo puede estar orgulloso de su Estado, y decir todas las mentiras que quieras sobre él cuando está en el establo o amarrado junto a unas casas, si quiere pasar de esa manera el tiempo; pero no tiene derecho alguno a dejar que ese orgullo suyo interfiera en el trabajo, ni a convertirlo en excusa para afirmar que es diferente. Eso son habladurías de potrillos, y no lo olvides, Tweezy. Y tú, Marcus, recuerda que el ser un filósofo, y estar deseoso de ahorrar problemas, tal como te pasa a ti, no es una excusa para saltar con las cuatro patas como un loco y con la mandíbula floja como hace Boney. Dejándoles a solas se les da la oportunidad de echar a perder a los potros y matar a las personas. Y tú, Tuck, eres una yegua, pero cuando viene un caballo y oculta su propuesta de matar con arroyos cantarines y hierba ondulante, y diez kilos

Librodot

diarios de avena, después de haber matado a su dueño, no te puedes dejar arrastrar por sus quejas. Eres demasiado joven y nerviosa.

-Seguro... seguro que tendré una postración nerviosa si hay aquí una pelea -respondió Tuck que estaba viendo lo que sucedía en la mirada de Rod-. Yo... preferiría que ese simpático se fuera a otro condado.

-Sí; conozco ese tipo de simpatía. Dura lo suficiente para empezar un lío y luego se va adonde pueda causar nuevos problemas. No llevo diez años con el arnés puesto por nada. Ahora vamos a tener un rato de escuela con Boney.

-Oye, un momento, no vais a hacerme daño, ¿verdad? Recordad que pertenezco a un hombre de la ciudad -gritó el caballo amarillo con inquietud. Muldoon se puso detrás de él para que no pudiera escapar.

-Lo sé. Debe haber algún pobre estúpido en este Estado que tiene el derecho al extremo suelto de tus riendas. Siento mucha pena por él, pero tendrá sus derechos cuando hayamos acabado contigo -dijo Rod.

-Si os da lo mismo, caballeros, preferiría cambiar de pasto. Creo que voy a hacerlo ahora.

-No siempre puedes realizar tus «preferiría». Creo que no vas a hacerlo -dijo Rod.

-Pero un momento. Sois tan poco amistosos con un desconocido. ¿Y si contamos hocicos?

-¿Y eso para qué? -preguntó Rod levantando las cejas. La idea de solucionar una cuestión contando hocicos es lo último que entra en la cabeza de un caballo bien domado.

-Para saber cuántos están de mi lado. Aquí tenemos a la señorita Tuck, y el coronel Tweezy es neutral; y el juez Marcus, y creo que el reverendo (el caballo amarillo se refería a Deacon) podría darse cuenta de que tengo mis derechos. Es el trotón de mejor aspecto que he visto nunca. ¡Vamos, muchachos! No iréis a pegarme, ¿verdad? Hemos estado dando vueltas por el pasto, todos juntos, los domingos de este mes, tan amigos como es posible serlo. No hay un caballo vivo que tenga mejor opinión de usted, señor Rod, que la que tengo yo. Vamos a hacer las cosas con justicia. Contemos hocicos tal como se hace en Kansas -en ese momento bajó un poco la voz y se dirigió a Marcus-: Oiga, juez, sé donde hay unas hierbas verdes, al otro lado del riachuelo, que nadie ha tocado todavía. Cuando se haya arreglado esta pequeña gresca, usted y yo podemos formar grupo e ir a comerla.

Marcus se quedó mucho tiempo sin responder, y finalmente dijo:

-En la casa hay un cachorrillo de unas ocho semanas. Ladra hasta que consigue mamar, y cuando le llega el momento se tumba de espaldas y aúlla. Pero no veo que primero vaya montando el lío de contar hocicos. Desde que ha hablado Rod, he visto la luz. Será mejor que se prepare a recibir lo que se merece. Luego filosofaré sobre su cadáver.

-Voy a empaquetarte en papel marrón -dijo Muldoon-. Te voy a dar excusas.

-Un momento -dijo Rod-. Si le atacamos ahora, los mismos hombres que él quería matar nos apartarán. Creo que será mejor esperar a que vuelvan a la casa y así tendrás tiempo para pensar las cosas fría y tranquilamente.

-¿No tenéis ningún respeto por la dignidad de nuestra común raza de caballos? -chilló el caballo amarillo.

-El menor respeto si ese caballo no sabe hacer nada. El suelo de América está pavimentado con caballos como tú, caballos que se limitan a ladrar como perros,

esperando a que les azoten para ponerse en forma. Cuando son jóvenes decimos que son primales y potrillos. Pero en este pasto cuando son mayores les pegamos. Caballos, hijito, es lo que estás viendo. Aquí lo sabemos todo sobre caballos, y no hay ninguno que sea un hijo de la naturaleza de alto espíritu y alma pura. Un caballo, sencillamente un caballo, lo mismo que tú, está lleno a rebosar de trucos, y maldad, y tozudez, y escamoteos, y monerías, que ha tomado de su padre y su madre, y ha fortalecido a su manera especial de ser torcido. Eso es un *caballo,* y eso es lo que hay de su dignidad y del tamaño de su alma antes de haber sido domado y haberse vuelto de una pieza. Y no vamos a dar a nuestro *caballo* inalterado, al que no le han bastado dos kilos de avena desde que fue parido, nombres cariñosos que serían buenos para Nancy Hanks, o Alix o Directum. No intentes huir detrás de esas rocas. ¡Quédate donde estás! Si dejo que mi temperamento hambletoniano dé lo mejor que hay en mí en menos de tres minutos te voy a convertir en trocitos más pequeños que la paja del centeno, asustamujeres, mataniños, rompecarreras, comepastos sin domar, sin andadura y sin herradura, espaldaserrada, boca de tiburón, espalda peluda de saldo, hijo de un potro cerril y de una máquina de coser.

-Creo que será mejor que volvamos a casa -le dije a mi compañero cuando Rod terminó de hablar; nos subimos al coupé y escuchamos quejarse a Tedda mientras dábamos saltos sobre las repisas rocosas:

-Bueno, lamento no poder quedarme al acto social; pero espero y confío que mis amigos me sacarán un billete.

-¡Puedes apostar lo que quieras! -exclamó alegremente Muldoon, mientras los caballos se esparcían delante de nosotros trotando hacia el barranco. A la mañana siguiente devolvimos al establo lo que quedaba del caballo amarillo. Parecía fatigado, pero contento de regresar.

EL CHICO DE LA LEÑA

Niñas y niños, salid a jugar:
¡la luna brilla y es como de día!
Dejad la cena, dejad el sueño,
¡y venid a la calle con vuestros compañeros!
Escalera arriba, muro abajo...

Un niño de tres años estaba sentado en la cuna gritando con toda la potencia de su voz, los puños cerrados y los ojos aterrados. Al principio nadie le oyó, pues su cuarto estaba en el ala oeste, y la niñera se encontraba entre los laureles hablando con un jardinero. Pasó luego por allí el ama de llaves, y entró corriendo para tranquilizarle. Él era su niño especial y ella desaprobó la conducta de la niñera.

-¿Qué pasó? ¿Qué pasó? No hay nada que te pueda asustar, querido Georgie.

-¡Había... había un policía! Estaba en el Down... ¡le vi! Entró. Jane *te dirá* que estaba.

-Los policías no entran en las casas, querido. Date la vuelta y cógeme la mano.

-Le vi... en el Down. Entró aquí. ¿Dónde está tu mano, Harper?

El ama de llaves aguardó a que los sollozos se convirtieran en la respiración regular del sueño antes de salir sigilosamente.

-Jane, ¿qué tonterías le has estado contando al amo Georgie sobre policías?

-Yo no le he dicho nada.

-Sí que lo has hecho. Ha estado soñando con ellos.

-Nos encontramos con Tisdall en Dowhead cuando íbamos esta mañana en el carrito del burro. Quizás ahí se le metió en la cabeza.

-¡Ah! Así que ahora vas a asustar al niño con tus estúpidas historias, y el amo sin saber nada. Como vuelva a pillarte... -etc.

Un niño de seis años estaba en la cama contándose historias a sí mismo. Era una habilidad nueva que guardaba en secreto. Un mes antes se le había ocurrido seguir una historia infantil que su madre había dejado sin terminar, y quedó encantado al descubrir que la historia que salía de su cabeza resultaba tan sorprendente como si la estuviera escuchando y fuera «nueva desde el principio». En ese cuento había un príncipe que mataba dragones, pero sólo una noche. Georgie se convertía a sí mismo en príncipe, pachá, cazador de gigantes y en todo lo demás (comprenderéis que no podía decírselo a nadie, por miedo a que se rieran de él), y sus historias se desvanecían gradualmente en la tierra de los sueños, donde las aventuras eran tantas que no podía recordar ni la mitad de ellas. Empezaban todas de la misma manera, o tal como explicaba Georgie a las sombras de la luz nocturna, tenían «el mismo lugar de partida»: un montón de leña apilada en algún lugar cercano a una playa; y alrededor de esa pila Georgie se encontraba corriendo con niñas y niños pequeños. Las carreras terminaban, los barcos navegaban por encima de la tierra firme y se abrían convirtiéndose en cajas de cartón; o las barandillas de hierro dorado y verde que rodeaban hermosos jardines y podían traspasarse o derribarse siempre que recordara que era sólo un sueño. Nunca podía retener esa idea más de unos segundos hasta que las cosas se volvían reales, y en lugar de derribar casas llenas de personas adultas (una simple venganza), se quedaba sentado sintiéndose desgraciado sobre los gigantescos escalones de la puerta, tratando de cantar la tabla de multiplicar hasta el cuatro veces seis.

La princesa de sus cuentos era una persona de maravillosa belleza (procedía de la antigua edición ilustrada de Grimm, ahora agotada), y aplaudía siempre el valor de Georgie entre los dragones y los búfalos, y él le dio los dos nombres más hermosos que había oído nunca en su vida: Annie y Louise, pronunciados «Annieanlouise». Cuando al dormirse los sueños inundaban las historias, ella se transformaba en una de las jovencitas que había alrededor de la pila de leña, pero manteniendo su título y corona. Una vez vio a Georgie ahogarse en un mar de los sueños junto a la playa (eso sucedió el día después de que su niñera le había llevado a bañarse en un mar auténtico); y él dijo al hundirse:

-¡Pobre Annieanlouise! ¡Ahora sentirá pena por mí!

Pero «Annieanlouise», caminando lentamente por la playa, dijo:

-¡Ja, ja!, dijo el pato echándose a reír.

Lo cual, para una mente despierta podía parecer que no guardaba relación con la situación. Pero a Georgie le consoló enseguida, y debía ser una especie de encantamiento, pues elevó el fondo del profundo mar y salió andando con una maceta de flores de treinta centímetros sobre cada pie. Como en la vida real estaba estrictamente prohibido enredar con las macetas de flores, se sintió triunfalmente perverso.

Librodot

Cuando tenía siete años, los movimientos de los adultos, a los que Georgie toleraba aunque no pretendiera entenderlos, trasladaron su mundo a un lugar llamado «Una-visita-a- Oxford». Había allí edificios enormes rodeados de grandes prados, con calles de longitud infinita, pero sobre todo había algo llamado «mantequería», que Georgie se moría de ganas por ver, pues sabía que tendría que ser algo grasiento, y por tanto delicioso. Comprendió lo correctos que habían sido sus juicios cuando la niñera le condujo a través de un arco de piedra ante la presencia de un hombre gordísimo que le preguntó si le gustaría tomar pan con queso. Georgie estaba acostumbrado a comer a todas horas, por lo que cogió lo que le dio «mantequería», y habría tomado también un líquido marrón llamado «auditale»[1], pero su niñera se lo llevó a una actuación de tarde de una cosa llamada «Fantasma de Pepper»[2]. Fue tremendamente emocionante. Las cabezas de la gente se salían y volaban por toda la escena, y los esqueletos bailaban hueso a hueso, mientras que el propio señor Pepper, fuera de toda cuestión un hombre de lo peor, agitaba los brazos, sacudía una larga capa y con una voz profunda de bajo (Georgie nunca había oído cantar a un hombre) contaba sus penas inexpresables. Algunos adultos intentaron explicar que la ilusión se conseguía con espejos, y que no había por qué asustarse. Georgie no sabía qué eran las ilusiones, pero sí sabía que un espejo era ese mueble de asas de marfil que había sobre la mesa de tocador de su madre. Por tanto el «adulto» estaba «simplemente diciendo cosas», siguiendo esa costumbre terrible de los «adultos», y Georgie lo buscaba entre las escenas para divertirse. Junto a él se sentaba una niña pequeña vestida de negro con el pelo peinado sobre la frente, exactamente igual a la niña de un libro llamado «Alicia en el País de las Maravillas», que le habían regalado en su último cumpleaños. La niña miró a Georgie y Georgie la miró a ella. No parecía ser necesaria ninguna otra presentación.

-Tengo un corte en el pulgar -dijo él. Ése había sido el primer trabajo de su primer cuchillo auténtico, un salvaje machete triangular que él consideraba como una posesión valiosísima.

-¡Ez tedible! -respondió ella ceceando-. Déjame vedlo... pod favod.

-Está tapado con pasta de di-aki-lon[3], pero por debajo está todo abierto -respondió Georgie contemporizando.

-¿Y duele? -preguntó con sus ojos grises llenos de piedad e interés. -Terriblemente. A lo mejor me da trismo.

-Padece muy hodible. ¡Ez tan tedible! -exclamó ella poniendo un dedo sobre la mano de él, y moviendo la cabeza hacia un lado para verlo mejor.

En ese momento intervino la niñera, sacudiéndole severamente. -Amo Georgie, no debe hablar con niñas que son desconocidas.

-Ella no *es* desconocida. Ella es *muy* amable. Me gusta, y le he enseñado mi corte nuevo.

-¡ Vaya idea! Cambie de lugar conmigo.

Le pasó al otro lado ocultándole la vista de la niña al tiempo que el adulto que estaba

[1] *Auditale. Es* decir, «audit ale», cerveza floja («ale» de calidad especial que se hacía en algunos colegios universitarios.

[2] *Fantasma de Pepper.* Dispositivo por el que se veía el reflejo fantasmal de figuras ocultas al público mediante un espejo.

Aunque inventado en 1858 por Henry Dircks, fue popularizado años después por J. H. Pepper.

[3] *Di-aki-lon.* Ungüento con el que se hacían emplastos para ablandar tumores.

detrás renovaba las explicaciones inútiles.

-*No* tengo miedo, de verdad -decía el niño sacudiéndose con desesperación-. Pero ¿por qué no te duermes por la tarde, igual que Provostoforiel?

A Georgie le habían presentado a un adulto de ese nombre que se durmió en su presencia sin pedir excusas. Georgie comprendió que era el adulto más importante de Oxford; de ahí que se esforzara por dorar su rechazo con zalamerías. A este adulto no parecía gustarle, pero se derrumbó, y Georgie se echó hacia atrás en su asiento, silencioso y embelesado. El señor Pepper cantaba de nuevo, y la voz profunda y sonora, el fuego rojo y la niebla, que agitaba el vestido largo, parecían combinarse con la niña que tan amable había sido con el corte en su dedo. Cuando la representación terminó la niña hizo una seña a Georgie, y éste le devolvió otra. Hasta la hora de irse a la cama no habló más de lo necesario, pero meditó en los nuevos colores, sonidos, luces, en la música y en las cosas en la medida en que las entendía; la agonía en voz grave del señor Pepper mezclándose con el ceceo de la niña. Aquella noche hizo un nuevo cuento del que sin la menor vergüenza quitó a la princesa Rapunzel-Rapunzeldeja-caer-tu-pelo, la de la corona de oro de la edición de Grimm y todo eso, y puso en su lugar a una nueva Annieanlouise. Por eso era absolutamente lógico y natural que cuando llegó junto a la pila de leña la encontrara aguardándole, con el pelo peinado sobre la frente, más Alicia en el País de las Maravillas que nunca, y comenzaran las carreras y aventuras.

Diez años en una escuela pública inglesa no estimularon la capacidad de ensoñación. Georgie se ganó su crecimiento y las medidas del pecho, junto con algunas otras cosas que no aparecían en las facturas, mediante un sistema de crícket, fútbol y persecuciones de papel [4] entre cuatro y cinco días por semana, que incluía tres golpes de fresno, por ley, a cualquier muchacho que se ausentara de esos entretenimientos. Se convirtió en un servidor[5], de cuello arrugado y gorra polvorienta, del Tercero Elemental, y en un defensa medio ligero del equipo de fútbol de los Pequeños; fue empujado y aguijoneado en los flojos remansos del Cuarto Elemental, donde suelen acumularse los desechos de una escuela; ganó su gorra de «los Segundos Quince»[6], disfrutó de la dignidad de un estudio compartido con dos compañeros y empezó a pensar en la posición de su prefecto. Finalmente floreció en plena gloria como principal de la escuela y capitán exoficio de los deportes; principal de su casa, en la que junto con sus lugartenientes preservaba la disciplina y la decencia entre setenta chicos de entre doce y diecisiete años; árbitro general en las disputas que surgían entre los quisquillosos alumnos de Sexto; y aliado y amigo íntimo del propio Director. Cuando aparecía con el jersey negro, los calzones blancos y las medias negras de los Primeros Quince, con el balón nuevo para el partido bajo el brazo, y su gorra vieja y gastada sobre la coronilla, la morralla de las formas inferiores se apartaba y le veneraba, y los «Gorras Nuevas» del equipo le hablaban con ostentación para que todo el mundo pudiera verles hacerlo. Y así, cuando en el verano regresaba al pabellón tras un partido lento pero eminentemente seguro, no importaba si no había marcado nada o, como sucedió una vez, había conseguido ciento tres, pues la

[4] *Persecuciones de papel.* Carrera campo a través siguiendo un rastro de papel que deja un corredor.

[5] *Servidor.* En los internados ingleses los niños pequeños acostumbran a servir de criados de los de más edad.

[6] *Segundos quince.* Esto nos indica que se está refiriendo todo el tiempo al fútbol-rugby, con equipos compuestos de quince jugadores.

Librodot

escuela gritaba exactamente igual y las mujeres que habían acudido a ver el partido miraban a Cottar: el *comandante* Cottar. «¡Ése es Cottar!» Sobre todo era responsable de eso que se daba en llamar el tono de la escuela, y pocos entienden con qué devoción apasionada se lanzan a esa tarea algunos muchachos. El hogar era un lugar lejano lleno de caballos, de pesca, de caza y de visitantes masculinos que interferían en los planes; pero la escuela era su mundo real, donde sucedían las cosas de importancia vital y surgían crisis que había que enfrentar con prontitud y tranquilidad. No por nada estaba escrito en ella: «Que los cónsules cuiden de que la República no sufra daño», y Georgie se alegraba de recuperar la autoridad cuando terminaban las vacaciones. Tras él, aunque no demasiado cercano, estaba el sabio y templado Director, a veces sugiriendo la sabiduría de la serpiente, otras aconsejando la suavidad de la paloma; dirigiéndole para que viera, más por intuiciones que con palabras directas, que los chicos y los hombres son todos de una pieza, y que el que pueda manejar a los primeros podrá estar seguro, con el tiempo, de controlar a los segundos.

Por lo demás, la escuela no le estimulaba a detenerse en sus emociones, sino más bien a mantenerse en duras condiciones, a evitar las cantidades falsas y a entrar directamente, sin la ayuda de un carísimo preparador de exámenes londinense, en el ejército, bajo cuyo techo tanto aprende la sangre joven. El *comandante* Cottar siguió el camino que habían seguido cientos antes de él. El Director le dio seis meses de pulido final, le enseñó cuáles eran las respuestas que más complacían a ciertos examinadores, y le entregó a las autoridades convenientemente constituidas, quienes lo enviaron a Sandhurst[7]. Allí tuvo el suficiente buen sentido como para darse cuenta de que volvía a estar en Tercero Elemental, y comportarse con respeto hacia sus mayores, hasta que a su vez ellos le respetaron y fue promovido al grado de cabo, sentándose con autoridad entre diversas gentes en las que se combinaban todas las voces de los hombres y los muchachos. Su recompensa fue otra serie de copas de atletismo, una espada por buena conducta, y por fin, el nombramiento de Su Majestad como teniente en un regimiento de línea de primera clase. No sabía que traía con él de la escuela y el colegio un carácter que valía su peso en oro, pero le complació descubrir que sus compañeros de mesa eran tan amables. Tenía mucho dinero propio; su formación le había puesto en el rostro la máscara de la escuela pública, y le había enseñado «cuántas cosas había que ningún tipo debe hacer». En virtud de esa misma formación, mantenía los poros abiertos y la boca cerrada.

El funcionamiento regular del Imperio trasladó su mundo a India, donde saboreó la soledad profunda en el cuartel de un oficial subalterno -una habitación y un baúl de piel de buey-, y con sus compañeros aprendió desde el principio su nueva vida. Pero había caballos en la tierra: caballos a un precio razonable; había polo para aquellos que podían permitírselo; quedaban los restos vergonzosos de una traílla de perros, y Cottar fue abriéndose camino sin excesiva desesperación. Se le ocurrió que un regimiento en India estaba más cerca de lo que había pensado de la posibilidad de servicio activo, y que un hombre debía estudiar su profesión. Un comandante de la nueva escuela respaldó con entusiasmo esa idea, y Cottar y él acumularon una biblioteca de volúmenes militares y durante mucho tiempo leyeron, discutieron y disputaron hasta bien entrada la noche. Pero el ayudante pronunció la vieja frase:

[7] *Sandhurst.* Pueblo del sur de Inglaterra sede de la Royal Military Academy, dedicada al entrenamiento de los cadetes.

-Consigue conocer a tus hombres, joven, y ellos te seguirán a cualquier parte. Eso es lo único que necesitas, conocer a tus hombres.

Cottar pensó que los conocía bastante bien en el crícket y en los deportes del regimiento, pero nunca entendió lo que de verdad llevaban en su interior hasta que fue enviado con un destacamento de veinte hombres a asentarse en un fuerte cubierto de barro próximo a un río rápido que se cruzaba por un puente de barcas. Cuando llegaron las inundaciones las barcas se marcharon y tuvieron que cazar los pontones a lo largo de las orillas. En otros momentos no había nada que hacer, y los hombres se emborrachaban, jugaban y se peleaban. Formaban un grupo malsano pues es costumbre encasquetar los peores hombres a un oficial subalterno joven. Cottar soportó sus algaradas tanto como pudo y finalmente mandó traer una docena de pares de guantes de boxeo.

-No os culparía por vuestras peleas si sólo supierais utilizar las manos, pero no sabéis -les dijo-. Coged esto y os enseñaré.

Los hombres apreciaron su esfuerzo. Ahora, en lugar de blasfemar y jurar a un camarada, y amenazar con dispararle, se lo llevaban a un lugar apartado y se tranquilizaban con el agotamiento. Como explicó uno al que Cottar encontró con un ojo cerrado y la boca en forma de diamante escupiendo sangre a través de una tronera:

-Señor, lo intentamos con los guantes durante veinte minutos, *y eso* no nos hizo ningún bien, señor. Después nos quitamos los guantes y lo intentamos así durante otros veinte minutos, de la manera en que usted nos enseñó, señor, y eso nos ha hecho muchísimo bien. No era una pelea, señor; era una apuesta.

Cottar procuró no reír e invitó a sus hombres a practicar otros deportes, como las carreras campo a través en camisa y pantalones siguiendo un rastro de papel desgarrado, y a practicar esgrima con bastones por la noche, hasta que la población nativa, gran amante del deporte en todas sus formas, quiso saber si los hombres blancos conocían la lucha. Enviaron un embajador que cogió a los soldados por el cuello y les hizo probar el polvo; y todo el grupo se entregó a este deporte nuevo. Gastaron dinero en aprender nuevas caídas y presas, lo que era mejor que comprar otros bienes dudosos; y los campesinos sonreían en los torneos.

El destacamento, que había ascendido con carros tirados por bueyes, regresó al cuartel general a una velocidad media de treinta millas diarias, sin levantar los pies del suelo: llegaron sin enfermos, sin prisioneros y sin juicios marciales pendientes. Se esparcieron entre sus amigos cantando alabanzas al oficial y buscando causas de ofensa.

-¿Cómo le fue, joven? -preguntó el ayudante.

-Oh, les hice sudar, y sacar músculo. Fue una verdadera juerga.

-Si ésa es su forma de considerarlo, podemos ofrecerle todas las juergas que quiera. El joven Davies no se encuentra en muy buena forma, y es el siguiente en la lista de deberes de destacamento. ¿Le importaría ir en su lugar?

-¿Seguro que a él no le importa? No quisiera molestar a nadie, ya sabe.

-Por Davies no tiene que preocuparse. Le daremos los desechos del cuerpo y usted verá lo que puede hacer con ellos.

-Perfectamente -contestó Cottar-. Eso es mucho más divertido que haraganear por el acantonamiento.

-Qué extraño -dijo el ayudante después de que Cottar hubiera regresado a las tierras salvajes con otros veinte diablos peores que los primeros-. Si Cottar supiera que la mitad de las mujeres de aquí darían sus ojos -¡que Dios las confunda!- por llevar detrás a ese

Librodot

joven.

-Eso explica que la señora Elery dijera que estaba haciendo trabajar mucho al agradable chico nuevo -comentó un comandante de ala.

-Oh sí; y «¿Por qué no viene a la tribuna de la banda por las tardes?» «¿Puedo contar con él para jugar dobles de tenis con las chicas de Hammon?» -refunfuñó el ayudante-. ¡Fíjese en el joven Davies, haciendo el tonto con una carnera disfrazada de oveja lo bastante mayor como para ser su madre!

-Nadie puede acusar al joven Cottar de correr tras las mujeres, blancas o negras -contestó el comandante pensativamente-. Pero al final las personas de este tipo son las que se dan el peor batacazo.

-Cottar no. Sólo una vez he encontrado un tipo como él... se llamaba Ingles, en Sudáfrica. Tenía el mismo tipo de constitución animal, para los deportes atléticos, entrenado en la dureza. Siempre se mantenía en excelentes condiciones. Sin embargo no le sirvió de mucho. Le dispararon en Wesselstroom la semana antes de Majaba [8]. Me pregunto si el joven conseguirá poner en forma a su destacamento.

Cottar regresó a pie seis semanas más tarde con sus pupilos. Nunca contaba sus experiencias, pero los hombres hablaban con entusiasmo y fragmentos de éstas se filtraban hasta el coronel mediante los sargentos, asistentes de oficial, etcétera.

Había grandes envidias entre los destacamentos primero y segundo, pero todos los hombres adoraban a Cottar y su manera de demostrarlo era evitarle todos los problemas que saben causar los hombres a un oficial al que no quieren. Buscaba la popularidad tan poco como la había buscado en la escuela, y por eso acudió a él. No favorecía a nadie, ni siquiera al más desastrado de la compañía cuando sacaba las castañas del fuego a ésta en el partido de cricket con un inesperado cuarenta y tres en el último momento. Era muy poco lo que podía obtenerse del hecho de estar a su lado, pues parecía saber por instinto exactamente cuándo y dónde desenmascarar a quien se fingía enfermo; pero no olvidaba que era realmente muy pequeña la diferencia entre un joven ofuscado y sombrío de la escuela superior y un soldado asombrado y atemorizado recién llegado de la estación. Viendo estas cosas, los sargentos le contaban secretos que generalmente ocultaban a los oficiales jóvenes. Sus palabras eran citadas como autoridad del cuartel en las apuestas en la cantina y durante el té; y hasta las mismas harpías del cuerpo, llenas de acusaciones contra otras mujeres que habían utilizado la cocina económica fuera de turno, callaban cuando Cottar, tal como ordenaba el reglamento, les preguntaba una mañana si había «alguna queja».

-Yo estoy llena de quejas -dijo la señora del cabo Morrison-. Y cualquier día de éstos podría matar a la vaca gorda de la esposa de O'Halloran, pero ya sabes cómo son las cosas. Mete la cabeza por dentro de la puerta, baja avergonzado su bendita nariz y susurra si tenemos alguna queja. Nadie puede quejarse después de eso. Lo que yo querría es besarle. Y creo que algún día lo haré. ¡Vaya que sí! Tendrá suerte la mujer que consiga al Joven Inocencia. Miradle, chicas. ¿Podéis culparme de algo?

A galope corto se dirigió hacia el campo de polo con el aspecto de una satisfactoria figura masculina mientras controlaba fácilmente los primeros movimientos excitados de su caballo y se deslizaba por encima de un bajo muro de barro para llegar al campo de

[8] *Wesselstroom... Majuba.* Kipling debía estar pensando en Wakkerstoom, un fuerte del Transvaal. En la batalla de Majuba, veintisiete de febrero de 1881, los británicos sufrieron una importante derrota.

entrenamiento. No sólo la señora del cabo Morrison tenía esos sentimientos. Pero Cottar estaba ocupado once horas al día. No le gustaba que le estropearan los partidos de tenis por cuestiones de faldas tratadas en el campo; y tras pasar una larga tarde en una fiesta en el jardín, le dijo a su comandante que aquellas cosas no eran más que «palabrerías inútiles», y el comandante se echó a reír. Lo suyo no eran los líos matrimoniales, salvo para la esposa del coronel, y Cottar se mantenía respetuoso ante la buena dama. Ésta decía «mi regimiento», y todo el mundo sabía lo que quería decir. Sin embargo, cuando querían que ella diera los premios de un torneo de tiro, y ella se negaba porque uno de los ganadores estaba casado con una joven que se había burlado de ella tras sus anchas espaldas, los compañeros ordenaban a Cottar que la «aplacara» empleando sus mejores oficios. Y éste lo hacía de manera simple y laboriosa y ella cedía totalmente.

-Sólo quería conocer los hechos del caso -explicaba-. Se los conté y lo entendió enseguida.

-Bien... -contestaba el ayudante-. Espero que fuera así. ¿Viene esta noche al baile de los fusileros, Galahad?

-No, gracias. Tengo una pelea con el comandante.

Y el virtuoso aprendiz se pasaba sentado hasta media noche en las habitaciones del comandante con un cronómetro, un par de compases y cambiando de sitio pequeños bloques de plomo pintado encima de un mapa de diez centímetros [9].

Después se acostaba y dormía el sueño de la inocencia, lleno de ensoñaciones saludables. Al principio de su segunda estación calurosa observó una peculiaridad de sus sueños. Dos o tres veces al mes se duplicaban o se producían en serie. Se encontraba entrando en la tierra de los sueños por el mismo camino: un camino que iba junto a una playa cerca de una pila de leña. A la derecha estaba el mar, a veces con marea alta, y a veces retirado hasta el horizonte mismo. Pero sabía que era el mismo mar. Por ese camino cruzaba un promontorio de tierra cubierta de hierba corta y marchita que le conducía a los valles de la maravilla y la sinrazón. Más allá de la cresta, coronada con una especie de farol callejero, todo era posible; pero hasta el farol le parecía conocer el camino igual de bien que el campo de desfile. Aprendió a desear llegar a ese lugar, pues una vez allí estaba seguro de tener una buena noche de descanso, y el clima caluroso de India resultaba bastante agotador. Primero, ensombrecido bajo los párpados cerrados, aparecía el perfil del montón de leña; después la arena blanca del camino de la playa, colgando casi por encima del mar negro y cambiante; después el giro tierra adentro subiendo el promontorio hasta el farol. Cuando por alguna razón estaba inquieto, se decía a sí mismo que con seguridad llegaría allí, con toda seguridad, si cerraba los ojos y dejaba que las cosas pasaran por su mente. Pero una noche, tras jugar una hora de polo especialmente dura (el termómetro de su habitación marcaba treinta y cuatro grados centígrados a las diez), el sueño se apartó totalmente de él, aunque hizo lo posible por encontrar el conocido camino, el punto en donde comenzaba el verdadero sueño. Finalmente vio el montón de leña, y corrió hacia la cresta, pues a sus espaldas sentía que estaba el sofocante mundo de la vigilia. Llegó hasta el farol, con el hormigueo de la somnolencia, cuando un policía -un policía rural común- se plantó delante de él de un salto y le tocó en el hombro antes de que pudiera zambullirse en el oscuro valle inferior.

[9] *Mapa de diez centímetros.* Cottar y el comandante debían estar jugando a un juego llamado Kriegspiel.

Estaba aterrado -con el terror sin esperanza de los sueños- cuando el policía le dijo con esa horrible y clara voz de la gente de los sueños:

-Soy un policía de día que regresa de la ciudad del sueño. Venga conmigo.

Georgie sabía que era verdad: que más allá, en el valle, estaban las luces de la ciudad del sueño, donde habría encontrado abrigo, y que aquel policía tenía todo el poder y la autoridad para devolverle a la miserable vigilia. Se encontró mirando la luz de la luna sobre el muro, sudando por el temor; y nunca superó ese horror aunque encontró al policía en varias ocasiones durante la estación calurosa, y su aparición presagiaba una mala noche.

Pero otros sueños, totalmente absurdos, le producían un placer inexpresable. Todos los que recordaba empezaban junto a la pila de leña. Por ejemplo, encontró un pequeño vapor con mecanismo de relojería (ya lo había observado antes muchas noches) junto al camino del mar, se subió en él y se movió con gran velocidad sobre un mar absolutamente raso. Aquello fue glorioso, pues sintió que estaba explorando grandes cosas; y se detuvo junto a un lirio tallado en piedra que, de la manera más natural, flotaba sobre el agua. Viendo que el lirio llevaba escrito «Hong-Kong», Georgie dijo:

-Claro. Así es precisamente como esperaba que fuera Hong- Kong. ¡Qué magnifico!

Varios miles de millas más lejos se detuvo junto a otro lirio de piedra, con «Java» en la etiqueta; y también le complació enormemente, porque sabía que ahora estaba en el final del mundo. Pero el barquito siguió avanzando y avanzando hasta que se detuvo en una presa de profundas aguas cuyos costados eran de mármol tallado y estaban verdes por el musgo. Sobre el agua había nenúfares y los juncos formaban arcos por arriba. Alguien se movía entre los juncos: alguien que Georgie sabía que había ido hasta el fin del mundo para encontrarle. Por eso todo estaba absolutamente bien en él. Se sentía inexpresablemente feliz y se asomó por un costado del barco para encontrar a esa persona. Cuando sus pies tocaron esas aguas tranquilas se transformaron con el crujido que hacen los mapas al desenrollarse nada menos que en un sexto continente del globo que estaba más allá de la imaginación más remota del hombre: un lugar en el que las islas eran de color amarillo y azul y estaban recorridas por las letras de su nombre. Daban a mares desconocidos y Georgie sintió urgentemente el deseo de regresar velozmente, a través de ese atlas flotante, a lugares conocidos. Se dijo a sí mismo repetidamente que no era bueno tener prisa; pero aun así se apresuraba desesperadamente, y las islas se deslizaban y deslizaban bajo sus pies, los estrechos se abrían y ensanchaban, hasta que se encontró totalmente perdido en la cuarta dimensión del mundo, sin esperanza de regresar. Pero a muy escasa distancia podía ver el viejo mundo, con los ríos y las cadenas montañosas señalizados según las normas cartográficas de Sandhurst. Entonces la persona a la que había ido a buscar a la Presa de Lily (que así se llamaba) corrió por encima de territorios inexplorados y le mostró un camino. Huyeron cogidos de la mano hasta que llegaron a una carretera que cruzaba por encima de barrancos, y por el borde de precipicios, y que se convertía en túneles bajo las montañas.

-Esto lleva hasta nuestra pila de leña -dijo su compañero; y todos sus problemas terminaron. Cogió un caballo porque se daba cuenta de que se trataba de la Carrera de las Treinta Millas, y debía cabalgar velozmente; y corrió a través de los ruidosos túneles y tomando las curvas, siempre colina abajo, hasta que escuchó el mar a su izquierda y lo vio bramar bajo la luna llena junto a los riscos arenosos. Todo sucedía rápidamente, pero reconoció la naturaleza del país, los llanos de color morado oscuro en tierra adentro, las

curvas que silbaban al viento. El camino desaparecía en algunos lugares y las olas del mar rompían contra él: lenguas negras y sin espuma de olas alargadas lisas y brillantes; pero estaba convencido de que había menos peligro en el mar que en «ellos», fuesen quienes fuesen «ellos», que estaban tierra adentro, a su derecha. Sabía también que estaría a salvo si podía llegar a la loma del farol. Sucedió tal como esperaba: vio una luz a una milla de distancia en la playa, desmontó, giró a la derecha, caminó tranquilamente por encima de la pila de leña, descubrió que el pequeño vapor había regresado a la playa, al mismo sitio de donde había partido y... debió quedarse dormido porque no pudo recordar nada más.

-Estoy empezando a entender la geografía de ese lugar -se dijo a sí mismo al afeitarse a la mañana siguiente-. Debo haber hecho una especie de círculo. Veamos. La Cabalgada de las Treinta Millas (¿cómo diablos sabía que se llamaba así?) se une con el camino marítimo más allá de la primera loma en donde está el farol. Y ese país cartográfico está de espaldas a la Cabalgada de las Treinta Millas, en algún lugar a la derecha más allá de las colinas y los túneles. Curiosa cosa son los sueños. Me pregunto qué es lo que hace que los míos ajusten unos con otros de esa manera.

Siguió cumpliendo los distintos deberes de cada estación. El regimiento se trasladó y disfrutó de la marcha por carretera durante dos meses, que aprovecharon para dedicarse a diversas cacerías; y cuando llegaron al nuevo acantonamiento se hizo miembro del Tent Club local, y cazó potentes verracos a lomos de caballo con una lanza corta y punzante. Allí conoció el *mahseer* del Poonch[10], a cuyo lado el tarpón es un arenque [11], y aquél que lo lleva a tierra puede decir que es un pescador. Aquello era tan nuevo y tan fascinante como la caza mayor que le correspondió, cuando se fotografió, para enviar la instantánea a su madre, sentado sobre el costado de su primer tigre.

Luego el ayudante fue ascendido, y Cottar se alegró con él, pues le admiraba mucho, y se maravilló de que pudiera existir alguien tan importante como para ocupar su puesto; por eso casi se desmayó cuando la capa cayó sobre sus hombros y el coronel dijo algunas cosas que le hicieron sonrojar. El puesto de ayudante no se diferencia materialmente del de principal de la escuela, y Cottar mantuvo con el coronel la misma relación que había tenido con su antiguo director en Inglaterra. Pero con el calor la calma se desgasta, y se dijeron e hicieron cosas que le dolieron mucho, y cometió desatinos gloriosos de los que el sargento mayor del regimiento le sacó con alma leal y la boca cerrada. Los desastrados e incompetentes bramaban contra él; los débiles de carácter se esforzaban por apartarle de los caminos de la justicia; los mediocres -sí, esos hombres que Cottar creía que nunca «harían lo que tienen que hacer los hombres»- le imputaban motivos viles y tortuosos a actos en los que ni siquiera había pensado previamente; saboreó la injusticia y eso le puso enfermo. Pero su consuelo llegaba en el campo de desfiles, donde contemplaba las compañías completas y reflexionaba sobre el número escaso de hombres que había en el hospital o en las celdas, y se preguntaba cuándo llegaría el momento de poner a prueba la máquina de su amor y sus trabajos. Pero para ello necesitaban y esperaban el trabajo de un día entero de un hombre, y quizás tres o cuatro horas de la noche. Curiosamente, nunca soñaba con el regimiento, tal como se suponía popularmente. La mente, liberada de los quehaceres del día, en general cesaba de trabajar totalmente, o si se movía le

[10] *Mahseer.* Se trata de un barbo muy apreciado por los pescadores.
[11] *Tarpon.* En realidad es un arenque, aunque muy grande.

trasladaba por la antigua carretera de la playa hasta las lomas, el farol y, de vez en cuando, el terrible policía del día. La segunda vez que regresó al continente perdido del mundo (era un sueño que se repetía una y otra vez, con variaciones, sobre el mismo terreno) supo que si se quedaba quieto, la persona de la Presa de Lily le ayudaría; y no quedó decepcionado. A veces quedaba atrapado en minas de enorme profundidad excavadas en el corazón del mundo, donde hombres atormentados cantaban canciones sonoras; y oía que esa persona se acercaba por las galerías, y todo se volvía seguro y delicioso. Volvían a encontrarlo en vagones de ferrocarril indios de techo bajo, y se detenían en un jardín rodeado por barandillas doradas y verdes donde un populacho de gentes blancas y pétreas, inamistosas, se sentaba en mesas de desayuno cubiertas de rosas y apartaban a Georgie de su compañero mientras voces subterráneas entonaban cantos con voz profunda. Georgie se llenaba de desesperación hasta que ambos volvían a encontrarse. Conversaban en una interminable y calurosa noche tropical y se deslizaban dentro de una enorme casa que él sabía se levantaba en algún lugar situado al norte de la estación de ferrocarril, en la que la gente comía entre las rosas. Estaba rodeada de jardines, todos húmedos y goteantes; y en una habitación a la que se llegaba a través de leguas de pasillos encalados, yacía en la cama un Objeto Enfermo. Georgie sabía que el menor ruido desencadenaría un terror que estaba allí aguardando, su compañero también lo sabía; pero cuando sus miradas se encontraban por encima de la cama, Georgie se sentía disgustado al comprobar que ella era una niña... una niña pequeña con sandalias de correas y los cabellos negros peinados hacia atrás desde la frente.

-¡Qué estupidez tan horrible! -pensaba-. No podrá hacer nada si se le desprende la cabeza.

Entonces el objeto tosía y la escayola del techo se caía sobre la mosquitera y «ellos» entraban corriendo desde todas las esquinas. Él se llevaba a rastras a la niña a través del jardín sofocante, con las voces cantando a sus espaldas, y cabalgaban la Cabalgada de las Treinta Millas utilizando el látigo y las espuelas por la playa arenosa junto al mar que se agitaba con violencia, hasta que llegaban a los altos, el farol y la pila de leña, que significaba la seguridad. Muy a menudo los sueños se interrumpían de esta manera, y ellos se separaban para enfrentarse a solas a tremendas aventuras. Pero los momentos más agradables eran cuando ella y él tenían una comprensión clara de que todo era falso, y así caminaban por entre ríos estruendosos de una milla de anchura sin ni siquiera quitarse los zapatos, o prendían fuego a ciudades populosas sólo para ver cómo ardían, y eran descorteses, como cualquier niño, con las vagas sombras que se encontraban en sus paseos. Sabían que más tarde, por la noche, sufrirían por ello, bien en manos de las gentes del ferrocarril que comían entre rosas, o en las tierras altas tropicales, al otro extremo de la Cabalgada de las Treinta Millas. Pero aquello no les asustaba demasiado, aunque a menudo Georgie la oyera gritar «¡Chico! ¡Chico!» a medio mundo de distancia, y él acudía corriendo a rescatarla antes de que «ellos» la maltrataran.

Ella y él exploraban los altos de color morado oscuro, tierra adentro, tan lejos de la pila de leña como se atrevían a llegar, aunque aquello era siempre un asunto peligroso. El interior estaba lleno de «ellos» y «ellos» cantaban en los huecos, por lo que ella y Georgie se sentían más seguros en la orilla del mar o sus proximidades. Había llegado a conocer tan bien el lugar de sus sueños que incluso despierto lo aceptaba como un país real, y trazaba un esbozo aproximado de la zona. Evidentemente, guardaba el secreto de aquello, pero la permanencia de esa tierra le asombraba. Su sueños ordinarios eran tan

informes y pasajeros como cualquier sueño saludable, pero de vez en cuando se movía junto a la pila de leña dentro de límites conocidos y podía saber adónde iba a llegar. Una vez hubo varios meses en los que nada notable cruzaba su sueño. Después los sueños regresaban en series de cinco o seis, y a la mañana siguiente ponía al día el mapa que guardaba en su carpeta, pues Georgie era una persona de lo más metódica. Había ciertamente un peligro -sus mayores así lo decían- de convertirlo todo en un «lío de comadres» habitual en un ayudante, y una vez que un oficial acepta la soltería prolongada hay más esperanzas para la virgen de setenta años que para él.

Pero el destino produjo el cambio necesario en la forma de una pequeña campaña de invierno en la frontera, que a la manera de las pequeñas campañas se reveló como una guerra muy fea; y el regimiento de Cottar fue uno de los primeros seleccionados.

-Ahora nos quitaremos las telarañas, especialmente usted, Galahad -dijo un comandante-. Y veremos lo que su actitud de «gallina con sus polluelos» ha hecho por el regimiento.

Cottar casi llora de alegría ante la perspectiva de la campaña. Estaban preparados: físicamente mucho más preparados que las otras tropas; eran buenos en el campo, seco o húmedo, habiendo comido o sin comer; y seguían a sus oficiales con la veloz flexibilidad y la obediencia entrenada de un equipo de rugby de primera categoría. Quedaron aislados de una base en su defensa y alegremente se abrieron camino hasta ella de nuevo; coronaron y limpiaron colinas llenas de enemigos con la precisión de perros de caza bien adiestrados; y en la hora de la retirada, cuando contaban con el estorbo de los enfermos y heridos de la columna, fueron perseguidos once millas por un valle sin agua y sirviendo de retaguardia se cubrieron con gran gloria a los ojos de los profesionales. Cualquier regimiento sabe avanzar, pero muy pocos saben retirarse llevando un aguijón en la cola. Después recorrieron e hicieron caminos, con frecuencia bajo el fuego, y desmantelaron algunos reductos de barro poco convenientes. Fueron el último cuerpo en retirarse cuando se barrieron los escombros de la campaña; y tras pasar un mes en un campamento estable, que pone a prueba gravemente la moral, regresaron a su acantonamiento cantando:

Va a hacerlo sin ellos,
ya no los quiere;
va a hacerlo sin ellos,
como lo hizo antes muchas veces,
va a ser un mártir
de una manera muy nueva,
y todos los chicos y chicas dirán:
¡Oh! ¡Qué agradable ese joven... joven... joven!
¡Oh! ¡Qué agradable joven!

Se imprimió una *Gazette* [12] por la que Cottar se enteró de que se había comportado con «valor, frialdad y discreción» en todos sus destinos; de que bajo el fuego enemigo había ayudado a los heridos y de que, también bajo el fuego, había cruzado una puerta. Resultado claro, el grado de capitán con el mando efectivo de un comandante, unido a la

[12] *Gazette.* La publicación oficial que anuncia detalles sobre los ascensos y medallas en las fuerzas armadas.

Orden de Servicios Distinguidos.

En cuanto a los heridos, explicó que eran los dos hombres pesados a quienes él podía levantar con más facilidad que cualquier otro.

-En otro caso, desde luego, habría enviado a uno de mis hombres; y desde luego, lo del asunto de la puerta quede claro que estuvimos a salvo nada más traspasarla.

Pero eso no impidió que sus hombres le vitorearan estruendosamente cuando le veían, ni que sus colegas le ofrecieran una cena en la víspera de su partida hacia Inglaterra (por usar sus palabras, un año de permiso fue una de las cosas que «hurtó en la campaña»). El doctor, que había dado por sentado todo lo bueno que se decía de él, citó esa poesía que dice que «Una buena hoja esculpe los cascos de los hombres» [13], y todo eso, y todos afirmaron que Cottar era una persona excelente; pero cuando se levantó él para hacer su primer discurso, gritaron tanto que sólo se le oyó decir:

-Es inútil tratar de hablar con tus compañeros fastidiándote así. Vámonos a jugar al billar.

No es desagradable pasar veintiocho días en un vapor indolente sobre aguas templadas en la compañía de una mujer que te da a entender que le sacas la cabeza y los hombros al resto del mundo, incluso aunque esa mujer pueda tener, tal como suele suceder, diez años más que tu superior. Los barcos de P. and O. no están iluminados con ese desagradable detalle de los trasatlánticos. Hay más fosforescencia en la proa, y mayor silencio y oscuridad tras el aparato de gobernar a mano.

A Georgie le podían haber sucedido cosas horribles, de no haber sido porque nunca había estudiado los principios del juego que se esperaba que jugase. Por eso cuando la señora Zuleika le expresó en Aden el interés maternal que sentía por su bienestar, medallas, mando efectivo y todo eso, Georgie la tomó al pie de la letra y poco después le hablaba de su madre, que estaba trescientas millas más cercana cada día, de su hogar y todo eso mientras subían por el Mar Rojo. Le resultó mucho más fácil de lo que había supuesto hablar con una mujer durante una hora entera. Después la señora Zuleika, dejando a un lado el afecto maternal, le habló del amor en abstracto como algo no indigno de estudio, y en discretos crepúsculos, después de la cena, le pedía que le hiciera confidencias. A Georgie le habría encantado proporcionárselas, pero no tenía ninguna, y no sabía que su deber consistía en inventarlas. La señora Zuleika expresó sorpresa e incredulidad, y planteó todas aquellas preguntas que lo profundo hace a lo profundo. Aprendió todo lo necesario para creerle, y como era una mujer recuperó su actitud maternal (Georgie no llegó a darse cuenta de que la había abandonado).

-¿Sabe? -le dijo ella en algún punto del Mediterráneo-. Creo que es usted el muchacho más adorable que he conocido en mi vida, y quisiera que me recordara un poco. Lo hará cuando sea mayor, pero quiero que me recuerde ahora. Hará muy feliz a alguna joven.

-¡Oh! Eso espero -contestó seriamente Georgie-. Pero hay montones de tiempo para casarse y todo lo demás, ¿no le parece?

-Eso depende. Aquí tiene las bolsas de judías para la competición de damas. Creo que me estoy haciendo demasiado mayor para preocuparme por estos *tamashas* [14].

Estaban organizando competiciones y Georgie pertenecía al comité. No se dio cuenta

[13] *Un buen...* . *El* primer verso de «Sir Galahad», de Alfred Lord Tennyson.

[14] *Tamashas.* En indostaní, función pública, entretenimiento, lío.

de lo perfectamente que habían sido cosidas las bolsas, pero otra mujer sí lo hizo, y sonrió. A él le gustaba mucho la señora Zuleika. Era un poco mayor, desde luego, pero inusualmente agradable. No había en ella nada que resultara absurdo.

Unas noches después de pasar por Gibraltar, su sueño volvió a él. La que le aguardaba junto a la pila de leña ya no era una niña pequeña, sino una mujer de cabello negro que le crecía en forma de V sobre la frente, peinándolo hacia atrás. La reconoció como la niña de negro, la compañera de los últimos seis años, y tal como había sucedido en la época de los encuentros en el Continente Perdido, sintió un placer inexpresable. «Ellos», por alguna razón de la tierra de los sueños, aquella noche se mostraban amigables o habían desaparecido, y los dos revolotearon juntos por todo su país, desde la pila de leña hasta la Cabalgada de las Treinta Millas, hasta que vieron la casa del Objeto Enfermo, como un pequeño punto en la distancia, a la izquierda; caminaron por la sala de espera del ferrocarril, donde las rosas estaban extendidas sobre las mesas del desayuno; y regresaron, pasando por el vado y por la ciudad que habían quemado una vez para divertirse, a los grandes promontorios de los altozanos, bajo el farol. Allá donde iban les seguía desde el subsuelo un poderoso canto, pero aquella noche no había pánico. Toda la tierra estaba vacía salvo por ellos, y al final (estaban sentados bajo el farol, cogidos de la mano) ella se volvió y le besó. Él despertó con un sobresalto y se quedó mirando la cortina de la puerta del camarote, que se agitaba; casi habría jurado que el beso había sido real.

A la mañana siguiente, en el Mar de Vizcaya, la mar estaba agitada y la gente no se sentía bien; pero cuando Georgie bajó a desayunar afeitado, bañado y oliendo a jabón, muchos se volvieron para mirarle por la luz de sus ojos y el esplendor de su semblante.

-Tiene usted un aspecto excelente -le espetó un vecino-. ¿Alguien le ha dejado una herencia en mitad de la bahía?

Georgie cogió el curry con una sonrisa seráfica.

-Imagino que es el estar tan cerca de casa, y todo eso. Me siento bastante alegre esta mañana. El mar está un poco movido, ¿no le parece?

La señora Zuleika se quedó en el camarote hasta el final del viaje, bajó del barco sin despedirse de él y una vez en el muelle lloró apasionadamente de pura alegría al encontrar a sus hijos, quienes, como había dicho a menudo, tanto se parecían al padre.

Georgie se dirigió a su condado, loco de alegría por el primer permiso largo tras las vacas flacas. Nada había cambiado en aquella vida ordenada, desde el cochero que le recibió en la estación de ferrocarril al pavo real blanco que graznaba al carruaje desde la muro de piedra, por encima de los prados bien cortados. La casa entera le recibió en la puerta respetando debidamente la jerarquía: primero la madre; después el padre; después el ama de llaves, que lloró y alabó a Dios; después el mayordomo; y así hasta el ayudante del portero, que había sido el. encargado de los perros en la juventud de Georgie, y le llamó «amo George», y fue reprendido por el mozo de cuadras que había enseñado a montar a Georgie.

-No ha cambiado ni una sola cosa -dijo satisfecho y suspirando cuando los tres se sentaron a cenar a última hora de la tarde, mientras los conejos se deslizaban por el prado bajo los cedros, y la gran trucha de la laguna, junto al parque de la casa, saltaba para cazar su cena.

-*Nuestros* cambios ya han terminado, querido -contestó la madre con voz cantarina-. Y ahora me estoy acostumbrando a tu tamaño y tu bronceado (estás muy moreno,

Librodot

Georgie), y veo que no has cambiado lo más mínimo. Eres exactamente igual que tu padre.

Éste le sonreía desde el fondo de su corazón:

-El comandante más joven del ejército, y deberías haber recibido la Cruz de Victoria, señor -dijo mientras el mayordomo escuchaba con su máscara profesional cuando el amo Georgie habló de la guerra tal como se libraba hoy, y su padre no dejaba de hacerle preguntas.

Salieron a la terraza para fumar entre las rosas, y la sombra de la vieja casa se extendía por encima del maravilloso follaje inglés, el único verde vivo que existe en el mundo.

-¡Perfecto! ¡Por Júpiter, es perfecto! -exclamó Georgie mirando los redondeados bosques más allá del parque de la casa, donde estaban las jaulas de los faisanes blancos; y el aire dorado se llenó de cientos de sonidos y aromas sagrados. Georgie sintió que su padre le apretaba el brazo.

-No está nada mal... pero *hodie mihi, tras tibi* [15], ¿no es así? Supongo que algún día aparecerás con una joven del brazo, si es que ya no la tienes, ¿eh?

-Puede tranquilizarse, señor. No tengo ninguna.

-¿Nada en todos estos años? -preguntó la madre.

-No tuve tiempo, mamá. En estos tiempos en la milicia tienen a un hombre realmente ocupado, y la mayoría de nuestros oficiales están solteros también.

-Pero habrás conocido a cientos de jóvenes en sociedad... en los bailes y todo eso.

-Soy como el Décimo, mamá: no bailo.[16]

-¡Que no bailas! ¿Qué has estado haciendo entonces, avalar las facturas de los otros? -preguntó el padre.

-Oh, sí; también he hecho un poco de eso; pero comprenda, tal como son las cosas ahora, un hombre tiene todo su trabajo atrasado para mantenerse al día en su profesión, y mis días estaban siempre demasiado ocupados para poder haraganear hasta media noche.

-¡Humm! -exclamó el padre con desconfianza.

-Nunca es tarde para aprender. Tendremos que dar alguna fiesta a la gente de por aquí ahora que has vuelto. A menos que quieras irte directamente a la ciudad, querido.

-No. No hay nada mejor que esto. Quedémonos tranquilos y disfrutemos. Supongo que encontraré algo en lo que montar si lo busco.

-Imagino que algo deberá haber si tenemos en cuenta que en las últimas seis semanas me he tenido que contentar con los dos viejos caballos pardos porque todos los otros tenían que estar preparados para el amo Georgie -contestó el padre riéndose entre dientes-. Me recuerdan de cien maneras distintas que ahora debo ocupar el segundo lugar.

-¡Brutos!

-Tu padre no quiere decir eso, querido; pero todos han hecho lo posible para que tu vuelta a casa sea un éxito; y a ti te parece bien, ¿no es así?

-¡Perfecto! ¡Perfecto! No hay lugar como Inglaterra... cuando has cumplido tu trabajo.

-Ésa es la manera adecuada de verlo, hijo mío.

Y así subieron y bajaron por el camino embaldosado hasta que sus sombras se volvieron alargadas bajo la luz de la luna y la madre entró en la casa y tocó aquellas

[15] *Hodie...* Lo que hoy es mío, mañana será tuyo.

[16] *No bailo.* Se había extendido la leyenda de que El Décimo de Húsares no participaba en los bailes.

canciones que de pequeño a él le encantaban, y trajeron los pequeños candelabros de plata y Georgie subió a las dos habitaciones del ala oeste que fueron al principio su dormitorio y la sala de juegos. ¿Y quién subió a arroparle por la noche sino la madre? Ella se quedó sentada en la cama y charlaron durante una larga hora, como deben hacerlo una madre y su hijo si hay algún futuro para nuestro Imperio. Con la astucia profunda de una mujer simple, le hizo preguntas y le sugirió respuestas que deberían haber provocado algún signo en el rostro que había sobre la almohada, pero no hubo ni estremecimiento del párpado ni aceleración de la respiración, ni evasión ni retraso en la respuesta. Ella le dio su bendición, le besó en la boca, que no siempre es propiedad de una madre, y más tarde le dijo a su esposo algo que a él le hizo proferir risas impías e incrédulas.

Todos aguardaban a Georgie a la mañana siguiente, desde un altísimo chaval de seis años, «con una boca como un guante de niño, amo Georgie», hasta el ayudante del portero que paseaba descuidadamente por el horizonte, con la caña de pescar preferida de Georgie en la mano, y que le dijo:

-Hay un pez de cuatro libras dando saltos y coletazos. No los tenía así en India, amo... comandante Georgie.

Aquello era más hermoso de lo que es posible explicar, a pesar de que la madre insistiera en sacarle a pasear en el landó (el cuero conservaba el olor de los domingos calurosos de su juventud) y presentárselo a sus amigos de todas las casas en seis millas a la redonda; y el padre le llevó a la ciudad para comer en el Club, donde con aparente descuido le presentó a no menos de treinta antiguos guerreros cuyos hijos no eran el comandante más joven del ejército ni habían recibido la Orden a los Servicios Distinguidos. Después fue el turno de

Georgie; y acordándose de sus amigos llenó la casa con esos oficiales que viven en alojamientos baratos de Southsea o Montpelier Square, Brompton: buenos hombres todos, pero no acomodados. La madre se dio cuenta de que necesitaban chicas, y como no había escasez de éstas la casa zumbaba como un palomar en primavera. Deshicieron el lugar con la idea de prepararlo para funciones de teatro de aficionados; desaparecieron en los jardines cuando debían estar ensayando; utilizaron todos los vehículos y caballos disponibles, especialmente el caballo grueso y el carro del aya; irrumpieron en el vivero de truchas; hicieron meriendas campestres y jugaron al tenis; y se sentaron junto a la puerta en el crepúsculo, de dos en dos, y Georgie se dio cuenta de que no era en absoluto necesario para su entretenimiento.

-¡Válgame Dios! -dijo al ver que se iba el último de sus amigos-. Me dijeron que se divertirían, pero no han hecho ni la mitad de cosas que dijeron que harían.

-Sé que se han divertido... inmensamente -dijo la madre-. Eres un benefactor público, querido.

-Ahora podremos volver a estar tranquilos, ¿no te parece?

-Oh, mucho. Tengo una queridísima amiga que quiero que conozcas. No podía venir con la casa tan llena, porque está inválida, y se encontraba fuera cuando tú llegaste. Es la señora Lacy.

-¡Lacy! No recuerdo ese nombre por aquí.

-No; vinieron después de que te marchases a India... desde Oxford. Su marido murió allí, y tengo entendido que ella perdió algún dinero. Compraron The Firs, en Bassett Road. Es un mujer muy dulce, y queremos mucho a los dos miembros de la familia Lacy.

-Pero es viuda, ¿no me dijiste eso?

-Tiene una hija. Seguro que te lo dije, querido.

-¿Y se caerá en el vivero de truchas, y parloteará todo el rato con risitas diciendo «¡Oh, comandante Cottah!» y todas esas cosas?

-Por supuesto que no. Es una joven muy tranquila, y muy musical. Siempre viene aquí con sus libros de música... para componer, ya sabes; y suele trabajar todo el día, así que no tendrás...

-¿Hablando de Miriam? -le interrumpió el padre, que llegaba en ese momento. La madre le dio un codazo, pues el padre de Georgie carecía de delicadeza-. Oh, Miriam es una joven encantadora. Toca maravillosamente. Y también monta maravillosamente. Es la mimada de la casa. Solía llamarme... -el codo volvió a golpearle y el padre, ignorante, pero obediente como siempre, guardó silencio.

-¿Qué solía llamarle, señor?

-Todo tipo de nombres cariñosos. Me encanta Miriam.

-Suena a judío... Miriam.

-¡Judío! Después de eso empezarías a pensar en que lo es también tu nombre. Es una de las Lacy de Herefordshire. Cuando muera su tía... -de nuevo recibió el codazo.

-Bueno, tú ni siquiera la verás, Georgie. Está todo el día ocupada con la música o con su madre. Además, mañana vas a la ciudad, ¿no es así? Creí oírte decir algo sobre una reunión del Instituto -intervino la madre.

-¿Ir a la ciudad *ahora?* ¡Que absurdo! -empezó a decir el padre, hasta que le volvieron a imponer silencio.

-Había pensado en ello, pero no estoy muy seguro -contestó el hijo.

¿Por qué su madre trataba de que él se fuera cuando esperaban a una joven aficionada a la música y a su inválida madre? No le parecía bien que mujeres desconocidas dieran nombres cariñosos a su padre. Tendría que observar a esas personas ambiciosas que sólo llevaban siete años en el condado.

La madre leyó todo eso en su semblante, y mantuvo una actitud de dulce desinterés.

-Vendrán hoy a la hora de la cena. Les he enviado el vehículo y no se quedarán más que una semana.

-Quizás vaya a la ciudad. Todavía no estoy seguro -dijo Georgie marchándose con poca resolución. Había una conferencia en el United Services Institute sobre el suministro de munición en el campo, y la pronunciaría el hombre cuyas teorías más irritaban al comandante Cottar. Seguramente habría una discusión acalorada, y quizás se viera obligado a hablar. Aquella tarde cogió su caña de pescar y bajó a echarla entre las truchas.

-¡Buena pesca, querido! -exclamó la madre desde la terraza.

-Me temo que no podrá ser, mamá. Todos esos hombres de la ciudad, y particularmente las jóvenes, han alejado a las truchas de sus comederos durante semanas. A ninguno de ellos les importa la pesca en realidad. Todo dar patadas y gritos en la orilla por capricho, diciéndoles a cada pez a media milla de distancia exactamente qué era lo que iban a hacer, para luego desperdiciar una pobre mosca tirándosela. ¡Por Júpiter, *a mí* me asustarían si yo fuera una trucha! Pero las cosas no fueron tan mal como había esperado. El mosquito negro estaba sobre el agua y observaba fijamente ésta. Un pez de tres cuartos de libra en la segunda lanzada le preparó para la campaña y empezó a descender, ocultándose tras los juncos y reinas de los prados; deslizándose entre un seto

de carpe y una franja de orilla de treinta centímetros de anchura, desde donde podía ver la trucha, pero éstas no podían distinguirle del fondo, se puso boca abajo para traspasar una zona azulada a través de las sombras a cuadros de una ondulación llena de grava bajo los arcos de los árboles. Conocía cada centímetro del agua desde que medía un metro. Las truchas astutas y viejas que había entre las raíces hundidas, con su cuerpo grande y graso en la espuma que se formaba bajo alguna corriente fuerte de agua, aspirando perezosamente como las carpas, acabaron por tener problemas ante la mano que tan delicadamente imitaba el aleteo de una mosca poniendo huevos. Y así Georgie se encontró a cinco millas de casa cuando tenía que estar vistiéndose ya para la cena. El ama de llaves había cuidado de que su muchacho no se fuera de vacío, y antes de pasar a la mariposa blanca se sentó ante un clarete excelente con sandwiches de huevo cocido y esas cosas que a las mujeres les encanta hacer y en las que los hombres nunca se fijan. Después regresó, ante la sorpresa de la nutria que excavaba buscando moluscos de agua dulce, los conejos de los márgenes de los abedules que comían tréboles, y el búho blanco, parecido a un policía, inclinado sobre el pequeño ratón de campo, hasta que la luna fue ya poderosa y Georgie cogió la caña y regresó a su casa a través de los huecos de los setos que tan bien conocía. Dio una vuelta completa a la casa, pues aunque ahora le habrían permitido infringir todos los reglamentos del lugar, la ley de su infancia era inquebrantable: después de pescar uno entraba por la puerta trasera del jardín del sur, se lavaba en la antecocina y no se presentaba ante sus mayores hasta que se había lavado y cambiado.

-¡Las diez y media, por Júpiter! Bueno, pondremos la pesca como excusa. Además, no querrán verme la primera noche. Probablemente se habrán acostado -dijo mirando por las ventanas abiertas de la sala de estar-. No, no lo han hecho. Parecen muy a gusto ahí dentro.

Pudo ver a su padre en un sillón, la madre en el suyo y la espalda de una joven al piano junto al jarrón grande de flores secas aromáticas. Bajo la luz de la luna, el jardín parecía casi divino, y se metió entre las rosas para terminar la pipa.

Al finalizar un preludio, salió flotando una voz de ésas que en la infancia se suele llamar «cremosa»: un verdadero contralto pleno; y ésta es, sílaba a sílaba,' la canción que escuchó:

Al borde del altozano morado,
donde brilla el farol único,
conoces el camino a la Ciudad Piadosa
que está junto al Mar de los Sueños.
Donde el pobre puede dejar sus males,
y el enfermo puede olvidarse de llorar.
Pero nosotros... ¡piedad para nosotros! ¡Oh, piedad para nosotros!
Nosotros estamos despiertos: ¡ay, piedad para nosotros!
Debemos regresar con el policía de día
¡regresar desde la Ciudad del Sueño!

Fatigados regresan de la rúbrica y la corona,
de los grilletes, la oración y el arado,
aquellos que suben a la Ciudad de la Piedad,

pues sus puertas se están cerrando ahora.
Es su derecho en los Baños de la Noche
empapar el cuerpo y el alma:
pero nosotros... ¡piedad para nosotros! ¡Oh, piedad para nosotros!
Nosotros estamos despiertos: ¡ay, piedad para nosotros!
Debemos regresar con el policía de día
¡regresar desde la Ciudad del Sueño!

Sobre el borde del altozano morado,
donde comienzan los sueños tiernos,
contemplamos, podemos contemplar, la Ciudad Piadosa
¡pero no podemos entrar en ella!
Expulsados todos, de sus defendidos muros
a nuestra vigilia nos deslizamos:
pero nosotros... ¡piedad para nosotros! ¡Oh, piedad para nosotros!
Nosotros estamos despiertos: ¡ay, piedad para nosotros!
Debemos regresar con el policía de día
¡regresar desde la Ciudad del Sueño! [17]

Con el último eco se dio cuenta de que su boca estaba seca y de que en el velo del paladar latía un pulso desconocido. El ama de llaves, que había pensado que se habría caído y cogido un enfriamiento, le aguardaba para ayudarle en las escaleras, y como él ni la vio ni le respondió, se fue contando una historia extraña que hizo que la madre llamara a su puerta.

-¿Ha sucedido algo, querido? Harper dijo que pensaba que...

-No; no es nada. Estoy muy bien, mamá. *Por favor,* no me molestes.

Ni siquiera reconocía su propia voz, pero eso apenas importaba al lado de lo que estaba pensando. Claramente, con toda evidencia, aquella coincidencia era una locura. Así se lo demostró, a plena satisfacción, a sí mismo, al comandante George Cottar, que al día siguiente iba a acudir a la ciudad a escuchar una conferencia sobre el suministro de munición en el campo; y una vez demostrado, el alma, el cerebro, el corazón y el cuerpo de Georgie gritaron gozosamente: «Es la chica de la Presa de Lily... la chica del Continente Perdido... la chica de la Cabalgada de las Treinta Millas... ¡La chica de la leña! ¡La conozco!»

Despertó en la silla, rígido y acalambrado, y reconsideró la situación a la luz del sol, aunque siguió sin parecerle normal. Pero un hombre debe comer y bajó a desayunar con el corazón en un puño, reteniéndolo con fuerza.

-Tarde, como de costumbre -le saludó la madre-. Éste es mi muchacho, Miriam.

Una joven alta vestida de negro levantó los ojos hacia él y todo el duro entrenamiento de la vida de Georgie le abandonó... en cuanto se dio cuenta de que ella no lo sabía. La miró fría y críticamente. Allí estaba el abundante pelo negro creciendo en forma de V sobre la frente y peinado luego hacia atrás, con esa onda peculiar sobre la oreja derecha; allí estaban los ojos grises un poco juntos; el corto labio superior, la barbilla resuelta y la conocida pose de la cabeza. Allí estaba también la boca pequeña y bien recortada que le

[17] *La Ciudad del Sueño.* Poema de Kipling que fue publicado más tarde.

había besado.

-¡Georgie... *querido!* -exclamó la madre sorprendida al darse cuenta de que Miriam se sonrojaba bajo la mirada fija de su hijo.

-¡Le... le ruego me perdone! -dijo con un nudo en la garganta-. No sé si mi madre se lo habrá dicho, pero a veces soy bastante idiota, sobre todo antes de desayunar. Es... es un fallo de familia.

Se dio la vuelta para explorar entre los platos colocados sobre agua caliente en la mesa auxiliar, alegrándose de que ella no supiera... de que no supiera. Durante el resto de la comida la conversación de Georgie fue una locura, aunque su madre pensó que nunca había sido ni la mitad de guapo. ¿Cómo podía una joven, y todavía menos una con el discernimiento de Miriam, evitar caer rendida ante él y venerarle? Pero Miriam se sentía profundamente disgustada. Nunca antes la habían mirado de esa manera, y enseguida se retiró en su concha cuando Georgie anunció que había cambiado de opinión con respecto al viaje a la ciudad y que se quedaría para acompañar a la señorita Lacy si ésta no tenía nada mejor que hacer.

-Oh, pero no tiene que molestarse por mí. Estoy trabajando. Tengo cosas que hacer toda la mañana.

«¿Qué habrá hecho a George comportarse tan extrañamente?», pensó la madre mientras lanzaba un suspiro. «Miriam es un manojo de nervios y sentimientos... como su madre.»

-Compone usted, ¿no es así? Debe ser maravilloso saber hacerlo. (« ¡Cerdo... que cerdo!», pensó Miriam.) Creo que la oí cantar cuando regresé anoche de la pesca. Algo sobre un Mar de los Sueños, ¿no es así? [Miriam se estremeció hasta el núcleo del alma que la afligía.] Una canción terriblemente hermosa. ¿Cómo piensa tales cosas?

-Querida, tú sólo compusiste la música, ¿no?

-También el texto, mamá. Estoy convencido de ello -añadió Georgie con mirada centelleante. No; ella no sabía nada.

-Sí; también escribí el texto -contestó Miriam lentamente, pues sabía que ceceaba cuando se ponía nerviosa.

-Pero ¿cómo *pudiste* saberlo, Georgie? -preguntó la madre tan complacida como si su joven comandante tuviera diez años de edad y alardeara delante de la gente.

-De alguna manera, estaba convencido. Bueno, hay montones de cosas mías, mamá, que no entiendes. Parece que va a hacer un día caluroso... para Inglaterra. ¿Le gustaría cabalgar esta tarde, señorita Lacy? Si lo desea, podemos salir después del té.

Miriam no podía negarse, pero cualquier mujer se habría dado cuenta de que aquello no le complacía.

-Será muy agradable si tomáis la carretera de Bassett. Me ahorrará tener que enviar a Martin al pueblo -dijo la madre para llenar los vacíos.

Como todos los buenos administradores, la madre tenía una debilidad: la manía de trazar pequeñas estrategias que economizaran caballos y vehículos. Los hombres de la familia se quejaban de que les convertía en mensajeros comunes, y se había extendido la leyenda de que en un ocasión le dijo al padre por la mañana antes de una partida de caza: «Querido, si *mataras* algo cerca de Bassett, y no es demasiado tarde, ¿te importaría dejarte caer y llevarme esto?

-Sabía que iba a pasar. Nunca pierdes la oportunidad, madre. Sea un pescado o una maleta, no lo haré -contestó Georgie riendo.

-Sólo es un pato. Lo preparan estupendamente en Mallett's -contestó la madre-. No te importará, ¿verdad? Como hace tanto calor, tomaremos una cena improvisada a las nueve.

El largo día de verano se arrastró como si fueran siglos; pero finalmente el té estuvo en el prado y apareció Miriam.

Se montó en la silla antes de que él pudiera ayudarla, con el salto claro de la niña que montaba a caballo en la Cabalgada de las Treinta Millas. El día transcurría con implacable lentitud aunque Georgie desmontó tres veces para buscar piedras imaginarias en los cascos de Rufus. A la luz del día no es fácil decir ni las cosas más simples, y aquello en lo que pensaba Georgie no era nada simple. Por eso apenas habló y Miriam se sintió a medias aliviada y a medias desdeñada. Le molestaba que aquel hombre tan grande hubiera sabido que ella había escrito el texto de la canción que entonó la noche anterior; pues aunque una doncella pueda cantar en voz alta sus fantasías más secretas, no le gusta que las pisotee un filisteo. Entraron cabalgando en la pequeña calle de ladrillos rojos de Bassett y Georgie montó un enorme lío por la disposición del pato. Debía ir precisamente en ese paquete, y atarse a la silla exactamente de aquella manera, aunque habían dado ya las ocho y estaban a varias millas de distancia de la cena.

-¡Debemos darnos prisa! -exclamó Miriam, aburrida y enfadada. -No hay gran prisa; pero podemos atajar por Dowhead Down y correr por el prado. Así ahorraremos media hora.

Los caballos corretearon sobre la hierba corta y aromática y las sombras se reunieron con retraso en el valle cuando corrieron al medio galope sobre el altozano pardo desde el que se domina Bassett y el ferrocarril Western. Sin darse cuenta, y sin pensar en las toperas, aceleraron el paso; Rufus, que era un caballero, aguardó a la yegua Dandy de Miriam hasta que hubieron pasado el promontorio. Luego descendieron juntos a la carrera la pendiente de dos millas, con el viento silbándoles en los oídos, con el pulso uniforme de los ocho cascos y el ruido ligero que producían los bocados.

-¡Oh, fue glorioso! -gritó Miriam tirando de las riendas-. Dandy y yo somos viejas amigas, pero creo que nunca hemos corrido mejor juntas.

-No; pero ha ido más rápida una o dos veces.

-¿Sí? ¿Cuándo?

Georgie se humedeció los labios.

-¿Recuerda la Cabalgada de las Treinta Millas... conmigo... cuando «ellos» nos perseguían en el camino de la playa, con el mar a la izquierda... dirigiéndonos hacia el farol del altozano?

-¿Qué... a qué se refiere? -preguntó ella histérica y con la boca abierta.

-A la Cabalgada de las Treinta Millas, y... a todo lo demás.

-¿Quiere decir... ? No dije nada sobre la Cabalgada de las Treinta Millas.

Sé que no lo hice. Jamás se lo he contado a nadie.

-Habló sobre el policía de día, y el farol arriba del altozano, y la Ciudad del Sueño. Todo concuerda, ya sabe... es el mismo país... y era fácil ver dónde había estado.

-¡Buen Dios!... Todo concuerda... desde luego que sí; pero... yo he estado... usted ha estado... ¡ay, sigamos caminando, por favor, o voy a caerme!

Georgie se colocó a su lado y le sacudió la mano que ella tenía bajo las bridas, poniendo en movimiento a Dandy. Miriam sollozaba lo mismo que él había visto sollozar a un hombre bajo el contacto de una bala.

-Todo está bien... todo está bien -susurró él débilmente-. Sólo... sólo que es cierto, ya lo sabe.

-¡Cierto! ¿Me he vuelto loca?

-No a menos que también yo esté loco. Intente pensarlo todo tranquilamente. ¿Cómo puede nadie saber nada sobre la Cabalgada de las Treinta Millas y usted, a menos que haya estado allí?

-Pero ¿dónde? *¿Dónde?* ¡Dígamelo!

-Allí, dónde quiera que sea, en nuestro país, supongo. ¿Recuerda la primera vez que la recorrió...? Me refiero a la Cabalgada de las Treinta Millas. Tiene que hacerlo.

-Fueron sólo sueños... ¡sueños!

-Sí, pero hable de ellos, por favor; porque los conozco.

-Déjeme pensar. Yo... no debíamos hacer ruido alguno por ningún motivo... por ningún motivo debíamos hacer ruido -dijo ella mirando por entre las orejas de Dandy, con unos ojos que no veían y el corazón sofocado.

-¿Por qué «aquello» se estaba muriendo en la casa grande? -preguntó Georgie tirando de nuevo de las riendas.

-Había un jardín con las barandillas verdes y doradas... y hacía calor. ¿Se acuerda?

-No tengo más remedio. Estaba sentado al otro lado de la cama antes de que «aquello» tosiera y «ellos» entraran.

-¡Usted! -su voz profunda resultaba extrañamente llena y fuerte, y los ojos abiertos de la joven ardían en la oscuridad contemplándole a él—. Entonces tú eres el chico... mi chico de la leña, ¡y te he conocido toda la vida!

Se dejó caer sobre el cuello de Dandy. Georgie tuvo que sacar fuerzas de su debilidad para dominar sus miembros, y deslizar un brazo alrededor de la cintura de Miriam. Miriam reposó la cabeza en el hombro de Georgie y éste se dio cuenta de que, con los labios secos, estaba diciendo cosas que hasta entonces creía que sólo existían en los libros impresos. Por fortuna los caballos estaban tranquilos. Ella no hizo ningún intento de apartarse cuando se recuperó, sino que se quedó quieta y susurró:

-Desde luego que eres el chico, y yo no lo sabía... no lo sabía.

-Yo lo supe anoche; y cuando te vi en el desayuno...

-¡Oh, fue por *eso!* Entonces me extrañó. Pero lo supiste, claro.

-No pude decírtelo antes. No apartes la cabeza, querida. Ahora todo está bien... todo está bien, ¿no es cierto?

-Pero ¿cómo es posible que no me diera cuenta, después de todos estos años? Recuerdo... ¡ay, cuántas cosas recuerdo!

-Cuéntame algunas. Yo cuidaré de los caballos.

-Recuerdo que te estaba esperando cuando llegó el vapor. ¿Y tú?

-¿En la Presa de Lily, más allá de Hong-Kong y Java?

-¿También *tú* las llamas así?

-Me lo dijiste tú cuando yo estaba perdido en el continente. ¿Fuiste tú quién me enseñó el camino a través de las montañas?

-¿Cuando se deslizaron las islas? Debí ser yo, pues tú eres el único al que recuerdo. Todos los otros eran «ellos».

-Y eran unos animales terribles.

-Sí, me acuerdo de haberte enseñado la Cabalgada de las Treinta Millas.

Has cabalgado como solías hacerlo... entonces ¡tú *eres* tú!

-Que extraño. Es lo mismo que yo pensé esta tarde. ¿No es maravilloso?

-Pero ¿qué significa todo esto? ¿Por qué tú y yo, de entre los millones de personas que hay en el mundo, tenemos este... este lazo en común? ¿Qué significa? Estoy asustada.

-¡Esto! -dijo Georgie. Los caballos aceleraron la marcha. Creyeron haber oído una orden-. Quizás cuando muramos podamos descubrir más cosas, pero ahora significa esto.

No hubo respuesta. ¿Qué podía decir ella? Conforme el mundo giraba, se habían conocido desde hacía menos de ocho horas y media, pero aquel asunto no le concernía al mundo. Hubo un largo silencio en el que el aire les entraba por la nariz frío y cortante como si fuera humo de éter.

-Ése ha sido el segundo -susurró Georgie-. Te acuerdas, ¿no?

-¡No lo es! -contestó ella con furia-. ¡No lo es!

-En el altozano la otra noche... hace meses. Estaba como ahora, y habíamos recorrido millas y millas del país.

-Estaba vacío también. «Ellos» se habían ido. Nadie nos asustaba. Me pregunto por qué, chico.

-Ah, si recuerdas *eso,* recordarás lo demás. ¡Confiesa!

-Recuerdo muchas cosas, pero sé que no lo hice. Nunca lo había hecho... hasta ahora.

-Lo *hiciste,* querida.

-Sé que no lo hice, porque... ay, es inútil ocultar nada... porque verdaderamente quería hacerlo.

-Y verdaderamente lo hiciste.

-No; lo intenté; pero se interpuso alguien más. -No hubo nadie más. Nunca lo hubo.

-Lo hubo... lo hay siempre. Era otra mujer... en el mar. La vi. Era el veintiséis de mayo. Lo he anotado en alguna parte.

-Ah, ¿también *tú* llevas anotados los sueños? Es extraño lo de la otra mujer, porque entonces yo estaba en el mar.

-Tenías razón. ¿Cómo puedo saber lo que habías hecho... si estabas despierto? ¡Y pensé que eras solamente *tú!*

-Nunca en tu vida te has equivocado más. ¡Vaya temperamento que tienes! Escúchame un momento, querida -dijo Georgie, y aunque no lo sabía, cometió perjurio-. No... no es el tipo de cosas que uno va diciendo a nadie, porque se reirían; pero por mi palabra y mi honor, querida, nunca me ha besado nadie fuera de mis familiares en toda mi vida. No te rías, querida. Quería decir nadie salvo tú, y ésa es la verdad solemne.

-¡Lo sabía! Tú eres tú. Oh, *sabía* que aparecerías algún día; pero no sabía que eras tú hasta que hablaste.

-Entonces dame otro.

-¿Y nadie te ha importado nunca? Porque todo el mundo te debe haber amado nada más verte, chico.

-Si me amaron, lo guardaron en secreto. No; nunca me ha importado nadie.

-Vamos a llegar tarde a la cena... terriblemente tarde. Ay, ¿cómo voy a mirarte bajo la luz delante de tu madre... y la mía?

-Simularemos que eres la señorita Lacy hasta que llegue el momento adecuado. ¿Cuál es el límite de tiempo más corto que se puede estar comprometido? Porque nos casaremos después de todo el lío ése del compromiso, ¿verdad?

-Oh, no quiero hablar de eso. Es tan vulgar. He pensado en algo que no sabes. Estoy convencida de ello. ¿Cuál es mi nombre?

-Miri... ¡no, es ése, por Júpiter! Espera medio segundo y lo recordaré. No eres... no puede ser. *¡Esas* viejas historias, de antes de que fuera a la escuela! Nunca pensé en ellas desde entonces. ¿Eres tú la original, la única AnnieanLouise?

-Así es como me llamaste siempre desde el principio. ¡Ay! Ahí está la avenida, y debemos llevar una hora de retraso.

-¿Qué importa eso? ¿Todo se retrotrae hasta esos días? Así tiene que ser, desde luego... desde luego que así tiene que ser. Y he tenido que cabalgar todo este tiempo con este pestilente pájaro... ¡que el diablo lo confunda!

-«¡Ja, ja!» -contestó riendo el pato-. ¿Recuerdas *eso?*

-Sí, claro... las macetas en los pies y todo eso. Hemos estado juntos todo este tiempo; pero tengo que despedirme de ti hasta la cena. *¿Seguro* que te veré en la cena? *¿Seguro* que no te irás a tu habitación, querida, y me abandonarás toda la noche? Adiós, querida... adiós.

-Adiós, chico, adiós. ¡Cuidado con el arco! No dejes que Rufus entre desbocado en su establo. Adiós. Sí, bajaré a la cena; pero... ¿qué haré cuando te vea bajo la luz?

GLOSARIO DE TÉRMINOS INDIOS

Accha, achchha: Muy bien.
Baba: Padre, abuelo, asceta, niño. También es un título de respeto.
Bakri: Cabra.
Bhistee: Acarreador de agua.
Chota: Poco.
Conjee: Agua de arroz.
Ek dum: Inmediatamente.
Guru: Maestro religioso.
Izzat: Honor, fama.
Kotwal: Oficial de policía, magistrado.
Kubber-kargaz: Periódico.
Lascar: Marino.
Mahajun: Prestamista.
Mata: (1) Madre; (2) viruela.
Nullah: Curso de agua, barranco, lecho de río.
Pagal: Loco.
Poojah: Devoción, veneración.
Pukka: Bien hecho, adecuado, maduro.
Sahib: Señor, amo.
Sais: Mozo de cuadra.
Serang: Contramaestre, patrón de un barco pequeño.
Tamasha: Función pública, entretenimiento, lío.
Tar: Telegrama.
Tez: Fuerte, caliente, ardiente.

Librodot

Librodot